

The background of the cover is a classical oil painting. It depicts a young man with dark, wavy hair, wearing a light-colored, textured shirt. He is seated at a dark wooden desk, leaning forward with his head bowed, focused on writing with a quill pen on a sheet of paper. To his right, on the desk, is a small, dark inkwell. The lighting is soft and directional, coming from the upper left, highlighting the man's face and the texture of his shirt. The background is a mottled, earthy brown and green, typical of classical portraiture.

GABRIEL CARDENAL LOS ORÍGENES

LIBRO UNO

SALVADOR RANGEL ABUD

PORTADA
COLECCIÓN GABRIEL CARDENAL
Novela 1 de 15:

Por: Salvador Rangel Abud

Los Orígenes de Gabriel Cardenal

1. SINOPSIS

Gabriel Cardenal tiene diecisiete años y una sola certeza: quiere ser periodista. Su padre Xenón, contador austero y hombre de números, preferiría verlo en Arquitectura. Pero algo en Gabriel no cede. Esa tensión familiar —pequeña, casi doméstica— es la primera piedra de un camino que lo llevará, años después, al corazón de la mayor red de corrupción que la UNAM haya enfrentado en décadas.

Los Orígenes de Gabriel Cardenal narra el despertar de un periodista. Desde la tarde provinciana en que pronunció por primera vez la palabra "periodista" ante su padre, hasta la noche en que se plantó frente al rector de la máxima casa de estudios del país con las pruebas de un desvío de millones de pesos en la mano. Entre ambos momentos: archivos restringidos, sobres sin remitente, una tarjeta de acceso en el alféizar de una ventana, un automóvil negro siempre inmóvil, y la pregunta que define al personaje para las catorce novelas que siguen: ¿cuánto está dispuesto a pagar quien elige decir la verdad?

Una historia de iniciación que es también un thriller institucional. Una novela sobre la vocación, la complicidad forzada, y el momento exacto en que un joven deja de ser estudiante y se convierte en periodista.

2. GÉNERO Y COLECCIÓN

Género: Thriller periodístico / Ficción de iniciación

Colección: Gabriel Cardenal — 15 novelas

Posición en la colección: Novela 0 (origen del personaje)

Personaje protagonista: Gabriel Cardenal, periodista de investigación

Nota de colección: Las novelas de la serie no son secuenciales en trama pero comparten protagonista. Pueden leerse de manera independiente. *Los Orígenes* es el punto de partida recomendado.

3. PERSONAJES PRINCIPALES

Gabriel Cardenal — Estudiante de primer semestre de Periodismo en la UNAM. Fundador del periódico estudiantil *Contando la Verdad*. Hijo de Xenón Cardenal. Curioso, terco, con una moral que no negocia aunque todavía no sabe qué cuesta sostenerla.

Lóreda — Compañera de Gabriel y su primer aliado real. Analítica, serena, capaz de leer la ausencia en un archivo como otros leen los documentos que están. El contrapeso intelectual de Gabriel.

Nereus Valdivieso — Oficial Mayor de la UNAM. Cómplice forzada durante años. Mujer que ha cargado demasiado tiempo un secreto demasiado pesado, y que encuentra en un grupo de estudiantes lo que ella ya no tenía: impunidad moral.

Xenón Cardenal — Padre de Gabriel. Contador. Primera víctima del sistema que su hijo terminará exponiendo quince años después.

Arsenio Cánovas de Miranda — Rector de la UNAM. Inteligente, carismático, convencido de su propia lógica del poder. El villano más peligroso no es el que actúa sin escrúpulos sino el que los ha racionalizado hasta creerlos virtudes.

Irene Valdivieso — Hermana menor de Nereus. Abogada interna de la Universidad. La pieza más discreta y más estratégica del tablero.

4. TEMAS CENTRALES

La novela explora la vocación como forma de identidad: lo que uno elige ser cuando las circunstancias presionan en otra dirección. La corrupción institucional no como acto aislado sino como sistema que sobrevive a las personas. La complicidad forzada y la diferencia entre quien cede por miedo y quien cede por convicción. El periodismo de investigación como ejercicio de lectura de la ausencia: lo que falta en un archivo dice más que lo que está. Y la iniciación, ese momento irreversible en que se cruza la línea entre quien observa la historia y quien la protagoniza.

5. FRAGMENTO REPRESENTATIVO

—La verdad —repitió Cánovas, y esta vez el tono no era de burla sino de algo más cercano a la fatiga, la de quien ha tenido esta conversación demasiadas veces y en demasiados formatos—. La verdad es maleable, Gabriel. La verdad depende de quién la narra, de qué contexto la rodea, de qué intereses la sostienen o la destruyen. Eso no es cinismo. Es la realidad del poder.

6. DATOS TÉCNICOS

Campo	Detalle
Título	Los Orígenes de Gabriel Cardenal
Código de colección	AA0
Extensión aproximada	38,000 palabras
Capítulos	Prólogo + 18 capítulos + Epílogo
Escenario principal	Ciudad de México — UNAM, Ciudad Universitaria

Época	Contemporánea
Idioma	Español
Formato de publicación	Internet Archive (acceso abierto)

7. SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración hospitalaria y candidato a doctor en el Instituto Nacional de Salud Pública (INSP). Escritor amateur con vocación narrativa, combina su formación científica con el interés por hacer accesible el conocimiento a través de la ficción. La colección Gabriel Cardenal es su primera serie de thriller periodístico, construida sobre el convencimiento de que las historias pueden ser simultáneamente entretenidas y verdaderas.

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

8. NOTA EDITORIAL

Los Orígenes de Gabriel Cardenal es la primera entrega de una colección de 15 novelas protagonizadas por el mismo personaje en aventuras independientes. La serie no requiere lectura secuencial: cada novela funciona como unidad narrativa completa. Sin embargo, esta primera entrega aporta el contexto de origen del personaje y establece los elementos que lo definen a lo largo de toda la colección.

La colección completa está disponible de manera gratuita en Internet Archive bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND 4.0.

9. CITAS DE LA OBRA

"En el principio de toda historia memorable existe un instante que, sin anunciarlo, inaugura el destino. No es siempre un trueno, ni un rayo, ni una revelación grandiosa. A veces es apenas un temblor leve, un eco remoto que se infiltra en la conciencia y se queda ahí, agazapado, esperando el momento exacto para reclamar su lugar." — Prólogo

"Busquen donde falta, no donde sobra." — Nereus Valdivieso, Capítulo 8

"No soy inocente, Gabriel. Pero tampoco estoy ciega." — Nereus Valdivieso, Capítulo 12

"La verdad nunca se revela sin un precio. Y ellos habían empezado a pagarlo. Pero también, por primera vez, a cobrarlo." — Narrador, Capítulo 8

10. ESTRUCTURA DE LA COLECCIÓN GABRIEL CARDENAL

Código	Título	Nota
AA0	Los Orígenes de Gabriel Cardenal	Esta novela
AA1	Por publicar	—

AA2	Por publicar	—
AA3- AA14	Por publicar	—

Todas las novelas estarán disponibles progresivamente en Internet Archive bajo el nombre del autor y la etiqueta de colección "Gabriel Cardenal".

11. LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia **Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**.

Puedes compartir y distribuir este material libremente siempre que: se cite al autor, no se use con fines comerciales, y no se modifique ni adapte la obra sin autorización expresa.

Más información: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

12. PALABRAS CLAVE PARA INTERNET ARCHIVE

thriller, periodismo, periodismo de investigación, UNAM, corrupción institucional, México, ficción mexicana, novela negra, iniciación, Gabriel Cardenal, colección, ficción educativa, ficción libre, acceso abierto, Salvador Rangel Abud

13. DESCRIPCIÓN BREVE PARA METADATOS

Primera novela de la colección *Gabriel Cardenal*, serie de 15 thrillers periodísticos protagonizados por el mismo personaje en aventuras independientes. *Los Orígenes* narra el despertar vocacional de Gabriel Cardenal, desde su adolescencia hasta su primera gran investigación como estudiante de periodismo en la UNAM, donde descubrirá una red de corrupción de quince años que involucra al rector de la institución. Ficción de acceso abierto en español.

14. MENSAJE FINAL

Los Orígenes de Gabriel Cardenal nació de una convicción simple: que las historias bien contadas pueden hacer lo que ningún manual logra del todo, instalar una verdad en el lector de manera que se quede. Gabriel Cardenal no es un héroe. Es alguien que eligió, en el momento exacto en que podía no elegirlo, seguir tirando del hilo aunque no supiera adónde llevaba. Eso es todo lo que se necesita, a veces, para que algo importante ocurra.

Esta es la primera de quince historias. Cada una independiente. Todas, en el fondo, sobre lo mismo: lo que cuesta decir la verdad y lo que cuesta más no decirla.

Bienvenido a la colección.

— *Salvador Rangel Abud* wrangel.1352@gmail.com CC BY-NC-ND 4.0

ÍNDICE

Prólogo: El eco de las primeras sombras

Capítulo 1: El eco del pasado

Capítulo 2: Vocación entre sombras

Capítulo 3: La resistencia de Xenón

Capítulo 4: La UNAM abre sus puertas

Capítulo 5: Contando la Verdad

Capítulo 6: Lóreda y el primer indicio

Capítulo 7: El archivo Ateniense

Capítulo 8: La noche de los sobres cerrados

Capítulo 9: La ruta del dinero

Capítulo 10: Persecución en Ciudad Universitaria

Capítulo 11: Nereus Valdivieso

Capítulo 12: La noche de la denuncia

Capítulo 13: El inicio del derrumbe

Capítulo 14: El rector ante la verdad

Capítulo 15: El eco del escándalo

Capítulo 16: La sombra que responde

Capítulo 17: Los archivos de Xenón

Capítulo 18: El último rostro

Epílogo: El eco de lo inevitable

PRÓLOGO

El eco de las primeras sombras

En el principio de toda historia memorable existe un instante que, sin anunciarlo, inaugura el destino. No es siempre un trueno, ni un rayo, ni una revelación grandiosa. A veces es apenas un temblor leve, un eco remoto que se infiltra en la conciencia y se queda ahí, agazapado, esperando el momento exacto para reclamar su lugar. Cuando años más tarde Gabriel Cardenal recordaría el origen de su vocación —ese impulso casi sagrado que lo llevaría a enfrentarse a poderosos, a hurgar en las cloacas del país, a desafiar amenazas y conspiraciones— descubriría que su búsqueda no nació en una redacción universitaria ni frente a una computadora alumbrada por el fulgor de la madrugada, sino mucho antes: en el rumor de una tarde provinciana en su casa familiar, cuando aún ignoraba que el mundo podía quebrarse con una sola mentira.

Aquel día, Gabriel tenía apenas diecisiete años y el sueño de estudiar periodismo no era todavía más que una intuición tímida, una vibración casi imperceptible que lo acompañaba como las ideas que sobreviven incluso cuando todavía no tienen nombre. Vivían en una casa de muros color ocre, amplios ventanales y una quietud que contrastaba con el bullicio del vecindario. Su padre, Xenón Cardenal, era un contador de reputación impecable, austero en sus palabras y riguroso en sus horarios. Su madre, Lía, cumplía sus jornadas domésticas con una delicadeza casi ceremonial. Su hermano mayor, Eduardo, estudiaba Medicina con devoción casi obsesiva, mientras su hermana menor, Aurelia, oscilaba entre clases de Arte Dramático y ensayos interminables en los que encarnaba personajes atormentados que parecían nacer de alguna región oscura del alma.

—Gabriel —dijo Lía aquella tarde en la que el sol derramaba un oro pálido sobre los muebles—, tu padre quiere hablar contigo en su estudio.

El corazón del joven dio un brinco extraño. Sabía que las conversaciones en el estudio no solían ser triviales. Había crecido entre el aroma del papel contable, el sonido de las teclas metálicas de la calculadora vieja de su padre y el orden implacable que reinaba en aquel recinto casi sagrado.

Cuando entró, encontró Xenón sentado tras el escritorio de madera oscura, con los lentes a mitad de la nariz y un gesto severo.

—Siéntate, Gabriel —ordenó sin levantar la vista.

Gabriel obedeció, sintiendo que algo se tensaba en la atmósfera.

—Tu hermano Eduardo avanza bien en la facultad. Aurelia tiene un talento curioso para la escena. Y tú... tú todavía no decides qué rumbo tomarás.

El joven respiró hondo.

—Padre, he estado pensando...

—Y eso me preocupa —interrumpió Xenón sin dureza, pero sin concesiones—. Pensar está bien. Pero decidir está mejor. Quiero que estudies Arquitectura. Es una profesión respetable, sólida, con futuro. No quiero verte persiguiendo quimeras.

La palabra «quimeras» se clavó en Gabriel como un reproche. Se quedó en silencio unos segundos antes de contestar.

—No quiero ser arquitecto, padre.

La frase cayó con la contundencia de un vaso rompiéndose.

Xenón levantó la mirada lentamente.

—¿Y qué quieres ser entonces?

Gabriel tragó saliva. Aquella era la primera vez que pronunciaba su deseo en voz alta.

—Periodista.

El rostro de su padre se endureció.

—¿Periodista? ¿Para escribir notas sensacionalistas? ¿Para vivir al borde del despido, esperando que algún editor mediocre valore lo que haces? No, Gabriel. Eso no es un futuro.

—Quiero entender el mundo, padre. Quiero contarlo. Quiero revelar lo que otros ocultan.

Xenón chasqueó la lengua con una mezcla de decepción y alarma.

—Esa es la ilusión más vieja del mundo. Te repito: la Arquitectura es un camino. Lo otro... lo otro es una aventura irresponsable.

Pero ya en aquel instante, mientras observaba la firmeza del rostro de su padre, Gabriel sintió un impulso interior que lo sorprendió incluso a él. Como si la verdad hubiera estado aguardando tras una puerta que de pronto se abría.

—Padre —dijo con una serenidad que no sabía que poseía—, tú mismo enseñaste que los números no mienten... excepto cuando alguien quiere que lo hagan.

Xenón lo miró con mayor atención.

—¿Qué estás diciendo?

—He estado revisando algunos de tus archivos. No porque desconfiara, sino porque me interesa cómo funciona tu trabajo. Y noté algo extraño en los estados de cuenta del mes pasado: una cifra duplicada en los gastos de auditoría que no coincide con las facturas. No pude evitar preguntarme si era un error... o si alguien estaba manipulando la información.

El silencio cayó como un telón.

Por primera vez, Xenón pareció desconcertado.

—¿Qué cifra duplicada?

Gabriel mencionó el monto exacto, describió el documento específico y la fecha en la que lo había encontrado. El padre palideció apenas, un gesto mínimo pero revelador.

—Eso... eso no puede ser —balbuceó—. Yo reviso esos registros dos veces antes de entregarlos. Si dices la verdad, alguien alteró esa información.

Gabriel mantuvo la mirada.

—Y, padre, si eso ocurrió, no lo descubriría un arquitecto. Lo descubriría un periodista.

Esa frase, tan sencilla como un disparo limpio, se quedó suspendida en la habitación. Lía, que escuchaba desde la puerta entreabierta, contuvo el aliento. Xenón se levantó, caminó hacia la ventana y apoyó una mano sobre el vidrio empañado por la luz cálida del atardecer.

—¿Por qué nunca mencionaste esto? —preguntó sin volverse.

—Porque no sabía si era mi lugar decirlo. Pero hoy entiendo que el silencio es también una forma de renuncia.

Xenón permaneció largo rato callado. Cuando finalmente habló, su voz había perdido dureza.

—Siempre creí que la verdad era asunto de jueces, contadores o académicos. Nunca pensé que alguien pudiera querer dedicar su vida a perseguirla sin más herramientas que la palabra. Pero si de verdad tienes ese fuego...

Se volvió hacia él.

—Demuestra que no se apagará.

Aquel desafío marcó un antes y un después. Desde ese instante, Gabriel sintió que una brújula secreta se había activado dentro de él. No entendía del todo hacia dónde lo llevaría, pero sabía que había encontrado el primer indicio de su vocación.

Esa noche, mientras Aurelia ensayaba diálogos teatrales frente al espejo y Eduardo estudiaba anatomía con una concentración casi febril, Gabriel se encerró en su cuarto y abrió un cuaderno nuevo. En la primera página escribió una frase que lo acompañaría el resto de su vida:

"La verdad no se busca: se persigue. Y siempre huye."

Años después, cuando la UNAM se convirtiera en el escenario de su primera gran batalla contra la corrupción; cuando descubriera que el Rector Arsenio

Cánovas de Miranda desviaba recursos millonarios de investigación con una precisión casi enferma; cuando tuviera que elegir entre el amor, el peligro y su incipiente vocación; cuando la Universidad entera se estremeciera ante la revelación de su investigación; cuando su vida comenzara a correr riesgos que jamás imaginó... recordaría esa tarde.

Recordaría que todo empezó con una cifra duplicada en un archivo contable, con la desconfianza mínima que abrió una grieta y permitió que se filtrara la primera luz.

Porque todo destino —sobre todo los que terminan pesando sobre los hombros de un hombre— comienza con un detalle casi invisible.

Y el destino de Gabriel Cardenal, aunque él aún no podía saberlo, estaría hecho de detalles capaces de incendiar mundos.

CAPÍTULO 1

El día en que la UNAM lo reclamó

A Gabriel Cardenal siempre le gustó pensar que hubo un instante preciso en el que la Universidad Nacional Autónoma de México decidió reclamarlo. No fue un discurso solemne ni un acto oficial. Fue algo más modesto, casi íntimo, como si la propia Ciudad Universitaria hubiera respirado hondo y pronunciado su nombre en un murmullo que solo él alcanzó a escuchar. Aquel día de agosto de 2006, al poner un pie en la explanada de la Facultad de Filosofía y Letras, sintió que algo en su interior se reacomodaba, como si la brújula secreta que llevaba desde la adolescencia se alineara al fin con una coordenada exacta.

Llegó a CU antes de las siete de la mañana, cuando la luz todavía tenía esa tímida opacidad de los amaneceres que se resisten a serlo. Caminó desde el Metro Universidad junto con una corriente de estudiantes que avanzaba como un río indómito: muchachos con mochilas desgastadas, jóvenes que bebían café en vasos de unicel, chicas que ensayaban risas nerviosas rumbo al primer día de clases. El aire estaba impregnado del olor a jacarandas húmedas y del murmullo de un millón de historias apenas germinando.

Gabriel llevaba un cuaderno nuevo bajo el brazo y una camisa blanca que su madre había planchado con esmero casi maternal. Xenón, su padre, se había despedido con una mezcla de orgullo y resignación.

—No me acostumbro —había dicho aquella mañana mientras ajustaba el nudo de su corbata— a que vayas a estudiar periodismo y no Arquitectura. Pero una promesa es una promesa.

Gabriel había sonreído apenas.

—Te demostraré que fue la decisión correcta, padre.

—Eso espero —respondió Xenón con una gravedad que no ocultaba del todo su afecto—. Y no olvides algo: en este mundo, la verdad no solo se busca, se defiende.

Las palabras resonaban todavía en la mente de Gabriel cuando llegó a la torre roja de la Facultad. Se detuvo unos segundos en medio de la explanada, mirando los grupos que se formaban espontáneamente como constelaciones humanas: algunos se saludaban como viejos amigos, otros se presentaban con timidez y un brillo expectante en los ojos.

Caminó hacia el aula asignada para Introducción al Periodismo. Al entrar, vio a un profesor de bigote espeso, cabello largo sujeto en una coleta y una camisa negra que le daba cierto aire de intelectual bohemio. Tenía un nombre tan improbable como memorable: Profesor Aristarco Beltrán.

—Tomen asiento, por favor —dijo sin levantar demasiado la voz, pero con una autoridad que se imponía con suavidad—. Esto no es una clase común. Si están aquí es porque creen que la verdad importa. Les advierto algo desde ya: la verdad jamás es cómoda.

Gabriel sintió un estremecimiento. A su lado se sentó una joven de rasgos angulosos, mirada vivaz y cabellera rizada que parecía desafiar la gravedad. Se llamaba Lóreda; un nombre que él jamás había escuchado, pero que sonó en sus oídos como la primera línea de una novela que merecía ser leída con detenimiento.

—¿Primera vez en CU? —preguntó ella con una sonrisa que entremezclaba curiosidad y desafío.

—Primera vez —respondió él—. ¿Y tú?

—No realmente. Mi hermana estudió Letras aquí. Dijo que este lugar te cambia para siempre. No sé si asustarme o entusiasmarme.

Gabriel iba a responder, pero Aristarco golpeó suavemente el escritorio con una mano.

—A ver, jóvenes —dijo mientras avanzaba por el aula con pasos tranquilos—. Díganme algo: ¿quién de ustedes está aquí para cambiar el mundo?

Varias manos se levantaron con entusiasmo ingenuo. Gabriel no levantó la suya. Aristarco se detuvo justo enfrente de él.

—Tú no levantaste la mano. ¿Por qué?

Gabriel sostuvo su mirada.

—Porque no sé si quiero cambiar el mundo, profesor —respondió con honestidad que no buscaba impresionar a nadie—. Solo quiero entenderlo.

Un murmullo atravesó el aula. Aristarco lo observó largo rato.

—Esa es la respuesta más sensata que he escuchado en años. Cambiar el mundo sin entenderlo antes es una forma elegante de destruirlo.

Mientras algunos estudiantes anotaban la frase, Gabriel sintió una oleada de convicción que no había sentido antes. Aquel profesor, con su apariencia desordenada y sus palabras punzantes, acababa de darle un mapa inesperado.

La clase avanzó entre definiciones, advertencias y reflexiones sobre la ética periodística. A media sesión, Aristarco lanzó una pregunta que cayó como un reto.

—¿Quién me puede decir cuál es el mayor enemigo del periodismo?

Algunos respondieron: la censura, la ignorancia, el poder político, la precariedad laboral. Aristarco negó con la cabeza a cada uno.

—No. El mayor enemigo del periodismo —dijo finalmente— es el miedo. Y ninguno de ustedes está exento de él.

Las palabras quedaron flotando en el aire como sentencia inevitable.

Al terminar la clase, los alumnos comenzaron a salir en tropel. Gabriel guardaba sus cosas cuando Lóreda se inclinó hacia él.

—Tienes pinta de no tenerle miedo a nada —comentó con una sonrisa ladeada.

—Tengo miedo de muchas cosas —respondió él.

—¿De qué, por ejemplo?

Gabriel dudó un instante.

—De no saber reconocer la verdad cuando la tenga enfrente.

Lóreda asintió despacio.

—Ese es un miedo útil.

Salieron juntos del aula y caminaron hacia la explanada. El sol ya ascendía alto, delineando sombras largas sobre los mosaicos del Zócalo universitario. El viento arrastraba hojas secas que parecían danzar efímeramente antes de volver al suelo.

—¿De dónde vienes? —preguntó ella.

—De una familia tranquila. Mi padre es contador. Mi madre se dedica al hogar. Mi hermano estudia Medicina. Mi hermana, Arte Dramático.

—Una mezcla curiosa —comentó Lóreda—. Entonces tú eres el primero periodista de la familia.

—El primero —respondió Gabriel con una sonrisa tímida.

—¿Y por qué periodismo?

Él caminó unos pasos antes de contestar.

—Porque siempre tuve la sensación de que algo se movía bajo la superficie. Como si el mundo tratara de hablar, pero la mayoría de la gente no quisiera escucharlo.

—Y tú sí.

—O al menos quiero intentarlo.

Lóreda lo observó con interés renovado.

—Te advierto algo: esta carrera no perdona a los ingenuos.

—No me considero ingenuo.

—Yo tampoco —respondió ella con una sonrisa—. Por eso te lo digo.

Caminaban ya por el Pasillo de las Humanidades cuando Gabriel notó un pequeño tumulto frente a uno de los murales. Un grupo de estudiantes se arremolinaba alrededor de un muchacho de voz fuerte que sostenía un volante.

—¡Compañeros! —gritaba—. ¡Están desviando recursos del Programa de Investigación Estudiantil! ¡La administración no quiere que lo sepamos, pero tenemos pruebas!

Gabriel se detuvo en seco. El muchacho agitaba el volante como quien agita una bandera de guerra.

—Dicen que el Rector lo ignora, pero eso es mentira —continuó el estudiante—. ¡Claro que lo sabe! ¡Todos lo saben!

Lóreda rodó los ojos.

—Otro grupo radical —murmuró—. Cada semestre aparecen nuevos.

Pero Gabriel no podía apartar la vista del muchacho ni del volante. Había algo en la convicción de su voz que le resultaba inquietante, como si estuviera diciendo una verdad incómoda bajo el disfraz de la exageración.

—¿Podemos quedarnos un momento? —preguntó Gabriel.

Lóreda lo miró con una mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Te interesan los discursos incendiarios?

—Me interesa saber si lo que dice es verdad.

La joven cruzó los brazos.

—Bienvenido al primer dilema del periodista: ¿dónde termina la paranoia y empieza la realidad?

Gabriel se acercó al muchacho y tomó uno de los volantes. En él se leía un nombre que resonaría en su vida mucho más de lo que entonces podía imaginar: Arsenio Cánovas de Miranda.

—¿Qué sabes de esto? —preguntó Gabriel.

El muchacho lo miró con cierta desconfianza.

—Sé que hay dinero que no aparece. Proyectos que dicen estar financiados, pero que nadie ha visto. Y sé que no soy el único que sospecha.

—¿Tienes pruebas? —insistió Gabriel.

El joven lo observó de arriba abajo.

—¿Quién eres tú?

Gabriel dudó un instante, pero decidió decir la verdad.

—Soy estudiante de primer semestre de periodismo.

El muchacho esbozó una sonrisa torcida.

—Entonces deberías acostumbrarte a una cosa: en esta universidad, cuando haces preguntas incómodas, siempre hay alguien que quiere que te calles.

Lóreda intervino.

—Vamos, Gabriel. No le sigas el juego a estos tipos.

Pero ya era tarde. Gabriel sentía que algo había comenzado a latir en su interior con una fuerza casi física.

—Quiero hablar contigo con calma —dijo al muchacho.

—Mañana, a las ocho, Facultad de Economía. Pregunta por mí. Me llamo Armando.

Era un nombre extraño. Gabriel lo repitió mentalmente para no olvidarlo.

Mientras caminaban hacia la Biblioteca Central, Lóreda lo miró de reojo.

—Ya te atrapó, ¿verdad?

—¿Quién?

—La investigación —respondió ella con una media sonrisa—. Y te advierto algo: cuando la UNAM te lanza una pista, más vale tener el valor de seguirla.

Gabriel miró el volante una vez más. El nombre del Rector brillaba como un presagio oscuro.

Arsenio Cánovas de Miranda.

Aún no lo sabía, pero aquel fue el primer día en que la Universidad le susurró la verdad.

Y él, por primera vez, decidió escucharla.

CAPÍTULO 2

El rumor de una conspiración

La noche anterior, Gabriel había dejado el volante arrugado sobre su escritorio, junto al cuaderno donde apuntaba ideas sueltas desde que la palabra periodismo se había instalado en su vida como una promesa y una amenaza. Había leído y releído el nombre del Rector impreso en tinta negra, con aquellas frases incendiarias que hablaban de desvío de recursos, favoritismos, proyectos fantasmas.

Podía sentir el escepticismo heredado de su padre susurrándole al oído que la indignación estudiantil acostumbraba exagerar. Sin embargo, había algo en la forma en que Armando había asegurado tener pruebas lo que lo inquietaba. La convicción no parecía teatral, sino tensa, como la de quien ya ha pagado caro por hablar.

Durmió poco. Cuando el despertador sonó a las seis de la mañana, Gabriel sintió que no empezaba simplemente un día de clases, sino un capítulo distinto de su vida.

En la cocina, Lía servía café mientras el olor del pan recién tostado llenaba la casa. Eduardo, su hermano, ya estaba sentado con el estetoscopio colgando del cuello.

—Te ves desvelado —comentó Eduardo—. ¿Fue el entusiasmo universitario o ya te metiste en problemas el primer día?

—Digamos que la universidad no pierde el tiempo. Ayer me encontré con un grupo que denuncia que se están desviando recursos de un programa de investigación.

Eduardo alzó una ceja.

—¿Desvió de recursos? Eso suena más a discurso que a realidad.

Xenón apareció en el umbral, acomodándose los lentes.

—El problema de estos tiempos es que cualquiera grita "corrupción" y de inmediato se asume culpabilidad. La contabilidad es más compleja que un volante.

—El muchacho afirmaba tener documentos —insistió Gabriel—. Hojas de cálculo, oficios, algo más que consignas.

—Hojas de cálculo puede tener cualquiera. Manipular cifras es tan fácil como introducir un dato erróneo en una celda. Lo difícil es demostrar intención.

Gabriel sostuvo la mirada de Xenón unos segundos.

—Justamente por eso quiero ver qué tiene. Si es una exageración, lo sabré. Si no lo es... alguien tendría que contarlo.

Xenón suspiró.

—No te pido que cierres los ojos, Gabriel. Solo que recuerdes que la realidad casi nunca es tan limpia como las consignas. A veces el presupuesto se mueve para salvar proyectos, no para robar.

Lía intervino con delicadeza.

—Lo importante es que tengan cuidado. No quiero que confundan valentía con imprudencia.

Aurelia entró en la cocina en ese momento.

—¿Otra vez hablando de corrupción? Ese tema se está volviendo el villano favorito de la familia.

—Y de las obras de teatro mediocre —añadió ella—. Pero hay algo que es cierto: donde hay poder, hay sombra. Y la Universidad tiene mucho poder.

A las siete menos cuarto Gabriel salió rumbo a CU, con el volante cuidadosamente doblado en el bolsillo.

La Facultad de Economía olía a pasillos antiguos, a murales llenos de consignas viejas que se superponían unas a otras. A las ocho en punto, Gabriel se encontró frente a una cafetería pequeña, tal como le había indicado Armando.

El muchacho lo esperaba en una mesa cercana a la ventana, acompañado de dos estudiantes más: una joven de lentes redondos que se presentó como Ulien, y un tipo de rostro anguloso y expresión cansada llamado Tiberio.

—Creí que no vendrías —dijo Armando apenas lo vio.

—Tenías mi curiosidad —respondió Gabriel—. Ahora quiero saber si también tendrás mi tiempo.

Armando sacó de su mochila una carpeta azul. La abrió con cuidado.

—Esto es parte del Programa de Apoyo a la Investigación Estudiantil. Cada año se aprueba un presupuesto destinado a proyectos que presentan alumnos y profesores. En la práctica...

Deslizó hacia Gabriel una tabla impresa. Había columnas con montos aprobados, fechas, nombres de proyectos, claves administrativas.

—En la práctica, los proyectos existen solo en papel —intervino Ulien—. O existen, pero reciben una fracción de lo que se les asignó oficialmente.

Gabriel recorrió con la vista las cifras. En la parte superior, una cantidad global aprobada para aquel año; más abajo, la suma de los montos distribuidos. Faltaba una porción considerable.

—Hay una diferencia de casi treinta por ciento —murmuró.

—Treinta y dos punto cuatro —precisó Tiberio—. Lo revisamos varias veces. Y no se trata de errores de redondeo.

—¿De dónde sacaron estos documentos?

—De alguien que está hartó. Un administrativo que no quiere que demos su nombre, pero que tenía acceso a los reportes internos.

Gabriel tomó otra hoja. Era una lista de proyectos con sus responsables.

—¿Hablaron con alguno de estos responsables?

—Con diez —dijo Ulien—. Siete confirmaron que recibieron recursos muy inferiores a los que aparecen aquí. Tres ni siquiera sabían que su proyecto había sido aprobado.

Gabriel se recargó en la silla.

—¿Y qué dicen las autoridades cuando se les pregunta por esta diferencia?

Tiberio soltó una carcajada amarga.

—Dicen que es reasignación presupuestal estratégica. Palabras bonitas para un robo elegante.

Armando extendió un oficio con membrete de Rectoría.

—Es una circular donde se autoriza la reorientación de parte del presupuesto hacia "proyectos estratégicos de impacto institucional". La firma pertenece a la oficial mayor, Nereus Valdivieso. Pero en la nota marginal, con tinta distinta, hay una rúbrica abreviada: A.C.M.

Gabriel acercó el papel.

—Arsenio Cánovas de Miranda —susurró.

—El mismo —dijo Armando—. El Rector.

—Podría decirse —replicó Gabriel— que el Rector solo dio su visto bueno a una decisión técnica. Que no hay delito, sino política presupuestal.

—Podría —concedió Ulien—. Si los proyectos estratégicos existieran.

Sacó otra hoja.

—Buscamos estos "proyectos estratégicos". No hay registro público de ellos. Nadie los conoce. Algunos tienen nombres tan genéricos que podrían inventarse en un ascensor.

—Quiero ver a esos profesores que no sabían que su proyecto estaba aprobado —dijo Gabriel—. Quiero escucharlos.

Armando lo miró con esperanza.

—Entonces realmente quieres meterte en esto.

—Quiero entender qué está pasando. Pero si hay algo más, necesito verlo con mis propios ojos.

Tiberio se inclinó hacia él.

—No seas ingenuo. Si rascas lo suficiente, vas a encontrar más de lo que quisieras. Y cuando empieces a hacer preguntas, alguien va a notar tu nombre.

Recordó las palabras de Aristarco: el mayor enemigo del periodismo es el miedo.

Salió de la Facultad de Economía con la carpeta azul en la mochila y una sensación nueva: la de estar caminando en un terreno peligroso.

En el pasillo de Humanidades se encontró con Lóreda.

—Tienes cara de haber descubierto que el mundo es peor de lo que pensabas.

—O tal vez mejor. Al menos no es aburrido.

—¿Fuiste a ver a tu orador incendiario?

Gabriel asintió.

—No es solo orador. Tiene documentos. Hay una diferencia enorme entre el presupuesto aprobado para investigación estudiantil y lo que realmente llega a los proyectos.

—En esta universidad siempre ha habido historias sobre dinero que se evapora. Lo nuevo sería que alguien decida seguir el rastro en serio.

—Eso intento.

—Tal vez deberías empezar por el principio —dijo Lóreda—. Armar un lugar para contar lo que nadie quiere publicar. Algo nuestro, que no dependa de los periódicos oficiales de la UNAM.

—¿Un periódico?

—Un espacio. Un lugar donde puedas hacer lo que dices que quieres: entender el mundo y contarlo.

La idea quedó flotando, sin nombre aún, pero con una forma incipiente. Ese germen conceptual acabaría llamándose Contando la Verdad.

Aquella tarde regresó a casa con el peso de la carpeta azul. Se encerró en su cuarto y extendió las hojas sobre la cama. Revisó los números una y otra vez.

Tomó el teléfono y buscó uno de los nombres de la lista: Maestra Ygdria Montes, responsable de un proyecto sobre archivos orales de movimientos estudiantiles.

Marcó al número de extensión que figuraba en el directorio. Una voz cansada respondió.

—¿Bueno?

—Maestra Montes, buenas tardes. Soy Gabriel Cardenal, estudiante de primer semestre de periodismo. Estoy revisando información sobre el Programa de Investigación Estudiantil y vi que su proyecto figura como beneficiario. Quisiera hacerle unas preguntas.

Hubo un silencio breve.

—Mi proyecto jamás recibió un solo peso.

Gabriel sintió un pequeño vuelco en el estómago.

—Según estos documentos, se le asignó una cantidad considerable.

La maestra dejó escapar una risa amarga.

—Entonces esos documentos están escritos en un universo paralelo. Me prometieron que apoyarían la creación del archivo oral. Nunca volvieron. Cuando pregunté meses después, me dijeron que el presupuesto se había reasignado.

—¿A qué?

—A proyectos estratégicos que nadie supo definir. Nunca se me ocurrió que lo llamaran desvío.

—Maestra, ¿estarías dispuesta a hablar conmigo con más calma en la facultad? Me gustaría documentar su experiencia.

—Si sirve de algo, sí. Pero le advierto: en esta universidad la memoria es un lujo. Y la memoria incomoda.

Colgó con la sensación de que una pieza más había encajado en aquel rompecabezas sin imagen de referencia.

Entrada la noche, Gabriel se sentó frente a su escritorio. Tomó el cuaderno y escribió algunas frases sueltas: "Treinta y dos punto cuatro por ciento", "proyectos fantasmas", "firma A.C.M.", "Ygdria Montes". Abajo, trazó una pregunta: "¿Hasta dónde llega esto?".

Estaba cerrando el cuaderno cuando escuchó el golpe seco del buzón en la entrada. Bajó las escaleras y encontró un sobre blanco sin remitente, con su nombre escrito en una caligrafía firme.

Lo abrió con cuidado. Dentro encontró una sola hoja, impresa en blanco y negro. Era una tabla semejante a las que había visto esa mañana, pero más detallada. Al final, en letra manuscrita, alguien había añadido una nota escueta: "Si de verdad quieres saber, empieza por aquí".

En la esquina inferior de la hoja había un número de referencia que no figuraba en la carpeta azul: PII-17-06. Y junto a él, una sigla encerrada en un pequeño círculo: O.M.U.

Gabriel se llevó la hoja a la lámpara del escritorio. La luz reveló que el papel había sido fotocopiado varias veces, como si quien lo hubiera enviado temiera que el original desapareciera. Volvió a leer la nota en tinta.

Si de verdad quieres saber, empieza por aquí.

Se recostó en la silla, sintiendo que una corriente fría le recorría la espalda. Había entrado en un juego cuyos jugadores no conocía. Alguien dentro de la maquinaria universitaria había decidido alimentarlo de información.

Recordó la advertencia de Tiberio: cuando empieces a hacer preguntas, alguien va a notar tu nombre.

Aquella noche, Gabriel comprendió que el rumor de conspiración que flotaba en los pasillos de la UNAM no era un eco vacío. Era la respiración de algo vivo que se movía bajo la superficie.

Y aunque todavía no lo sabía, cada cifra, cada firma y cada sigla marcada en aquellos papeles lo conducían, paso a paso, hacia el hombre que gobernaba desde lo alto de la institución con la serenidad de quien sabe que su poder pareciera inalcanzable.

Arsenio Cánovas de Miranda.

El nombre que había leído en un volante comenzaba a transformarse en el eje de una trama que lo arrastraría más lejos de lo que su imaginación de estudiante primerizo podía abarcar.

Por primera vez, la conspiración dejaba de ser un rumor ajeno y se convertía en asunto personal.

CAPÍTULO 3

La primera grieta en el muro

La mañana siguiente amaneció envuelta en una neblina tenue que se deshilachaba sobre los pasillos de Ciudad Universitaria como un telón perezoso que tardara en levantarse. Gabriel cruzó la explanada frente a la Biblioteca Central con la sensación de que, aunque el campus parecía igual que siempre, algo esencial había cambiado desde la noche anterior. El sobre anónimo que había encontrado en el buzón seguía doblado en el bolsillo interno de su mochila, como si llevara dentro una piedra de peso simbólico que lo obligara a caminar un poco más despacio.

Mientras avanzaba, observó los colores del mural de O'Gorman que emergían lentamente bajo la luz temprana. Le pareció que aquellos símbolos y figuras antiguas —los calendarios, los dioses, las geometrías— lo miraban con la misma advertencia velada que había sentido al leer la nota manuscrita: *si de verdad quieres saber, empieza por aquí*. Ese "aquí" todavía era un misterio.

Se dirigió a la Facultad de Filosofía y Letras para la clase de Aristarco Beltrán. El profesor, con su habitual mezcla de desorden bohemio y autoridad incisiva, escribía en el pizarrón una frase que ya había repetido varias veces desde el primer día: «La verdad es un animal salvaje: huye del ruido y

muerde al que intenta domesticarla». Cuando Gabriel entró al aula, Aristarco se volvió hacia él.

—Señor Cardenal —dijo, acomodándose los lentes—, ¿alguna noticia importante que compartir? Tiene cara de haber pasado la noche conversando con fantasmas o leyendo algún archivo prohibido.

—Nada tan dramático, profesor —respondió Gabriel, intentando evitar que su voz delatara más de lo necesario.

—Pues debería —replicó Aristarco—. Para eso estudian periodismo, ¿no? Para meter la mano donde nadie quiere meterla. Si no regresan a esta clase cada mañana con alguna sospecha nueva, están perdiendo el tiempo.

Algunos estudiantes rieron. Gabriel no. Se sentó junto a Lóreda, que lo miró con una ceja levantada.

—Traes "esa" cara —musitó ella.

—¿Cuál cara?

—La de quien vio una grieta donde otros ven un muro perfecto.

Gabriel sacó discretamente el sobre blanco y lo dejó entre ambos, semioculto bajo el cuaderno.

—¿Qué es eso? —preguntó ella en un susurro.

—Llegó anoche. Sin remitente.

Lóreda lo abrió con la sutileza de quien hojea una carta prohibida. Leyó la nota, observó la tabla impresa y frunció el ceño.

—Esto no es un volante de estudiantes radicales —comentó—. Este documento es interno, o al menos lo parece. Mira esta referencia —señaló el código PII-17-06—. Este tipo de codificación no circula en pasillos.

—¿Sabes a qué corresponde? —preguntó Gabriel.

—Pienso que es una clave del Programa Institucional de Investigación —explicó ella—. El número indica área y año fiscal. Esta tabla podría ser parte de un informe preliminar que nunca vio la luz.

Aristarco interrumpió la conversación.

—Señorita Lóreda, si el secreto que comparte con su compañero es más interesante que mi clase, quizá quiera acercarse al frente y explicarlo.

Ella ocultó la hoja bajo el cuaderno de Gabriel.

—Nada importante, profesor.

—Me temo que eso siempre es discutible —dijo Aristarco—. Bien, continuemos.

Pero Gabriel ya no podía concentrarse en la clase. Sentía los dedos hormiguarle. La existencia de un documento interno que alguien había decidido hacerle llegar significaba que la sospecha inicial —aún difusa, aún frágil— no era un capricho estudiantil. Algo se estaba moviendo, y lo estaba arrastrando con una suavidad peligrosa.

Cuando terminó la sesión, Lóreda lo tomó del brazo.

—Ven. Esto no lo hablamos aquí.

Salieron del edificio y caminaron hasta unas bancas discretas, al costado Oriente de la facultad.

—¿Por qué tú? —preguntó ella sin rodeos.

—No lo sé.

—¿Crees que Armando o alguien del grupo te enviara esto?

—Pudo ser él... pero la letra no es la suya.

Lóreda respiró hondo.

—Sea quien sea, quiere que vayas más allá de lo que viste ayer. Y eso significa dos cosas: uno, que hay algo serio; dos, que estás ahora en medio de un juego donde no ves quién mueve las fichas.

—¿Y qué propones que hagamos?

Ella lo miró fijamente.

—Seguir la pista.

El resto del día transcurrió entre clases dispersas y pensamientos insistentes. En cada pasillo, en cada grupo de estudiantes conversando animadamente, Gabriel creía reconocer señales invisibles. Una mirada prolongada desde una ventana. Un administrativo que cerraba un archivo demasiado rápido. Un profesor que apresuraba el paso al verlo.

Era probable que todo fuera solo imaginación. Pero las grandes investigaciones, pensó, nacen siempre de la mezcla entre intuición y paranoia.

A las cinco de la tarde se reunió con Armando, Ulien y Tiberio frente a la explanada de la Facultad de Arquitectura. Cuando les mostró el sobre blanco, Armando silbó.

—Esto es de otro nivel —dijo—. Este tipo de documento no lo obtiene un estudiante molesto. Esto viene de adentro. Muy adentro.

—¿De la Oficialía Mayor? —preguntó Tiberio.

—O de Rectoría misma —aventuró Ulien.

Gabriel sintió un escalofrío.

—La nota dice “si de verdad quieres saber, empieza por aquí”. ¿Qué significa “aquí”? ¿El proyecto? ¿El número de referencia?

—El código PII-17-06 podría corresponder a un proyecto fantasma del que no hemos oído hablar —explicó Ulien—. Y esta sigla —señaló O.M.U.— no la reconozco.

—Yo sí —intervino Tiberio después de unos segundos—. Oficialía Mayor Universitaria.

Un silencio denso cayó sobre el grupo.

—Si alguien dentro de la O.M.U. está filtrando información... —comenzó Armando, pero no terminó la frase.

Lo que no decía era evidente: si había filtración, había riesgo.

—Tenemos que revisar esta referencia —afirmó Gabriel, con una firmeza que sorprendió incluso a los otros—. No podemos especular. Necesitamos hechos.

—Entonces vayamos a la fuente —dijo Lóreda, que había llegado al grupo sin que nadie la notara—. La hemeroteca.

—¿La hemeroteca? —repitió Gabriel.

—Ahí llegan informes, gacetas, documentos que se publican oficialmente... y otros que *casi* se publicaron. Si este código pertenece a un proyecto institucional que nunca vio la luz, puede que haya rastros de él en los boletines internos.

Decidieron reunirse al día siguiente en la Hemeroteca Nacional Digital. Aquella noche, Gabriel regresó a casa antes de que anocheciera. Encontró a Xenón en su estudio, revisando papeles con gesto concentrado.

—¿Tienes un minuto? —preguntó Gabriel.

Xenón lo miró con cierta sorpresa.

—Siempre. ¿Qué pasa?

Gabriel dudó. No podía contarle todo, pero tampoco quería mentir.

—Estoy revisando algo sobre el presupuesto universitario —dijo con cautela—. Algo que no cuadra.

Xenón dejó su bolígrafo sobre el escritorio.

—¿No cuadra... cuánto?

—Treinta por ciento menos de lo asignado oficialmente.

El rostro de su padre se endureció.

—Eso no es un error administrativo. Eso es una desviación. Y grave.

—Aún no sé si es real —explicó Gabriel—. Pero encontré documentos que no deberían estar circulando.

Xenón se recostó en la silla, pensativo.

—Hijo... cuando entras en el mundo de los números, entras también en el mundo de los silencios. Quien mueve dinero mueve también sombras. Si vas a seguir esa pista, asegúrate de que no te usen.

—¿Usarme?

—A veces, cuando dos bandos pelean, necesitan un tercero que sostenga la antorcha. Y ese tercero nunca sale indemne.

Gabriel asintió lentamente. No sabía qué temía más: descubrir que había un fraude enorme dentro de la Universidad... o descubrir que no tenía la fuerza para enfrentarlo.

A la mañana siguiente, la Hemeroteca Nacional Digital estaba silenciosa como un templo. Las luces blancas iluminaban largas hileras de mesas y computadoras. El murmullo de teclados y el olor tenue a papel envejecido creaban una atmósfera casi sagrada.

—Aquí —dijo Lóreda, señalando una terminal vacía.

Se sentaron los cuatro: Gabriel, Lóreda, Ulien y Armando. Tiberio rondaba cerca, vigilando que nadie los observara demasiado.

Gabriel ingresó el código PII-17-06 en el buscador de archivos internos. Al principio no apareció nada. Luego, una coincidencia débil: un documento de 2006 marcado como "borrador".

—Ábrelo —susurró Ulien.

Gabriel hizo clic.

En la pantalla surgió un título: "Proyecto de Infraestructura Interdisciplinaria para Innovación — PII-17-06". Abajo, una descripción técnica cuya vaguedad era alarmante. No se mencionaban responsables, ni líneas de trabajo, ni ubicación física del proyecto. Solo una lista de montos asignados.

Montos enormes.

—Esto es... obsceno —murmuró Armando—. Con esta suma podríamos financiar veinte proyectos estudiantiles.

—No hay responsable institucional —observó Lóreda—. Eso es imposible. Todo proyecto universitario debe tener un coordinador.

Gabriel desplazó la pantalla hacia abajo. Al final del documento, como una huella inadvertida, había un cuadro de aprobación administrativa.

Y allí, en la esquina derecha, aparecía una firma escaneada.

A.C.M.

—El Rector —dijo Gabriel en voz baja.

El silencio se volvió insoportable.

De pronto, una sombra se proyectó sobre la mesa.

Alguien se había acercado.

—Muchachos —dijo una voz grave detrás de ellos—. Ese archivo no está autorizado para consulta estudiantil.

Gabriel sintió un nudo de hielo en el estómago mientras giraba lentamente la cabeza.

Frente a ellos, con la mirada clavada en la pantalla, estaba un hombre de traje oscuro.

No llevaba gafete. No llevaba mochila. No llevaba libros.

Solo los observaba con una intensidad peligrosa.

Y en ese instante, Gabriel entendió que la grieta en el muro no era pequeña.

Era inmensa, profunda.

Y acababan de asomarse demasiado.

CAPÍTULO 4

Sombras en la hemeroteca

El silencio que se apoderó de la hemeroteca en aquel instante no fue el silencio habitual de un recinto académico. No era la quietud respetuosa de los estudiantes concentrados ni el murmullo apagado de los teclados. Era un silencio compacto, denso, cargado de amenaza. Una quietud que parecía venir de un lugar más profundo, como si el aire mismo hubiese contenido el aliento al reconocer la presencia del hombre que ahora se erguía frente a Gabriel y los demás.

El sujeto de traje oscuro no llevaba identificación visible, pero había algo en su postura, en la rigidez casi militar de sus hombros, en la manera en que sus ojos recorrían el monitor con un detenimiento calculado, que revelaba su pertenencia a una estructura interna. No era profesor. No era alumno. No era bibliotecario. Era otra cosa. Una pieza de la maquinaria administrativa o de seguridad de la universidad, de ese engranaje que la mayoría de los estudiantes nunca veía pero que actuaba con precisión cuando era necesario.

—Les pregunté algo —repitió el hombre con un tono apenas más alto, sin levantar la voz, pero con una gravedad que dejaba claro que no era una petición.

Lóreda fue la primera en reaccionar. Cerró con suavidad el documento en la pantalla y giró la silla hacia el intruso.

—Disculpe —dijo con una cortesía casi insolente—. Estamos haciendo una investigación para un trabajo de clase. No sabíamos que el archivo estaba restringido.

El hombre la observó sin parpadear.

—El archivo no está disponible para consulta. Les pediré que se retiren.

La manera en que pronunció "les pediré" hacía evidente que no había alternativa posible. Gabriel sintió cómo Armando tensaba la mandíbula, y cómo Ulien deslizaba la mano hacia la carpeta que habían traído consigo, como protegiendo el material que llevaban.

—Claro —intervino Gabriel intentando mantener una voz neutra—. Una disculpa por el malentendido.

El hombre lo miró entonces por primera vez de forma directa. Sus ojos eran oscuros, fríos, con un filo que sugería la capacidad de memorizar rostros y detalles con precisión documental.

—Nombre —dijo.

El corazón de Gabriel dio un vuelco.

—¿Perdón?

—Tu nombre —repitió el hombre—. Para registrar el incidente.

Lóreda dio un paso hacia adelante.

—No creo que sea necesario registrar nada. Fue solo un error.

—No te hablé a ti —respondió el sujeto sin mirarla siquiera.

Gabriel tragó saliva. Sabía que mentir solo alimentaría sospechas y que rehusarse era imposible.

—Gabriel Cardenal —dijo.

El hombre asintió apenas, como si el nombre confirmara algo que ya intuía.

—Retírense —ordenó.

Lo hicieron sin discutir. Mientras avanzaban hacia la salida, Gabriel sintió la mirada del hombre clavada en su espalda como una sombra que se estiraba detrás de él. Al cruzar las puertas altas de cristal, soltó un suspiro que no sabía que había estado conteniendo.

—Eso —murmuró Tiberio— no fue normal.

—Nada de esto es normal —respondió Lóreda—. Ese hombre no es personal de la hemeroteca ni de vigilancia. Alguien lo envió.

—¿Crees que sabía quiénes éramos? —preguntó Armando.

—No lo sé —respondió Ulien—. Pero cuando vio el documento en pantalla, supo que no debíamos estar ahí.

Salieron al exterior. El sol de mediodía bañaba las losas de la explanada frente a la facultad, pero Gabriel sintió un frío extraño en la nuca. Se volvió a mirar la entrada: el hombre ya no estaba. Era como si hubiese disuelto su presencia en la sombra del edificio.

—Tenemos que movernos con cuidado —dijo Gabriel, aún en voz baja—. Esto dejó de ser una sospecha estudiantil. Alguien está vigilando.

—¿Y qué propones? —preguntó Tiberio.

—Seguir, pero en otro lugar. Más lejos de miradas.

Lóreda asintió.

—Podemos usar mi departamento. Está cerca del campus y nadie nos sigue hasta allá.

Caminaron juntos por el circuito universitario. Al avanzar entre los vehículos, Gabriel tuvo una sensación repetida: como si una figura los observara desde múltiples ángulos. No sabía si era paranoia o intuición, pero la presencia del hombre de traje oscuro había activado en él un estado de alerta que no podía apagar.

Cuando llegaron al pequeño departamento de Lóreda, ubicado en un edificio antiguo de fachada amarilla, ella les abrió paso y aseguró la puerta con dos cerrojos.

—Nadie nos escuchará aquí —dijo mientras cerraba las cortinas.

El lugar era pequeño pero acogedor: estantes de libros, una mesa circular de madera, una lámpara de pantalla roja que emitía una luz cálida. Se sentaron alrededor de la mesa, y Gabriel colocó sobre ella la copia del documento PII-17-06.

—Tenemos que entender qué significa esta firma —dijo señalando las iniciales A.C.M.—. ¿Por qué aparece en un proyecto sin responsable, sin metas, sin objetivos? ¿Y por qué está vinculado con la Oficialía Mayor?

—Porque la Oficialía Mayor es la columna vertebral administrativa de la Universidad —explicó Ulien—. Allí se autorizan gastos, asignaciones, contratos, compras... es el corazón económico de la UNAM.

—Y está bajo la jurisdicción directa del rector —añadió Armando—. La oficial mayor, Nereus Valdivieso, responde ante él.

Gabriel respiró hondo.

—Entonces, si este proyecto fantasma existe solo para absorber presupuesto, el rector lo sabe.

—O es el que lo impulsa —completó Tiberio con un tono sombrío.

Un silencio pesado cayó sobre el grupo.

—Hay algo más —añadió Gabriel—. El sobre anónimo. La nota decía "si de verdad quieres saber, empieza por aquí". ¿Quién querría que siguiéramos una pista tan peligrosa?

—Alguien dentro del sistema que no puede hablar abiertamente —respondió Lóreda—. Alguien que quiere que esto explote, pero desde afuera.

—¿Y por qué tú, Gabriel? —preguntó Ulien con genuina curiosidad.

Él se quedó en silencio unos segundos. No tenía respuesta.

—Tal vez porque soy nuevo. Porque no tengo vínculos con nadie. O porque...

—dudó— porque creen que puedo contar la historia.

Armando lo miró fijamente.

—¿Piensas escribir sobre esto?

—Aún no. Pero sé que alguien tendrá que hacerlo tarde o temprano.

—Y ese alguien serás tú —dijo Lóreda, no como una pregunta, sino como una constatación.

Gabriel no respondió. No hacía falta. Lo supo en su interior con la claridad de una certeza absoluta: no podía dar marcha atrás.

—Necesitamos pruebas sólidas —dijo finalmente—. Testimonios, documentos, confirmaciones. Y sobre todo, comprender quién dentro de la universidad está filtrando información.

—Podemos empezar por rastrear otros proyectos con códigos similares —sugirió Ulien—. Si el PII-17-06 es fantasma, puede que haya más como él.

—Y yo puedo investigar sobre la oficial mayor —añadió Armando—. No conozco a nadie que hable bien de ella.

—Haré un mapa de la estructura administrativa —propuso Lóreda—. Si vamos a enfrentarnos a la jerarquía, debemos entender cómo está organizada.

Gabriel se levantó y comenzó a caminar en círculos alrededor de la mesa.

—Hay algo que me inquieta —dijo—. Ese hombre en la hemeroteca. No solo estaba ahí para impedirnos leer el archivo. Estaba esperándonos.

—Eso sugiere que alguien ya sabía que íbamos a buscar ese documento —opinó Tiberio—. Lo cual significa...

Ulien completó la frase.

—...que hay alguien siguiendo nuestros pasos.

Gabriel se detuvo.

—Entonces debemos adelantarnos. Este proyecto fantasma... si aparece en los registros, aunque sea como borrador, debe haber un archivo físico. Un expediente.

—Y ese expediente —dijo Lóreda— solo puede estar en un lugar.

—Rectoría —susurró Gabriel.

Nadie habló durante largos segundos. La palabra misma parecía prohibida.

—Rectoría es un laberinto —dijo finalmente Armando—. No podemos entrar así como así.

—No necesitamos entrar —respondió Lóreda—. Solo necesitamos saber quién tiene acceso.

—¿Quieres decir... seguir a alguien? —preguntó Ulien.

—Exacto. Alguien debe mover esos documentos. Alguien debe archivarlos. Buscar a esa persona es más fácil que entrar a las oficinas del rector.

Gabriel sintió que el plan comenzaba a tomar forma. No era perfecto, pero tenía lógica.

—Empezaremos mañana —dijo—. Seguiremos a alguien de la Oficialía Mayor. Un administrativo de bajo perfil.

—Y mientras tanto —añadió Lóreda—, tú escribirás.

—¿Escribir qué?

—La primera entrada del periódico que quieres crear. No tiene que mencionarlo todo. Solo ser un inicio. Una declaración de intenciones.

Gabriel la miró con un desconcierto que se mezclaba con determinación.

—Aún no tengo nombre para ese periódico.

—Lo tendrás —respondió ella—. Ese tipo de cosas aparecen cuando una historia está por nacer.

Ya entraba la noche cuando el grupo se disolvió. Gabriel caminó solo por las calles cercanas a CU. Las farolas iluminaban la acera con una luz amarilla y tibia. Llevaba la tabla del proyecto fantasma en el bolsillo, doblada con cuidado.

Mientras avanzaba, sintió nuevamente esa sensación extraña, esa intuición de que había ojos en la oscuridad siguiendo sus pasos. Aceleró un poco el paso. Giró una esquina. Nada. Solo silencio.

Pero cuando llegó a la parada del autobús, encontró algo que hizo que la sangre se le helara.

Un sobre.

Idéntico al de la noche anterior.

Sin remitente.

Con su nombre.

Lo abrió.

Dentro había una sola frase.

"Ya los vieron. No detengas la búsqueda. Todo depende de ti."

Y al final, una letra.

Una sola, escrita con trazo firme.

N.

Lóreda tenía razón: alguien dentro de la estructura quería que siguieran.

Pero ahora quedaba claro que no solo estaban siendo observados.

También estaban siendo guiados.

CAPÍTULO 5

Bajo la capa de la Oficialía Mayor

La mañana siguiente amaneció con un cielo grisáceo que parecía presagiar un día cargado de decisiones difíciles. Gabriel llegó temprano a Ciudad Universitaria, antes incluso de que los pasillos se llenaran de estudiantes.

Caminaba con un propósito firme, aunque cada paso llevaba consigo una inquietud que no lograba disiparse: el sobre con la letra "N." todavía quemaba en el interior de su mochila, como si aquella inicial fuese una chispa que amenazaba con encender consecuencias imprevisibles.

Había quedado de encontrarse con Lóreda, Ulien, Armando y Tiberio frente a la Facultad de Contaduría y Administración, justo donde comenzaba el territorio de la Oficialía Mayor Universitaria. Aquel edificio, aunque discreto, era el corazón administrativo de la UNAM, el sitio donde se decidía adónde iba cada peso del presupuesto.

Gabriel lo observó desde la distancia: sus paredes grises, sus ventanas rectangulares, la ausencia de murales o símbolos estudiantiles. Era, en su sobriedad, un contraste absoluto con el resto del campus.

—Llegaste antes de la hora —dijo Lóreda acercándose con pasos ágiles—. Eso me dice que no pudiste dormir.

—¿Y tú sí? —preguntó Gabriel.

—Dormir es sobrevalorado cuando estás metida en un lío como este.

Poco a poco llegaron los demás. Ulien llevaba una libreta grande bajo el brazo, Armando parecía más serio que de costumbre, y Tiberio observaba el edificio como un cazador que mide la distancia hasta su presa.

—Bien —dijo Gabriel iniciando la reunión informal—. Tenemos un nombre parcial, una firma en un documento fantasma, un proyecto que no existe y a alguien vigilándonos. Nada mal para tres días de trabajo.

—Y una letra —recordó Ulien—. La letra N. ¿Crees que corresponda a la oficial mayor?

—Nereus Valdivieso —susurró Tiberio—. Podría ser.

—No sabemos nada aún —intervino Lóreda—. Lo único seguro es que alguien dentro quiere que sigamos.

—Y alguien quiere detenernos —añadió Armando.

Gabriel señaló la entrada del edificio.

—Dijimos que seguiríamos a alguien de bajo perfil. Un administrativo. No entraremos al edificio, pero podemos observar.

—Yo haré el registro —dijo Ulien sentándose en una banca—. Anotaré quién entra y quién sale. Nombres si logro leerlos, descripciones, horarios.

—Y nosotros —dijo Lóreda mirando a Gabriel— buscaremos a una persona en particular.

—¿A quién? —preguntó él.

—Al mensajero.

Gabriel comprendió de inmediato. En toda estructura burocrática, los mensajeros eran invisibles: llevaban documentos, trasladaban expedientes, entraban y salían de oficinas sin levantar sospechas. Nadie los miraba. Nadie recordaba sus rostros.

—Si alguien movió el expediente del proyecto PII-17-06 —dijo Lóreda—, pasó por las manos de un mensajero.

Y así comenzó la espera.

Gabriel y Lóreda se colocaron cerca de la entrada, simulando revisar una lista de materiales para una clase. Veían pasar administrativos con gafetes colgados del cuello, profesores que entraban para firmar solicitudes, secretarias con carpetas bajo el brazo. Algunos caminaban con prisa; otros con una calma excesiva, como si supieran que su presencia allí era incuestionable.

Pasaron veinte minutos antes de que una figura distinta apareciera.

Un joven de mirada cansada, cabello oscuro mal peinado y una mochila desgastada. Caminaba con un andar rutinario, casi mecánico, sosteniendo una carpeta gris con un sello que Gabriel reconoció al instante: la rúbrica circular de la O.M.U.

—Ese —susurró Lóreda.

Sin pensarlo, Gabriel comenzó a seguirlo, manteniendo una distancia prudente. El joven mensajero cruzó la explanada y se dirigió hacia el Edificio C, donde se ubicaban algunas oficinas secundarias de la administración. Caminaba sin preocuparse por su entorno, como si realizara un recorrido que había repetido cientos de veces.

En un momento, se detuvo en un pasillo y consultó una nota arrugada. Luego dobló a la derecha y entró a un cubículo pequeño con una puerta sin distintivos.

Gabriel se detuvo al otro extremo del pasillo, fingiendo leer anuncios en un tablero de corcho. Lóreda permaneció a unos metros detrás, observando a los lados.

—¿Crees que esté entregando el expediente? —susurró ella.

—No sé —respondió Gabriel—. Pero si lo está haciendo, debemos ver con quién se reúne.

Pasaron dos minutos. Después, tres. El silencio del pasillo era inquietante.

Cuando la puerta se abrió, el mensajero salió con la carpeta todavía en la mano.

—No entregó nada —murmuró Gabriel.

—O lo entregó y le devolvieron la carpeta vacía —replicó Lóreda.

Gabriel asintió y retomaron la persecución discreta. El joven regresó al edificio de la Oficialía Mayor. Esta vez, en lugar de entrar por la puerta principal, se dirigió a una lateral, cercana a una rampa.

—Ese acceso no es para estudiantes —dijo Lóreda con un hilo de voz.

El mensajero sacó una llave, abrió la puerta y desapareció en el interior.

Gabriel sintió un impulso temerario.

—Voy a acercarme.

—No —lo detuvo Lóreda—. Eso es territorio de personal administrativo. Si te ven ahí, te sacarán, o algo peor. Solo observa.

Gabriel obedeció. Se aproximó lo suficiente para distinguir un detalle mínimo pero crucial: la placa metálica junto a la puerta decía "ARCHIVO TRANSITORIO — ACCESO RESTRINGIDO".

—Ahí —susurró Gabriel— guardan expedientes temporales. Documentos que transitan entre una oficina y otra.

—El lugar perfecto para ocultar algo sin dejar rastro —dijo Lóreda.

Regresaron con el grupo.

—Tenemos identificación del mensajero —informó Gabriel—. No su nombre, pero su ruta.

—Y la ubicación del archivo transitorio —añadió Lóreda.

Ulien abrió los ojos con asombro.

—Eso... eso podría contener cualquier cosa.

—O nada —dijo Tiberio—. Lo habrán movido ya.

—Quizá —respondió Gabriel—. Pero debemos intentarlo.

—¿Entrarás ahí? —preguntó Armando con incredulidad.

Gabriel se quedó en silencio. Pensó en la advertencia de su padre, en la figura del hombre de traje oscuro en la hemeroteca, en la letra "N." escrita en el sobre.

—No hoy —respondió finalmente—. Entrar sin un plan sería suicida.

Lóreda lo miró con una mezcla de alivio y aprobación.

—Antes debemos saber más de la oficial mayor.

—Y eso significa —dijo Ulien ajustándose los lentes— revisar su historial.

Se dirigieron al edificio de la Facultad de Derecho, donde sabían que podían acceder a expedientes públicos de servidores universitarios. No encontrarían nada confidencial, pero sí registros oficiales: formación, cargos previos, fechas de nombramiento.

En una computadora de uso general, Ulien ingresó a un portal interno.

—Aquí está —dijo después de unos minutos—. Nereus Valdivieso. Oficial Mayor desde hace cuatro años. Antes estuvo en la Dirección General de Planeación Presupuestal.

—Especialista en números —murmuró Gabriel.

—Y en desaparecerlos —añadió Tiberio.

—Tiene doctorado en políticas públicas —leyó Lóreda en voz baja—. Y trabajó previamente en un organismo federal. Todo muy formal, muy impecable.

—Demasiado impecable —dijo Gabriel.

—¿Algún registro de sanciones? —preguntó Armando.

Ulien negó.

—Nada. Ni una queja formal. Ni una auditoría que la haya señalado.

Gabriel frunció el ceño.

—Eso es aún más sospechoso. Nadie tiene un historial tan limpio.

Lóreda le tocó el antebrazo.

—Hay algo más aquí —dijo señalando una nota al pie del perfil—. “A propuesta del Rector Arsenio Cánovas de Miranda”.

El nombre cayó en el aire como un peso nuevo.

—El rector la nombró personalmente —dijo Gabriel.

—Entonces son aliados —añadió Tiberio.

—O cómplices —murmuró Armando.

Gabriel tomó su cuaderno y escribió algo rápidamente.

—¿Qué anotaste? —preguntó Lóreda.

Él se lo mostró.

“La oficial mayor es clave. Sin ella no hay firma. Sin firma no hay proyecto fantasma.”

—Entonces —dijo Ulien— debemos seguir también sus movimientos.

—No será fácil —respondió Tiberio—. La oficial mayor tiene escoltas.

—¿Escoltas? —repitió Gabriel.

—La he visto salir de Rectoría —dijo Tiberio—. Dos hombres. Trajes oscuros. Comunicación por radio.

Gabriel sintió un escalofrío.

—Como el de la hemeroteca.

Un silencio inquietante los envolvió.

—Tenemos que ser estratégicos —dijo finalmente Gabriel—. No la seguiremos directamente. Observaremos su entorno. Y encontraremos el modo de acceder al archivo transitorio.

—Mientras tanto —añadió Lóreda— debes escribir.

—¿Escribir qué?

—Lo que dijimos: una primera declaración. Un manifiesto. El comienzo de tu periódico.

Gabriel dudó.

—Necesito un nombre.

Lóreda sonrió.

—Ya lo tienes. Solo no lo has escrito aún.

Gabriel guardó silencio unos momentos, como si buscara en el aire la palabra exacta que había estado rondando su mente desde el primer día en que la UNAM lo confrontó con una verdad incómoda. Tomó la pluma y escribió, sin pensarlo demasiado, una frase sencilla pero contundente:

“Contando la Verdad”.

Lóreda sonrió.

—Lo sabía.

—No estoy seguro —dijo Gabriel—. Es un nombre... presuntuoso.

—No. Es un nombre necesario —respondió ella—. ¿O pretendes contar otra cosa que no sea la verdad?

Gabriel se quedó mirando aquellas tres palabras. “Contando la Verdad”. Sentía que el nombre resonaba en él con una claridad inesperada, como si hubiese estado esperando desde siempre ese instante para revelarse.

—Bien —dijo finalmente—. Será el nombre del periódico.

—No un periódico —corrigió Lóreda—. Un arma.

—Que solo sirve si se empuña con responsabilidad —añadió Ulien.

Armando asintió.

—Y con valentía. Mucha valentía.

Tiberio se cruzó de brazos.

—Valentía o locura. A estas alturas ya no sé cuál de las dos necesitamos más.

Gabriel guardó su cuaderno y miró a su alrededor. Aquel pequeño grupo, en apariencia improvisado, estaba a punto de convertirse en algo mucho más grande que ellos mismos. Un núcleo de resistencia dentro de una institución gigantesca, una grieta abriéndose paso en el muro más sólido y respetado del país.

—Mañana —dijo Gabriel con determinación— volveremos a la Oficialía Mayor. Observaremos al mensajero desde lejos. Seguiremos su ruta completa. Y si

se acerca nuevamente al archivo transitorio, encontraremos la manera de entrar.

—Eso es una locura —dijo Tiberio.

—Sí —respondió Gabriel—. Pero es nuestra locura.

—Y no estaremos solos —añadió Lóreda señalando la carpeta que contenía el documento fantasma—. Alguien desde dentro también quiere que avancemos.

Gabriel pensó en la letra “N.”. En el mensaje que advertía que ya habían sido vistos. En la figura del hombre de traje oscuro. En la sensación de persecución que parecía acompañarlo en cada pasillo.

—Hay alguien vigilándonos —dijo Gabriel—. Pero también hay alguien guiándonos.

Ulien cerró su libreta.

—Lo cual significa que estamos en medio de una lucha interna.

—Y no conocemos los bandos —concluyó Armando.

Gabriel tomó aire.

—Pero sí conocemos el objetivo: encontrar la verdad.

Cuando salieron del departamento, ya había oscurecido. Las farolas encendían pequeñas islas de luz en la calle, mientras los automóviles pasaban dejando estelas intermitentes. Gabriel caminó en silencio, separado unos metros del resto. Necesitaba ordenar sus pensamientos.

Sin embargo, aquella calma nocturna se quebró de pronto.

Un automóvil negro, sin placas visibles, se detuvo brevemente en la esquina. Una ventana se bajó apenas unos centímetros. Suficiente para dejar ver la silueta de un rostro masculino, apenas iluminado por el reflejo de un teléfono.

Gabriel sintió un sobresalto. Dio un paso hacia atrás.

La ventana volvió a subir.

El auto arrancó sin prisa y se perdió entre las sombras.

Lóreda lo vio detenerse.

—¿Qué pasó?

—Nada... —mintió Gabriel—. Creí reconocer a alguien.

No insistió. Sabía que Lóreda sospechaba la verdad: no había reconocido a nadie. Solo había sentido esa presencia ominosa que marcaba cada nuevo avance en la investigación.

—Tenemos que movernos con más cuidado —dijo finalmente.

Ella asintió.

—Pero no debemos detenernos.

Mientras cada uno tomaba su camino de regreso, Gabriel abrió su cuaderno una última vez antes de entrar al metro. Observó el nombre recién escrito

del periódico: “Contando la Verdad”. Lo trazó nuevamente, reforzando cada letra, como si hacerlo le diera fuerza.

Había sido una idea, apenas un esbozo, un sueño estudiantil.

Ahora era una misión.

Cuando guardó el cuaderno, notó que en el borde inferior de la página había algo que no recordaba haber escrito. Una línea más fina que las suyas, en tinta negra, casi imperceptible.

Un mensaje.

“Todas las historias comienzan así. No pares.”

No reconoció la letra. No recordaba haber dejado abierto el cuaderno. No sabía cuándo se había escrito aquella frase.

Pero sabía una cosa:

Ya no había marcha atrás.

CAPÍTULO 6

El hilo que conduce al laberinto

La noche anterior había dejado a Gabriel con la certeza de que el punto de no retorno había sido superado. No era una impresión nebulosa ni un presentimiento exagerado: era una convicción fría, asentada en la parte más clara de su razonamiento. Lo sabía por la manera en que el sobre con aquella frase —“Todas las historias comienzan así. No pares.”— había aparecido sin explicación alguna, por la figura sombría del automóvil negro, por la conciencia súbita de que las piezas se acomodaban alrededor de él sin que pudiera evitarlo. No era simplemente un estudiante curioso que había oído una irregularidad administrativa. Era, por determinación propia o ajena, el hilo que podía desenredar un entramado mayor.

Despertó antes del amanecer. Abrió los ojos con esa lucidez alerta que se instala cuando el pensamiento no ha dejado de trabajar durante la noche. El ambiente de su cuarto estaba impregnado de la tenue fragancia del papel viejo: las copias del documento PII-17-06 seguían sobre su escritorio. Gabriel se incorporó, respiró hondo y las observó durante un largo minuto. Las cifras parecían casi hostiles a esa hora. Los montos desviados, las firmas escaneadas, la ausencia de responsables... todo era un recordatorio de que la lógica dentro de la Universidad tenía capas que no se podían interpretar desde la superficie.

Bajó a la cocina. Su madre preparaba café.

—Hoy te ves distinto —comentó Lía, sin volverse—. Más serio que de costumbre.

Gabriel vaciló. Era consciente de que debía cuidarse de no revelar más de lo debido.

—Estoy trabajando en un proyecto para la facultad —dijo al fin—. Algo que requiere mucha atención.

—Pues cuídate —respondió ella, sirviéndole una taza—. Te conozco, Gabriel. Cuando te obsesionas, no ves más allá del objetivo.

Él sonrió con suavidad.

—Sé manejarlo.

Pero no estaba tan seguro.

Eduardo bajó poco después, ajustándose el cuello de la bata clínica.

—¿Sigues con ese asunto del presupuesto universitario? —preguntó mientras se servía cereal.

—Sí.

—Ten cuidado —dijo Eduardo con un tono que no era burlón, sino sincero—. Una cosa es la indignación académica y otra muy distinta meterse con la administración. No querrás llamar la atención equivocada.

Gabriel sintió un temblor interno, casi imperceptible.

—No la buscaré —respondió—. Solo quiero entender.

—A veces entender es suficiente para meterte en problemas —murmuró Eduardo.

Gabriel dejó la taza en la mesa, se puso la mochila al hombro y salió rumbo a la Universidad.

El cielo de la mañana era de un azul frío, casi translúcido. Al llegar a la Facultad de Filosofía y Letras encontró a Lóreda esperándolo junto a la escalera principal.

—Hoy —dijo ella sin preámbulos— seguiremos el hilo.

—¿Ya hablaste con los demás?

—Sí. Nos reuniremos detrás del edificio de la Rectoría. Hay una zona con bancas bajo los árboles. Casi nadie pasa por ahí.

Mientras caminaban juntos por el circuito universitario, Gabriel percibió una tensión distinta en Lóreda. No era miedo. Era una especie de claridad alerta, como si hubiese comprendido algo durante la noche.

—Pensé en la letra “N.” —dijo ella de pronto.

—¿Crees que sea la oficial mayor?

—Podría ser... o podría ser alguien cercano a ella. La letra es demasiado obvia como para ser casual. Si alguien quisiera ocultarse, no firmaría con una inicial tan significativa.

—A menos que quiera que pensemos precisamente eso.

Lóreda sonrió.

—Exacto.

Llegaron al punto de reunión. Ulien estaba tomando notas en su libreta, Tiberio revisaba la zona con discreción y Armando sostenía un termo grande de café.

—Hoy —dijo Gabriel al tomar asiento— debemos identificar el hilo que conecta todo esto con Rectoría. La clave no es solo el expediente fantasma. Es quién lo mueve, quién lo aprueba, quién lo esconde... y quién quiere que lo encontremos.

—La Oficialía Mayor es el núcleo —dijo Ulien—. Y el rector es la cúspide. Nada se mueve sin que él lo sepa.

—Ni siquiera los mensajeros —añadió Tiberio—. ¿Vieron al mensajero de ayer? Era joven, pero no ingenuo. Sabía exactamente a dónde iba.

—¿Creen que colaboraría con nosotros? —preguntó Gabriel.

—No —respondió Lóreda—. No hasta que tengamos algo que ofrecerle. O algo que demostrarle.

Hubo un silencio breve, interrumpido solo por el canto de unos pájaros que se posaban en las ramas altas.

—Bien —dijo Gabriel finalmente—. Observemos de nuevo. Y esta vez, no solo al mensajero. Observemos quién entra y sale por la puerta lateral del archivo transitorio.

Cambiaron de posición y se ocultaron entre los matorrales cercanos al edificio administrativo. La vigilancia debía ser discreta. Gabriel había aprendido, con rapidez, que la línea entre observar y exponerse era delgada.

Pasaron varios minutos sin que nada ocurriese. Solo administrativos de rutina, empleados con carpetas, un profesor que pareció equivocarse de edificio. Hasta que, de pronto, alguien apareció.

Una mujer.

Elegante, de porte firme, con el cabello recogido en un moño que parecía trazado con precisión. Vestía un traje oscuro y llevaba un portafolio metálico.

—Esa —dijo Ulien en un susurro apenas audible— es Nereus Valdivieso.

Gabriel contuvo el aliento.

La oficial mayor avanzaba con un paso seguro, casi ceremonioso. Se dirigió a la puerta principal del edificio. Los administrativos que estaban cerca la saludaron con respeto casi reverencial.

—La reverencian —dijo Tiberio—. Como si fuera la sombra del rector.

Gabriel la observó con atención. Había algo en su rostro —una serenidad rígida, casi inhumana— que lo inquietó. No parecía alguien que actuara por miedo. Más bien alguien consciente de su poder.

—Mírale la mano —susurró Lóreda.

Gabriel siguió la indicación.

Nereus sostenía el portafolio con la mano derecha. Y en la izquierda... portaba un llavero con varias tarjetas electrónicas.

—Esas tarjetas —dijo Ulien— dan acceso a zonas restringidas. Si una de ellas abre el archivo transitorio...

—Entonces ella tiene acceso directo a los documentos fantasma —completó Gabriel.

La mujer entró al edificio. La puerta se cerró detrás de ella.

—¿Qué hacemos? —preguntó Armando.

—Esperar —respondió Gabriel—. Saldrá por algún lado. Y veremos hacia dónde se dirige.

La espera fue larga. Una hora. Luego otra. El sol avanzaba lentamente hacia el cenit. Gabriel sentía cómo la inquietud crecía dentro de él.

—No saldrá por la misma puerta —dijo Tiberio finalmente—. Alguien como ella no usa accesos comunes.

—Tiene razón —dijo Lóreda—. Debemos movernos.

Avanzaron hacia la parte trasera del edificio. Dieron la vuelta completa. Y entonces la vieron.

Nereus Valdivieso salía por una puerta que casi nadie conocía: un acceso trasero junto a un generador eléctrico.

Llevaba ahora solo una carpeta delgada y un teléfono en la mano. Caminaba con prisa.

—La sigue el de ayer —dijo de pronto Armando.

Gabriel se giró.

El hombre de traje oscuro. El mismo de la hemeroteca. De pie, a unos metros, vigilándolos con la misma mirada penetrante.

—Mierda —murmuró Tiberio—. Nos detectó.

—Tranquilos —dijo Gabriel con un esfuerzo de autocontrol—. No corran. No miren atrás.

Salieron caminando con naturalidad, aunque la tensión era insoportable. El hombre no se movió. Solo observaba.

Cuando estuvieron lejos, Gabriel respiró hondo.

—Ese hombre no trabaja para la seguridad general —dijo—. Está asignado a alguien.

—¿A Nereus? —preguntó Lóreda.

—¿O al rector? —propuso Ulien.

Nadie lo sabía.

Decidieron reunirse en el mismo departamento de Lóreda aquella tarde. Necesitaban procesar lo ocurrido.

Esa tarde, la atmósfera dentro del departamento era más tensa que nunca. La mesa estaba cubierta de documentos, libretas y copias. Gabriel colocó la tabla del proyecto PII-17-06 en el centro.

—Hoy vimos algo claro —dijo—. Nereus Valdivieso mueve documentos sensibles. Y un guardia especial la sigue de cerca.

—Eso significa que algo grande se oculta en Rectoría —respondió Ulien.

—O que alguien intenta esconder algo más grande aún —añadió Tiberio.
Gabriel abrió su cuaderno.

—Debemos seguir el hilo que lleva al rector. Todo apunta hacia él, pero necesitamos pruebas directas.

—¿Pruebas como qué? —preguntó Lóreda.

—Como un documento con su firma vinculada al desvío de recursos.

—Ya lo tenemos —dijo Ulien—. La firma en el proyecto fantasma.

—No basta —respondió Gabriel—. Debemos demostrar que ese proyecto no es solo una irregularidad administrativa, sino un mecanismo deliberado para desviar fondos.

Armando frunció el ceño.

—¿Y cómo piensas demostrarlo?

Gabriel guardó silencio unos segundos.

—Debemos entrar al archivo transitorio.

El silencio fue absoluto.

—Eso es... imposible —murió diciendo Tiberio.

—No lo es —respondió Gabriel—. No si encontramos la forma de duplicar una tarjeta de acceso.

—¿Una tarjeta de Nereus? —preguntó incrédula Lóreda.

—O la del mensajero.

—Eso es peligroso —advirtió Ulien.

—Todo lo que estamos haciendo es peligroso —dijo Gabriel con seriedad—. Pero si no entramos ahí, jamás llegaremos al fondo.

Hubo un largo silencio. Finalmente, Lóreda habló.

—Yo lo ayudaré.

Ulien asintió.

—Yo también.

—Y yo —añadió Armando.

Tiberio suspiró.

—Supongo que si no lo hago, morirán en el intento. Así que también estoy dentro.

Gabriel sintió una oleada de gratitud.

—Gracias. Lo haremos juntos.

Mientras hablaban de los detalles del plan, alguien golpeó la puerta.

Los cinco se quedaron inmóviles.

Lóreda se acercó con cautela.

—¿Sí? —preguntó al otro lado.

No hubo respuesta.

Gabriel se acercó. Abrió apenas la puerta. No había nadie. Solo un sobre. El mismo sobre blanco sin remitente. Lo tomó con manos temblorosas y lo abrió para encontrar dentro solo una frase: "Si quieren entrar, esperen mi señal."

Debajo, un símbolo. Una letra "N."

—Es ella —susurró Lóreda, con una mezcla de horror y fascinación—. Tiene que ser ella.

Gabriel miró el sobre durante un largo instante.

No podía creerlo.

La oficial mayor misma parecía guiarlos.

O alguien que fingía ser ella.

Pero en cualquier caso, el hilo que habían tomado ya no solo conducía al laberinto.

Conducía al corazón del monstruo.

CAPÍTULO 7

La señal en la oscuridad

La noche caía sobre Ciudad Universitaria con una lentitud inquietante, como si las sombras descendieran capa por capa para cubrir el día con un manto espeso que anunciaba secretos por revelarse. El cielo tenía un tono azul casi metálico, apenas roto por las luces dispersas de los edificios, y el viento nocturno traía consigo murmullos de hojas que parecían arrastrar la tensión acumulada en las últimas horas. En el departamento de Lóreda, el aire estaba impregnado de una quietud expectante: cinco jóvenes se preparaban para un salto que podía cambiarlo todo.

Gabriel miraba el sobre sin tocarlo. Estaba en el centro de la mesa, bajo la lámpara de luz tibia, y proyectaba una sombra mínima que a él le parecía desproporcionada, como si ese pequeño rectángulo de papel contuviera algo mucho más pesado que lo que la vista podía medir. La letra "N." en tinta opaca. La frase que los había convocado: "Si quieren entrar, esperen mi señal." No eran palabras. Eran una puerta. Y detrás de esa puerta, Gabriel intuía con una claridad que le resultaba casi insoportable, había algo que no podría olvidarse.

Llevaba varios minutos sin hablar. Los otros tampoco. El silencio entre ellos había adquirido una textura particular, la de quienes comparten un mismo pensamiento y ninguno quiere ser el primero en nombrarlo.

—No entiendo algo —dijo Tiberio, rompiendo por fin el mutismo mientras caminaba de un lado a otro con ese nerviosismo contenido que lo caracterizaba—. Si la oficial mayor nos quiere ayudar, ¿por qué no se expone ella misma? ¿Por qué no denuncia directamente?

—Porque denunciar significa destruirse —respondió Lóreda, sentada junto a la ventana con las rodillas recogidas—. Alguien tan arriba en la jerarquía no puede hablar sin hundirse. Y menos si está rodeada de ojos que la vigilan.

—¿Y si no es ella? —preguntó Ulien, ajustándose los lentes con ese gesto mecánico que tenía cuando su mente trabajaba más rápido que sus palabras—. ¿Y si alguien dentro de su oficina está usando su inicial para enredarnos?

—Eso es posible —admitió Gabriel, y la frase le dejó un sabor extraño en la boca, el sabor de la incertidumbre cuando uno ya lleva demasiado tiempo queriéndola convertir en certeza—. Y por eso debemos movernos con cautela. No sabemos si la mano que nos guía quiere ayudarnos o destruirnos.

Era la primera vez que lo decía con esa claridad y el efecto fue inmediato: Armando se tensó en su silla, Tiberio dejó de caminar, Ulien alzó la vista de su cuaderno. Solo Lóreda lo miró sin cambiar de expresión, con esa serenidad que a Gabriel le resultaba a veces admirable y a veces desconcertante, como si ella ya hubiera contemplado el peor escenario y hubiera encontrado la manera de vivir con él.

El silencio volvió a ocupar el espacio. Afuera, el ruido distante de los automóviles apenas se filtraba por las paredes del edificio. El reloj marcaba las nueve de la noche.

—La señal podría llegar en cualquier momento —dijo Armando—. O quizá ya llegó.

Gabriel tomó el sobre, lo levantó con delicadeza y lo observó contra la luz tibia de la lámpara. El papel era fino pero no ordinario. Había en él algo que no podía definir del todo: una solidez, una intención. Como si quien lo había preparado hubiera pensado hasta en eso.

—No es solo una advertencia —dijo él—. Es una instrucción. "Esperen mi señal". Eso significa que debemos estar atentos a algo más.

—¿A qué? —preguntó Tiberio—. ¿A una llamada? ¿Otro sobre? ¿Un mensaje? No podemos estar buscándolo a ciegas.

—Quizá —dijo Lóreda mientras se levantaba lentamente— la señal ya está ahí, solo que no la hemos visto.

Se acercó a la mesa y tomó el sobre. Lo examinó por dentro, por fuera, por los bordes. Nada. Parecía un sobre común. Sin embargo, Gabriel la observó reconocer algo con los dedos antes de reconocerlo con los ojos: el papel no era genérico. Tenía un acabado más grueso, casi como el que se usaba en correspondencia institucional.

—Esto viene de dentro de la Universidad —dijo ella con una certeza que no admitía réplica—. Y no de cualquier parte. De un despacho.

—¿Y eso nos acerca a Nereus? —preguntó Ulien.

—Nos acerca a alguien que sabe moverse en Rectoría —respondió Lóreda.

Gabriel volvió a sentarse y abrió su cuaderno. Había pasado las últimas semanas llenando páginas con flechas, nombres y fechas que al principio

parecían inconexos y que ahora, vistos en conjunto, formaban algo que se parecía peligrosamente a un mapa. El proyecto fantasma. El archivo transitorio. La firma del rector en documentos que no debían existir. El mensajero. El guardia de traje oscuro. La oficial mayor. Todas las líneas se cruzaban en un punto que todavía no podía nombrar pero que sentía físicamente, como una presión en el centro del pecho.

—La señal —repitió en voz baja, casi para sí mismo—. ¿Qué clase de señal daría alguien que quiere que entremos al archivo transitorio?

Nadie respondió.

Y entonces ocurrió.

Un leve golpe en la ventana.

Los cinco se quedaron inmóviles. Gabriel sintió cómo el tiempo se ralentizaba de una manera extraña, como si cada segundo se expandiera para darle tiempo a registrar cada detalle: la expresión de Tiberio, la mano de Armando aferrando el borde de la silla, el silencio absoluto que vino después del golpe.

La ventana estaba cerrada. Ningún árbol tocaba el cristal. No había nadie en la calle.

—¿Lo escucharon? —preguntó Gabriel.

—Sí —respondieron todos en un murmullo casi unánime.

Lóreda se acercó a la ventana lentamente, con esa cautela de quien avanza sobre terreno que podría no sostenerse. La abrió un poco. El aire frío de la noche entró como un aliento contenido.

En el alféizar había algo.

Una pequeña tarjeta de acceso.

—No puede ser... —susurró Ulien.

Lóreda la tomó con los dedos. El plástico era frío, con esa frialdad específica de los objetos que han estado expuestos a la intemperie. La tarjeta tenía el sello de la O.M.U.

—Es una tarjeta de acceso —dijo ella—. Y no es cualquiera. Esta parece ser maestra.

Gabriel sintió un estremecimiento recorrerle la espalda. No era miedo exactamente. Era algo más complejo, una mezcla de reconocimiento y vértigo, la sensación de que la historia que habían estado persiguiendo había decidido, de pronto, venir a buscarlos a ellos.

—La señal —dijo—. Aquí está.

Tiberio se llevó las manos a la cabeza.

—Esto ya es demasiado. ¿Cómo demonios llegó esta tarjeta aquí? ¿La arrojaron desde la calle? ¿Desde el edificio de enfrente?

Lóreda asomó la cabeza por la ventana. La calle estaba vacía. Las farolas proyectaban círculos de luz amarilla sobre el asfalto húmedo. No había

movimiento, no había silueta, no había ningún rastro de quien hubiera estado ahí segundos antes.

—No hay nadie —dijo—. Pero alguien conoce mi departamento. Y sabe exactamente dónde vivo.

La frase cayó con un peso que tardó unos segundos en ser asimilado por todos. Gabriel pensó en lo que eso implicaba: que habían estado siendo observados mucho antes de que ellos comenzaran a observar. Que mientras rastreaban huellas, alguien rastreaba las suyas. La idea lo perturbó de una manera que no quiso mostrar.

—Hay algo escrito detrás —dijo Ulien, que había tomado la tarjeta con cuidado, como si pudiera romperse.

Lóreda la giró.

Una sola palabra: "Medianoche".

El silencio que siguió fue diferente al anterior. Más denso, más cargado de algo que se parecía a la inevitabilidad.

—La señal es la medianoche —dijo Gabriel, en un murmullo.

—¿Quieres decir que debemos entrar al archivo transitorio hoy? —preguntó Tiberio, incrédulo.

—Sí —respondió Gabriel. La palabra salió sola, con una convicción que lo sorprendió incluso a él. Hacía semanas que venía construyendo argumentos, buscando evidencias, hilando conexiones. Y ahora, frente a esa tarjeta y esa palabra, comprendía que no había más razonamientos que hacer. Había llegado el momento de moverse.

—Hoy.

—Esto es una locura —murmuró Armando, pero su voz no tenía la firmeza de quien rechaza una idea, sino la de quien ya la ha aceptado y solo necesita decirla en voz alta para terminar de creerla.

—Lo sé —admitió Gabriel—. Pero es ahora o nunca.

Lóreda cerró la ventana y se volvió hacia ellos. En su expresión no había vacilación, pero sí algo que Gabriel interpretó como la consciencia plena del riesgo: no el riesgo abstracto del que se habla en teoría, sino el riesgo concreto, el que tiene peso y horario y dirección.

—Entonces debemos prepararnos. Una tarjeta maestra puede abrir las puertas internas. Pero no sabemos qué tan adentro podremos llegar.

Ulien tomó notas rápidamente, con la velocidad de quien ya tenía la información en la cabeza y solo necesitaba trasladarla al papel.

—El acceso lateral del archivo transitorio no está vigilado constantemente. Pero sí hay cámaras.

—Las cámaras no grabarán lo que no quieran grabar —dijo Gabriel, mirando la tarjeta nuevamente—. Si esta tarjeta viene de alguien dentro, quizá tengan manera de desviar la vigilancia.

—O quizá no —respondió Tiberio—. Quizá nos están mandando a una trampa.

El nombre de la posibilidad quedó flotando en el aire. Gabriel la contempló sin esquivarla. Una trampa. Era perfectamente posible. Alguien que hubiera querido eliminarlos con discreción no encontraría mejor método que atraerlos hacia un archivo restringido en mitad de la noche. Y sin embargo, algo que no era exactamente valentía sino más bien una comprensión de que ya no había marcha atrás, le decía que debían ir.

—Eso es posible —admitió Gabriel—. Pero lo averiguaremos.

La preparación tomó una hora. Revisaron rutas de entrada y salida sobre los mapas internos que Ulien había conseguido semanas antes sin saber para qué los necesitaría exactamente. Discutieron quién entraría primero, quién vigilaría afuera, quién se llevaría los documentos si lograban encontrarlos. Cada detalle era una forma de convertir el miedo en plan, la incertidumbre en protocolo.

—Yo entraré —dijo Gabriel.

—Yo contigo —respondió Lóreda inmediatamente, sin espacio para la negociación.

—No. Debe ir una sola persona. Menos ruido, menos riesgo.

—Entonces voy yo —dijo ella con una calma que no admitía discusión—. No voy a esperar afuera mientras tú te arriesgas solo.

Se miraron durante un largo instante. Gabriel pensó en todas las razones por las que debía insistir. Las descartó una a una. Lóreda había sido la que descubrió el papel del sobre, la que identificó la procedencia de la tarjeta, la que conservaba la serenidad cuando los demás oscilaban entre el impulso y el pánico. Ir con ella no era una concesión. Era sensato.

—Está bien —cedió—. Entraremos juntos.

A las once treinta salieron del departamento. Caminaban con esa concentración particular de quien necesita aparentar normalidad sin sentirla, con la tarjeta bien resguardada dentro de la chaqueta de Gabriel. El campus estaba casi desierto cuando llegaron a la zona administrativa. Solo unos cuantos estudiantes tardíos se apresuraban a volver a sus residencias, sin prestar atención a nada que no fuera el frío o el sueño.

Gabriel caminó con los sentidos abiertos al máximo, registrando cada sombra, cada pausa en el viento, cada ruido demasiado parecido a unos pasos. No vio nada. Eso no lo tranquilizó.

A las once con cincuenta, ya estaban frente al acceso lateral del archivo transitorio. El edificio era más imponente de noche que de día, con sus ventanas oscuras y sus muros que parecían absorber la luz de las farolas en lugar de reflejarla.

—Aún no —dijo Gabriel, mirando su reloj—. Faltan diez minutos.

El viento nocturno movió las hojas. Una nube cubrió la luna. Gabriel pensó en su padre, en Xenón Cardenal y sus palabras sobre las consecuencias. Pensó

en la redacción de "Contando la Verdad" y en el primer reportaje que había publicado, tímido y menor comparado con esto. Pensó en la voz de Nereus Valdivieso detrás de la inicial "N.", en la tarjeta de acceso que ahora ardía contra su pecho con el frío del plástico y el calor de todo lo que prometía. Pensó que había llegado el momento exacto del que no se vuelve.

Y entonces el celular vibró.

Un mensaje. Número desconocido. Una sola palabra: "Ahora."

Gabriel levantó la vista hacia Lóreda.

—Es la señal.

—Hazlo —dijo ella.

Gabriel sacó la tarjeta. La sostuvo un instante antes de deslizarla. Ese instante duró lo que duran algunas decisiones: lo que tarda el pensamiento en comprender que el cuerpo ya eligió.

La deslizó por la ranura.

Un pitido. Un clic metálico. La puerta se abrió.

Entraron.

La oscuridad los recibió con un silencio parecido al de un templo profano, ese silencio que no es vacío sino presencia, la presencia de todo lo que ha sido ocultado y espera ser nombrado.

El corazón del laberinto estaba frente a ellos.

Y la verdad, por fin, al alcance de sus manos.

CAPÍTULO 8

Dentro del archivo transitorio

La puerta se cerró detrás de ellos con un susurro metálico que resonó en el silencio como un latido contenido. El pasillo al que habían accedido estaba casi a oscuras, iluminado apenas por una hilera tenue de luces de emergencia que pintaban todo de un azul frío, el tipo de azul que no ilumina sino que sugiere, que no muestra sino que insinúa la forma de las cosas. Gabriel sintió que el aire allí era más denso, como si aquel nivel del edificio estuviera aislado no solo del campus, sino del tiempo mismo. Había algo en ese silencio que no era vacío: era acumulación, el peso de todo lo que alguna vez había pasado por ahí y había sido guardado, clasificado, enterrado bajo una etiqueta y una fecha.

A su lado, Lóreda avanzó con pasos silenciosos, tan controlados que parecía flotar. Ambos habían aprendido ya, en apenas unos días, a moverse como quien pisa un territorio prohibido.

—Aquí empieza el archivo transitorio —susurró Lóreda mirando el letrero casi imperceptible en la pared—. ¿Estás listo?

—No. Pero aquí estamos —respondió Gabriel.

Era la verdad más honesta que podía ofrecer. No estaba listo. Dudaba que alguien pudiera estarlo para esto. Pero la tarjeta había funcionado, la puerta había cedido, y había un punto en cualquier historia en el que la preparación deja de importar porque el momento ya llegó.

El pasillo se extendía hacia adelante como un túnel sin fin. A cada lado, puertas metálicas con cerraduras electrónicas y códigos impresos en placas pequeñas daban acceso a habitaciones de archivo. No había ventanas. No había cámaras visibles, aunque Gabriel sabía que la ausencia de lo visible no significaba ausencia de vigilancia. Aquello era un mundo subterráneo cuyo propósito era ocultar tanto como resguardar.

Gabriel deslizó de nuevo la tarjeta por la ranura de la primera puerta. La luz parpadeó en verde.

—Funciona —murmuró, y sintió algo difícil de nombrar: no alivio exactamente, sino la confirmación de que alguien, desde algún lugar que no podía ver, seguía abriéndoles el camino.

Entraron.

La habitación era estrecha, llena de anaqueles de metal cargados de carpetas, cajas y documentos organizados con esa precisión burocrática que tiene algo de obscena cuando lo que protege son secretos. El olor del papel envejecido impregnaba el aire, un olor que Gabriel asociaba desde niño con las tardes en el estudio de su padre, y que ahora le producía una sensación completamente distinta: ya no evocaba orden sino ocultamiento. Gabriel tomó una linterna de su mochila y la encendió, proyectando un haz pequeño que cortó la penumbra.

—Busca códigos PII —dijo Lóreda mientras avanzaba entre los estantes, deslizando los dedos por los bordes de las carpetas con una delicadeza que contrastaba con la urgencia que ambos sentían—. Si el proyecto fantasma está aquí, debería coincidir con ese prefijo.

—¿Y si ya lo movieron? —preguntó Gabriel.

—Entonces buscaremos otra cosa —respondió ella sin detenerse—. Este lugar es un registro de lo que pasa de manos. A veces lo más revelador no es lo que está, sino lo que falta.

Gabriel tardó un segundo en asimilar eso. Era una manera de pensar que no le resultaba natural: él había aprendido a buscar evidencias, no ausencias. Pero en ese instante comprendió que Lóreda llevaba razón, y que quizá esa forma de mirar, en negativo, era la que iba a marcar la diferencia.

Avanzaron revisando etiquetas con fechas, nombres y claves. Casi todas estaban escritas a mano o impresas en papel viejo, con esa tipografía institucional que no ha cambiado en décadas porque los sistemas que la producen tampoco han cambiado.

—Aquí —dijo de pronto Gabriel, deteniendo la linterna—. PII-14-06... PII-15-06... PII-16-06...

—El que buscamos es el 17 —respondió Lóreda, acercándose.

Gabriel recorrió el estante dos veces. Tres. Movi6 carpetas, inclin6 la linterna para iluminar los espacios entre cajas. Nada.

—No est6 —dijo.

—Mira si la secuencia continúa.

Él sigui6 recorriendo números en el estante siguiente.

—PII-18-06... PII-19-06.

El silencio que sigui6 fue distinto a todos los anteriores. Tenía una textura específica, la de una conclusión que nadie quería ser el primero en pronunciar.

—Saltaron el 17 —dijo L6reda en voz baja—. Eso no es casualidad.

Gabriel sintió un estremecimiento que no era miedo sino algo más preciso: la comprensión de que el vacío que estaban mirando era intencional. No un olvido, no un error de clasificación. Una extracción. Alguien había venido antes que ellos y había tomado exactamente ese expediente, dejando los números adyacentes intactos como si su ausencia pudiera pasar inadvertida.

—Entonces lo sacaron.

—O lo ocultaron en otra parte —añadi6 L6reda, y Gabriel not6 que su voz tenía un tono diferente: más fría, más analítica, como si la evidencia de la sustracción la hubiera colocado en un modo distinto de procesar la realidad.

Se tomaron un momento. Gabriel cerr6 los ojos un instante y repas6 mentalmente todo lo que sabían: el proyecto PII-17-06, identificado en los documentos que habían encontrado semanas antes como un mecanismo de transferencia presupuestal encubierta. Un proyecto que en los registros oficiales no existía pero que había dejado rastros en los libros contables de la Universidad. Y ahora, en el archivo físico donde debería reposar, solo un hueco entre el 16 y el 18.

—Alguien sabe que lo est6bamos buscando —dijo Gabriel.

L6reda lo mir6.

—O lo sacaron mucho antes de que nosotros empezáramos a preguntar. Por precaución. Porque sabían que alg6n día alguien vendría a buscarlo.

La habitación, aunque silenciosa, parecía envolverse en una tensi6n creciente. Gabriel avanz6 hacia otro m6dulo del archivo. Encontr6 carpetas incompletas, documentos desordenados, algunas cajas precintadas con cinta de seguridad cuyo color delataba que llevaban tiempo sin ser abiertas. Todo daba la impresi6n de un lugar en constante movimiento, como si los documentos nunca permanecieran demasiado tiempo en un solo sitio, como si la funci6n real de ese archivo no fuera preservar sino gestionar el flujo de lo que debía aparecer y lo que debía desaparecer.

—Nada aquí —murmur6.

—Debemos seguir buscando —respondi6 L6reda.

Salieron a otro pasillo. La tarjeta volvi6 a funcionar en la segunda habitación. Esta era más amplia, con estantes más altos y una mesa al centro donde

alguien, en algún momento no muy lejano, había dejado una taza de café olvidada. Gabriel se detuvo frente a ella. El café estaba seco, pero no reseco: la mancha en el interior de la porcelana tenía el color de algo que había ocurrido horas antes, no días.

—Alguien trabaja aquí —dijo, mirando la taza—. Y no hace mucho.

—La Oficialía Mayor —susurró Lóreda—. O alguien asignado por ella.

Revisaron los estantes con mayor cuidado que en la habitación anterior. Gabriel desarrolló un método: primero identificaba la secuencia numérica esperada, luego verificaba la continuidad, luego señalaba cualquier interrupción. Lóreda, mientras tanto, abría carpetas al azar y fotografiaba con su teléfono todo lo que pareciera relevante, con esa eficiencia silenciosa que Gabriel había aprendido a respetar.

—La ausencia se repite —dijo Lóreda después de quince minutos—. Faltan documentos completos de la serie 06. No solo el 17. Hay al menos cuatro expedientes más que deberían estar aquí y no están.

Gabriel procesó eso. No era un proyecto. Era un sistema.

—Eso significa que no es solo un proyecto —dijo—. Son varios.

—Coordinados —añadió Lóreda, y la palabra cayó entre ellos con el peso de lo que implica: no un desvío oportunista sino una arquitectura deliberada, construida con tiempo y con la complicidad de al menos varias personas.

Lóreda se quedó en silencio. Su respiración era apenas audible. Gabriel la vio procesar, ver más allá de los estantes y las etiquetas hacia la estructura que se revelaba detrás.

—Esto es más grande de lo que creímos —dijo al fin.

Gabriel se giró hacia ella.

—¿Te arrepientes?

No era una pregunta retórica. Era genuina: necesitaba saberlo, porque lo que estaban encontrando cambiaba las dimensiones del riesgo y quería que ella tomara esa decisión con plena consciencia.

Ella lo miró fijo.

—No. Pero quiero que sepas que esto ya no es un juego peligroso. Es un crimen. Y nosotros somos los únicos que saben que lo saben.

De pronto, se escuchó un sonido lejano. Un golpe suave, metálico, como si alguien hubiera dejado caer algo contra una superficie de acero.

Ambos se quedaron quietos.

—¿Oíste eso? —susurró Gabriel.

—Sí.

El sonido se repitió, más cerca. Una vibración suave que viajaba por las paredes del archivo con esa precisión inquietante que tienen los ruidos en espacios cerrados.

—Alguien más está aquí —dijo Lóreda.

Gabriel apagó la linterna y quedaron en penumbra. La oscuridad era casi total, apenas interrumpida por el hilo azul de las luces de emergencia que se filtraba por la rendija inferior de la puerta. Escucharon. Los pasos eran leves, calculados, con una regularidad que no era la de alguien que busca sino la de alguien que revisa, que hace una ronda, que conoce el terreno de memoria.

—Viene hacia acá —dijo Gabriel.

—Métete aquí —susurró Lóreda señalando un espacio estrecho entre dos estantes cargados de cajas.

Los dos se ocultaron como pudieron. Apenas cabían. El espacio era tan reducido que podían sentir la respiración del otro, y Gabriel pensó con una claridad extraña que si alguien encendía la luz en ese momento los encontraría ridículos además de expuestos.

Los pasos se acercaron.

Gabriel distinguió una sombra proyectándose en el suelo por la rendija inferior de la puerta: alargada, lenta, con esa pesadez que tienen las sombras de las personas que no tienen prisa porque saben que el espacio les pertenece.

—¿Y si es Nereus? —susurró Lóreda.

—No camina así —respondió Gabriel con certeza.

Lo sabía. Había observado a la oficial mayor en el único momento en que la había visto de lejos, cruzando el patio de Rectoría con ese paso firme y corto que tenía algo de militar. Aquella sombra era diferente. Más fluida. Más silenciosa. Con la parsimonia de quien no necesita apresurarse.

Un guardia.

El mismo que había visto en la hemeroteca tres semanas antes, con ese traje oscuro que no era exactamente el uniforme de seguridad universitaria sino algo más neutro, más anónimo, más difícil de ubicar en una institución concreta.

La sombra se detuvo frente a la puerta.

Durante unos segundos que se extendieron con esa crueldad específica del tiempo cuando uno está escondido y sin salida, todo quedó inmóvil.

Luego, la puerta se abrió con un chirrido suave.

Gabriel contuvo la respiración.

La sombra entró.

Se movió lentamente entre los estantes con una familiaridad que revelaba conocimiento previo del espacio. Gabriel escuchó el roce mínimo de ropa contra una caja de cartón, una exhalación breve y controlada, el sonido casi inaudible de alguien pasando los dedos por el lomo de las carpetas. No buscaba a ciegas. Buscaba algo específico.

La sombra se detuvo de pronto. Y entonces, un clic sutil, casi inaudible, llenó el aire.

—Un radio —susurró Lóreda.

Gabriel escuchó una voz baja, incomprensible, el murmullo aplastado de alguien que habla con la boca pegada al aparato para no ser oído.

—Está reportando —dijo—. Esto es una inspección.

El guardia avanzó un poco más. Sus pasos se acercaban al extremo del estante detrás del cual se ocultaban. Gabriel sintió el contacto del metal frío en la espalda y el calor de la respiración de Lóreda en el cuello, y pensó con una claridad extraña que si los descubrían en ese instante toda la investigación terminaba ahí, esa noche, de la peor manera posible.

—Si nos encuentra... —murmuró Lóreda.

Gabriel le tomó la mano.

No dijo nada. No había nada que decir que no fuera más pesado que el silencio.

Los pasos se detuvieron justo frente a ellos.

La sombra se inclinó.

Hubo un silencio tan profundo que parecía un abismo con fondo de acero.

Y luego, desde el extremo opuesto de la habitación, un golpe seco. Algo metálico que caía, rodaba, chocaba contra la pata de un estante.

El guardia se irguió. Soltó un murmullo, no de alarma sino de fastidio, y avanzó en esa dirección.

—Una distracción —susurró Lóreda.

—¿De quién? —preguntó Gabriel.

No había tiempo para responder. Aprovecharon el movimiento del guardia y salieron del escondite, moviéndose en silencio hacia la salida, pegados a la pared, sin respirar más de lo estrictamente necesario.

Gabriel abrió la puerta con la tarjeta, la cerró tras ellos con el cuidado de quien cierra algo que podría despertarse si lo trata con brusquedad. Corrieron por el pasillo oscuro hacia la salida lateral.

Cuando llegaron al exterior, el aire fresco de la noche los envolvió como una superficie de agua fría. Ambos respiraban con dificultad, no tanto por el esfuerzo físico sino por la tensión acumulada que al liberarse ocupaba más espacio del esperado.

—¿Quién hizo sonar ese ruido para distraer al guardia? —preguntó Gabriel cuando logró hablar.

Lóreda negó con la cabeza.

—No lo sé.

Gabriel revisó el suelo alrededor. Algo brillaba bajo la farola, un rectángulo blanco apenas visible contra el asfalto oscuro. Un sobre. Idéntico a los anteriores, con el mismo papel grueso de procedencia institucional. Lóreda lo tomó y lo abrió. Dentro, una frase escrita con la misma letra compacta y precisa de siempre:

"Busquen donde falta, no donde sobra."

Y debajo, la inicial.

"N."

Gabriel leyó la frase dos veces. Tres. La ausencia misma como evidencia. Lo que no estaba como prueba de lo que existía. Era una manera de pensar que requería invertir la lógica habitual, mirar el negativo de la fotografía en lugar de la imagen revelada, y en esa inversión encontrar la verdad.

No habían encontrado el expediente.

Pero habían encontrado algo más importante: la confirmación de que había sido extraído. Y el mapa de los otros huecos que lo rodeaban.

—Estamos cerca —dijo Lóreda.

—Muy cerca —asintió Gabriel.

Sin embargo, antes de que pudiera elaborar el pensamiento siguiente, el instinto lo detuvo. Había algo en la esquina del edificio que no encajaba con el paisaje nocturno del campus. Una forma oscura, estática, demasiado inmóvil para ser casual.

El auto negro. Esperándolos. Las luces apagadas. El motor encendido, apenas perceptible en el silencio como una respiración contenida.

Lóreda lo tomó del brazo.

—No corras —susurró.

Ambos retrocedieron lentamente, sin apartar la vista del vehículo. El auto no se movió. Solo el brillo helado de sus ventanas parecía observarlos con una atención que no necesitaba moverse para ser amenazante.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lóreda.

—Nada —respondió Gabriel, con un frío súbito recorriéndole la espalda—. Si quisieran atraparnos, ya lo habrían hecho.

—Entonces, ¿qué quieren?

Gabriel sostuvo la mirada fija en el vehículo. Pensó en la tarjeta de acceso, en el ruido que había distraído al guardia, en el sobre que había aparecido en el suelo segundos después de salir. En toda esa cadena de intervenciones invisibles que los habían protegido sin mostrarse.

—Que sigamos —dijo.

Y mientras el auto permanecía inmóvil, silencioso como un animal que acecha sin atacar porque su función no es detener sino observar, Gabriel comprendió algo fundamental que antes solo había intuido: no estaban solos en esto. Nunca habían estado solos. Alguien con más acceso, con más poder, con más información que ellos había decidido usarlos como la punta visible de algo que se movía desde mucho más adentro.

La verdad nunca se revela sin un precio.

Y ellos habían empezado a pagarlo.

Pero también, por primera vez, a cobrarlo.

CAPÍTULO 9

La ruta del dinero oculto

La presencia inmóvil del automóvil negro persiguió a Gabriel toda la noche. Aunque él y Lóreda lograron alejarse sin que el vehículo hiciera el más mínimo movimiento, la imagen del parabrisas oscuro —como un ojo sin párpado observándolo desde las sombras— se le quedó clavada en la memoria con esa persistencia que tienen los miedos cuando uno intenta ignorarlos: cuanto más los empuja hacia afuera, más profundo se instalan adentro. Sabía que no era una persecución común; tampoco un aviso burdo destinado a intimidarlo. Aquello era algo más calculado, como si alguien quisiera demostrarle que controlaba cada paso que daba. Una vigilancia silenciosa, pero absoluta.

No había dormido más de dos horas. Las había pasado en la mesa de su cuarto, con la linterna apagada y la lámpara de escritorio encendida en su nivel mínimo, rodeado de papeles. Las fotografías que Lóreda había tomado en el archivo transitorio, impresas a primera hora en la papelería del campus antes de que abriera cualquier otro local. Las notas de su cuaderno, con las flechas y las claves que llevaba semanas acumulando. Y encima de todo, la nota de Nereus Valdivieso, esa frase que había releído tantas veces que las palabras habían empezado a perder su forma y a convertirse en algo más parecido a una instrucción que a un mensaje: Busquen donde falta, no donde sobra.

Había algo en esa frase que iba más allá de la búsqueda en los archivos físicos. Era una manera de pensar. Una epistemología de la corrupción, si es que tal cosa podía existir. Los sistemas que desvían dinero no dejan huellas en los lugares donde el dinero aparece; las dejan en los lugares donde debería aparecer y no aparece. En los huecos. En las discontinuidades. En los saltos de numeración que nadie nota porque nadie busca.

Gabriel había empezado a aplicar esa lógica a todo lo que tenía frente a él.

Al amanecer, mientras el sol apenas delineaba los edificios del campus con esa luz horizontal y fría que hace que todo parezca más serio de lo que será en unas horas, Gabriel se encontró con el grupo en una cafetería discreta cerca de Filosofía y Letras. La atmósfera matutina, que solía ser bulliciosa y llena de risas estudiantiles, parecía apagada esa mañana, como si el campus entero hubiera absorbido algo de la tensión de la noche anterior. Ulien revisaba compulsivamente sus notas; Tiberio observaba cada rostro que entraba al lugar con esa mirada lateral que había desarrollado en los últimos días y que no tenía nada de paranoia, sino de precaución aprendida; Armando no dejaba de mover una pierna bajo la mesa; y Lóreda, con el cabello recogido en un moño apretado y los ojos con la claridad específica de quien no ha dormido pero ha pensado mucho, parecía más seria que nunca.

—Entonces, ¿no encontraron nada? —preguntó Armando apenas Gabriel y Lóreda tomaron asiento.

—Encontramos ausencia —respondió Gabriel, con la voz más grave de lo habitual.

—¿Ausencia? —repitió Tiberio.

—Sí —intervino Lóreda—. Ausencia deliberada. El expediente PII-17-06 no está donde debería. Ni siquiera está registrado como trasladado. Simplemente... lo borraron del mapa. Y no es el único: hay al menos cuatro expedientes más de la misma serie que tampoco están.

Ulien dejó caer el bolígrafo sobre la mesa.

—Eso es lo peor. Los expedientes solo desaparecen cuando alguien muy arriba los extrae. Muy arriba y con acceso suficiente para borrar también el registro del traslado.

—Significa —añadió Gabriel— que el proyecto fantasma no es un error administrativo. Es un mecanismo. Y tiene más de una pieza.

—Un mecanismo para desviar dinero —dijo Tiberio—. Pero, ¿a dónde? ¿Cómo se mueve un treinta por ciento del presupuesto sin que nadie lo note?

Gabriel abrió su cuaderno y lo colocó sobre la mesa de manera que todos pudieran ver las anotaciones. Había pasado las dos horas de vigilia nocturna trazando un diagrama que al principio le parecía demasiado especulativo y que con cada nueva conexión se había ido solidificando en algo que ya no podía ignorar.

—Descubrí un patrón —dijo—. Todos los proyectos fantasma tienen algo en común en sus códigos secundarios.

Ulien se inclinó hacia adelante.

—¿Qué patrón?

Gabriel pasó la página y señaló una columna de números.

—Cada proyecto tiene un subcódigo que indica la partida presupuestal de origen. Es un dato técnico, casi invisible dentro del volumen de información que maneja la Universidad. Pero esos subcódigos aparecen relacionados, no con laboratorios ni con infraestructura universitaria ni con ningún programa académico identificable, sino con algo que en los registros se llama "apoyos estratégicos externos".

—Eso suena a eufemismo —dijo Armando.

—Lo es. Significa dinero que se transfiere fuera de la Universidad hacia entidades externas. Y para hacer eso de manera legal, o aparentemente legal, necesitas una figura jurídica que lo reciba.

Gabriel esperó un momento, consciente de que lo que iba a decir a continuación cambiaba la naturaleza de lo que tenían entre manos.

—A través de fundaciones universitarias —dijo—. Tres de ellas, específicamente. Todas creadas durante la gestión del rector Arsenio Cánovas de Miranda, en los primeros dieciocho meses de su mandato.

—Fundaciones fachada —murmuró Ulien, y la palabra sonó como lo que era: el nombre técnico de algo que Gabriel había estado describiendo sin nombrarlo.

—Exacto. Una de ellas, la Fundación Ateniense para el Desarrollo Humanístico, ha recibido en lo que va del año más de quince millones de pesos provenientes de reasignaciones presupuestales de al menos cinco proyectos distintos.

—¿Y qué hace esa fundación? —preguntó Tiberio.

Gabriel miró a cada uno de los presentes.

—Nada. No tiene proyectos públicos documentados. No tiene informes de actividades publicados en ningún registro oficial. No tiene presencia pública de ningún tipo. Y su sede registrada, la dirección que aparece en los documentos de constitución, es un despacho vacío en la colonia Del Valle que según el registro de arrendamientos lleva sin ocupante más de un año.

El silencio que siguió no fue el de la sorpresa sino el de la comprensión: todos habían intuido desde hacía días que lo que estaban investigando era más grave que una irregularidad burocrática, pero verlo articulado con esa precisión tenía un efecto distinto al de la intuición.

—¿Estás diciendo —preguntó Armando— que el rector creó fundaciones para lavar dinero universitario?

—Estoy diciendo que hay evidencia que apunta hacia eso —respondió Gabriel con cuidado—. No tengo aún la cadena completa. Pero los números no mienten, y los patrones tampoco. El proyecto PII-17-06 podría ser una de las vías principales de ese flujo.

—¿Cómo llegaste a todo esto en una sola noche? —intervino Lóreda, y en su voz había admiración pero también una preocupación que Gabriel conocía: la de quien entiende que entre más se sabe, más se arriesga.

Gabriel señaló las fotografías esparcidas sobre la mesa.

—Porque la nota que encontramos anoche decía buscar donde falta, no donde sobra. Lo interpreté como una instrucción metodológica: las piezas ausentes no son vacíos, son formas. Y si uno traza la forma de lo que falta, empieza a ver el contorno de lo que fue ocultado.

Ulien asintió despacio, con esa manera suya de procesar la información que siempre le llevaba unos segundos más que a los demás pero que producía conclusiones más sólidas.

—Es razonamiento forense —dijo—. Como reconstruir un esqueleto a partir de los huecos que dejó en la tierra.

—Exactamente —dijo Gabriel—. Y hay algo más.

Los demás lo miraron.

Gabriel dudó un instante. Lo que iba a decir a continuación era la pieza más delicada de todo lo que había encontrado, no porque fuera la más grave sino porque era la más concreta, la más verificable y por lo tanto la más peligrosa de poseer.

—En uno de los registros secundarios que Lóreda fotografió, casi ilegible porque estaba al margen de una tabla de transferencias, aparecía la referencia a una cuenta bancaria. No el nombre del titular, no el banco completo, pero sí los primeros dígitos del número y una clave interna que coincide con la codificación que usa la Fundación Ateniense en sus propios registros de constitución.

—¿Tienes el número? —preguntó Tiberio.

—Lo memoricé —respondió Gabriel.

—Eso es peligroso —dijo Ulien.

—Todo esto es peligroso —respondió Gabriel—. La diferencia es que ahora tenemos algo concreto, algo que puede verificarse, algo que conecta los proyectos fantasma con una cuenta real fuera de la Universidad.

Lóreda tomó la palabra con esa precisión suya de quien ya sabe adónde lleva el argumento y quiere acelerar el camino.

—Entonces necesitamos identificar al titular de esa cuenta. Si podemos confirmar que está vinculada al rector o a personas de su círculo, tenemos el centro de la red.

—Pero para eso —dijo Gabriel— necesitamos a alguien que entienda cómo se mueven las cuentas institucionales. Alguien que pueda leer entre líneas en los registros públicos y semipúblicos sin levantar sospechas. Alguien que sepa distinguir una fundación legítima de una fachada solo con ver la estructura de sus movimientos.

Se hizo un silencio breve. Lóreda lo miró.

—Estás pensando en tu padre —dijo.

No era una pregunta.

Gabriel sintió un escalofrío que no era exactamente miedo sino la sensación de cruzar una línea que había querido mantener intacta.

—Xenón —musitó.

—Es contador con décadas de experiencia en auditorías —continuó Lóreda—. Si alguien puede ayudarnos a interpretar esos números sin necesitar explicaciones que lo pongan en riesgo, es él. No estoy diciendo que participe en la investigación. Solo que revise las cifras. Ni siquiera tiene que saber de dónde vienen.

—Él no debe involucrarse —respondió Gabriel con una brusquedad que sorprendió incluso a él mismo—. Ya lo puse en riesgo solo con irme de casa a investigar esto. No puedo añadirlo a la cadena.

—Gabriel —dijo Lóreda con paciencia—, ya está en la cadena. Su nombre apareció en los primeros documentos que encontramos, como contador externo de una de las fundaciones. Eso significa que alguien, en algún momento, pensó en él como parte de este sistema. Acercarlo a nosotros podría protegerlo mejor que alejarlo.

Gabriel se quedó callado. Eso era algo que no había contemplado. Recordó las advertencias de su padre durante aquella tarde en el estudio, su insistencia en que la verdad no era un juego inocente, su preocupación de contador que sabía exactamente cómo se esconden los números y exactamente qué le pasa a quien los descubre. Y ahora la posibilidad de que Xenón no solo supiera sino que hubiera sido involucrado sin saberlo completamente.

—No sé si sea buena idea —dijo al fin, pero su voz ya no tenía la misma firmeza de antes.

—Es necesaria —respondió Lóreda.

El grupo guardó silencio. La tensión era palpable, del tipo que no es dramático sino práctico, la tensión de una decisión que tiene consecuencias reales en cualquier dirección que tome.

—Está bien —dijo Gabriel finalmente—. Le mostraré solo los números. Sin contexto, sin nombres. Solo los números y la estructura de las transferencias. Y dependiendo de lo que diga, decidimos el siguiente paso.

La reunión continuó con la distribución del trabajo: Gabriel visitaría a Xenón esa misma tarde. Ulien profundizaría en los registros públicos de las tres fundaciones. Armando investigaría el personal administrativo cercano a la Oficialía Mayor, buscando quién podría tener el acceso necesario para mover los expedientes físicos sin dejar registro. Tiberio revisaría los registros de compras institucionales en busca de patrones de gasto que coincidieran con las fechas de las transferencias. Y Lóreda, con las fotografías del archivo, reconstruiría el mapa completo de los proyectos de la serie 06.

Era un plan concreto. Tenía la claridad de las cosas que se construyen cuando el miedo ya fue asimilado y lo que queda es el trabajo.

Pero justo cuando se disponían a salir de la cafetería, Gabriel notó algo.

Sobre la mesa, junto a una servilleta doblada que ninguno de ellos había tocado, había un objeto pequeño que tampoco habían puesto allí. No estaba cuando llegaron: Gabriel lo habría notado porque tenía la costumbre de revisar la mesa antes de sentarse, un hábito que había desarrollado en las últimas semanas sin darse cuenta.

Una llave.

Pequeña, metálica, plateada, con el desgaste específico de las llaves que han sido usadas muchas veces pero guardadas con cuidado.

Con una etiqueta de papel pegada con cinta transparente.

Gabriel la tomó.

La etiqueta decía: "Ateniense — Archivo Auxiliar".

Todos se miraron.

—Alguien estuvo aquí —dijo Tiberio, revisando el entorno con esa mirada lateral que ya era su postura habitual—. Entre que llegamos y ahora. Y ninguno de nosotros lo vio.

—¿Quién dejó esto? —preguntó Ulien, su voz con el temblor leve de quien acaba de comprender que la distancia entre ellos y quien los observa es mucho más corta de lo que pensaba.

Lóreda miró a Gabriel.

—Solo hay una persona que juega así.

Gabriel cerró la mano alrededor de la llave y sintió su peso, que era mínimo pero no por eso menor. Era el peso de una puerta. De un archivo que no existía en ninguna estructura pública. De registros que alguien había preservado durante años esperando el momento exacto para entregarlos.

—N. —dijo.

Pero en ese instante, al girar la llave entre los dedos, Gabriel vio algo más.

En la parte posterior, grabado con esa precisión fría de quien sabe exactamente lo que hace, había un número.

Un número que reconoció al instante.

El mismo número de cuenta que había memorizado a las tres de la madrugada, mirando la fotografía borrosa de un registro casi ilegible en una habitación de archivo que no debería haber visitado.

El mismo número.

Gabriel sintió que el espacio a su alrededor se reorganizaba con esa velocidad silenciosa con que cambia la perspectiva cuando dos piezas distantes se juntan de repente.

—Esto cambia todo —dijo, y su voz era baja pero firme.

—¿Por qué? —preguntó Armando.

—Porque no solo tenemos el número de la cuenta. Ahora tenemos acceso físico al archivo donde están los registros que la sostienen. La ruta del dinero no termina en los documentos que borraron del archivo transitorio. Continúa en algún lugar que llamaron auxiliar. Y ahora tenemos la llave.

Lóreda lo miró.

—Entonces tenemos que ir.

—Sí —respondió Gabriel—. Pero no hoy.

—¿Por qué? —preguntó Tiberio.

Gabriel pensó unos segundos antes de responder. Era un cálculo, no una duda. Si Nereus les había dado la llave esa mañana, en ese lugar y en ese momento, significaba que también sabía que otros sabían que ellos tenían la llave. El tiempo importaba. La secuencia importaba.

—Porque alguien más también irá —respondió—. Y necesitamos estar seguros de que cuando lleguemos, lo que encontremos ahí sea lo que queremos encontrar y no lo que alguien quiere que encontremos.

El grupo asimiló eso en silencio.

Gabriel guardó la llave en el fondo de su mochila, debajo de los cuadernos, en ese lugar donde uno pone las cosas que no pueden perderse.

El archivo Ateniense no solo guardaba registros contables.

Guardaba la arquitectura completa de cómo se roba una institución sin que nadie lo vea: los nombres, las fechas, las firmas, los flujos. La verdad en su forma más desnuda y más peligrosa.

Y ellos estaban a punto de abrir la puerta.

Pero Gabriel sabía, con esa certeza que no viene del razonamiento sino de algo más antiguo y más difícil de ignorar, que abrir esa puerta no sería el final del camino.

Sería el comienzo del verdadero peligro.

CAPÍTULO 10

El archivo Ateniense

La tarde había caído sobre la ciudad con una pesadez inusual, como si las nubes descendieran deliberadamente para cubrir cualquier intento de claridad. Gabriel había pasado todo el día sopesando la llave marcada con el mismo número de cuenta que había memorizado la noche anterior. La había guardado, sacado, examinado y vuelto a guardar repetidas veces, como si en su frío tacto metálico pudiera descifrar la voluntad de quien la había colocado misteriosamente en su mesa de cafetería. A su alrededor, la tensión se había vuelto un organismo vivo, silencioso y expectante.

Sabía que no podía acudir solo al archivo Ateniense. Y también sabía que no podía acudir acompañado sin un plan. Fue así como convocó a Lóreda, Ulien, Armando y Tiberio en el pequeño departamento de ella, donde se habían reunido tantas veces desde que todo esto había comenzado.

La llave descansaba sobre la mesa. Todos la miraban como si fuese un artefacto prohibido.

—El archivo Ateniense no aparece en ningún registro público —comenzó Ulien, con la libreta abierta—. Lo busqué dentro del sistema interno de la Universidad. No existe.

—Lo cual —intervino Tiberio— significa que existe.

—Exacto —confirmó Gabriel—. Si no aparece, es porque alguien lo oculta.

Lóreda tomó la llave. La giró entre sus dedos.

—La etiqueta dice "Archivo Auxiliar". Un archivo auxiliar es un repositorio controlado, no declarado en la estructura administrativa. Sirve para guardar documentación temporal o extremadamente sensible.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Armando.

Gabriel lo miró largamente.

—Lo es —respondió con serenidad—. Pero una trampa no invalida que también pueda contener la verdad.

Hubo un silencio grave.

—Esta llave —dijo Gabriel— nos la entregó N.

—¿Estás seguro? —preguntó Tiberio.

—¿Quién más podría hacerlo? —respondió Lóreda—. Nadie más juega así. Gabriel respiró hondo.

—Vamos esta noche.

Las expresiones de sus compañeros se tensaron. Nadie discutió. Nadie se retiró. Incluso el incrédulo Tiberio pareció asumir que el destino los había arrastrado a un punto de no retorno.

Salieron del departamento cerca de las diez y media. Tomaron el metro juntos, pero se separaron en dos estaciones para no llamar la atención. Dos fueron por la línea del sur; tres por un atajo sobre avenida Universidad. Se reencontraron a las afueras del pequeño edificio donde, según la información que habían logrado armar, la Fundación Ateniense mantenía un despacho... que solo en apariencia estaba abandonado.

Desde afuera, el edificio era anodino: un bloque gris, sucio, sin anuncios, con ventanas cubiertas de polvo. Una luz débil iluminaba la entrada, pero no había movimiento alguno.

—¿Aquí es? —preguntó Armando.

—Aquí es —respondió Lóreda, mostrando la dirección impresa en la etiqueta. Gabriel dio un paso al frente. Probó la puerta del edificio.

Abierta.

Un escalofrío recorrió al grupo.

—Nos están esperando —susurró Tiberio.

—O quieren que creamos eso —respondió Gabriel.

Entraron.

El vestíbulo era oscuro, de techos bajos, con un olor rancio a humedad y metal viejo. Un elevador sin señal de mantenimiento permanecía cerrado. A la derecha, una escalera descendía.

—Archivo auxiliar —dijo Ulien—. Debe estar abajo.

Bajaron las escaleras en silencio, guiándose con la luz tenue de las linternas. A cada escalón, el aire se volvía más frío.

En el sótano, una puerta metálica los esperaba. Tenía una cerradura simple.

Gabriel sostuvo la llave. La insertó. Encajó a la perfección. Un giro. Un clic.

La puerta se abrió.

La habitación era amplia, rectangular, iluminada apenas por una lámpara industrial en el techo que parpadeaba con insistencia. A diferencia del archivo transitorio de la Universidad, este lugar tenía un orden extraño, casi artificial. Las cajas archivadoras eran nuevas, las carpetas estaban alineadas con perfección obsesiva. No había polvo. No había desgaste.

Era un archivo vivo.

—Esto no está abandonado —dijo Lóreda.

—Está activo —confirmó Gabriel.

Se acercaron a la primera fila de estantes.

Las carpetas estaban marcadas con códigos que no correspondían a registros universitarios comunes. Eran secuencias numéricas complejas, divididas por guiones y letras que parecían correspondientes a un sistema paralelo.

—Busquemos el número de la cuenta —dijo Gabriel.

Revisaron sin hablar. Los minutos se extendieron con una tensión creciente. Hasta que Tiberio llamó en voz baja:

—Aquí.

Todos se acercaron.

En la carpeta estaba grabado, con una etiqueta metálica, el número exacto que Gabriel había visto en el registro del archivo transitorio.

Gabriel tomó aire.

—Abrámosla.

Lóreda la abrió.

Dentro había documentos. Muchos. Decenas de hojas impresas, resguardadas en plástico, con membretes universitarios y sellos institucionales. Eran transferencias. Movimientos. Autorizaciones.

Y firmas.

Firmas del rector Arsenio Cánovas de Miranda.

—Aquí está —murmuró Ulien—. Esto es... esto es gigantesco.

—Esto hunde a cualquiera —dijo Tiberio.

Gabriel revisó los documentos con rapidez controlada. Los montos eran enormes. Millones desviados sistemáticamente bajo el rubro de "reasignación para proyectos emergentes".

—Aquí está la ruta completa —dijo Gabriel—. Parte del presupuesto se extrae, se envía a la Fundación Ateniense y desde ahí se mueve a cuentas personales.

—¿Personales de quién? —preguntó Armando.

Gabriel encontró el nombre.

Lo leyó.

Y su sangre se heló.

—Arsenio Cánovas de Miranda.

—El rector —susurró Lóreda.

Había algo más. Un documento adicional, marcado como "CONFIDENCIAL".

Gabriel lo sacó.

Era un memo interno.

De Nereus Valdivieso.

—Esto... —murmuró Gabriel—. Esto está firmado por ella.

Leyó en voz baja:

"Se confirma la reasignación total del presupuesto destinado al PII-17-06 conforme a las instrucciones del señor Rector. Proceda la transferencia inmediata a la Fundación Ateniense."

—Entonces ella sí está involucrada —dijo Tiberio.

—No necesariamente —respondió Lóreda—. Esto podría haber sido firmado bajo coerción.

—O bajo complicidad —añadió Armando.

Antes de que pudieran continuar, Gabriel encontró otro documento.

Uno distinto.

Un informe.

Su título decía:

"Revisión interna preliminar de prácticas presupuestales. Elaborado por: N.V."

—¿Qué es eso? —preguntó Ulien.

Gabriel comenzó a leer. Su rostro cambió lentamente.

—Es una auditoría... hecha por ella misma —dijo—. Y es crítica. Señala inconsistencias. Advierte sobre prácticas riesgosas en la administración del rector. Esta auditoría... podría destruirlo.

—¿Por eso quiere ayudarnos? —preguntó Tiberio—. ¿Porque está en contra del rector?

Gabriel negó lentamente.

—No lo sé. Pero esto... esto no debería estar aquí.

En ese momento, un ruido los sobresaltó.

Una puerta.

La puerta por la que habían entrado.

Se cerró.

De golpe.

Gabriel sintió cómo la adrenalina lo recorría por completo.

—¿Quién está ahí? —preguntó Tiberio, levantando la linterna.

Nadie respondió.

Un segundo ruido.

Un paso.

Luego otro.

Alguien estaba dentro del sótano.

El grupo retrocedió instintivamente, formando un círculo.

Lóreda tomó la carpeta con todos los documentos cruciales y la guardó en su mochila.

Gabriel sostuvo la linterna en alto.

Un tercer paso.

Y entonces, desde la penumbra, surgió una silueta.

Alta.

Firme.

E inconfundible.

—Nereus Valdivieso —susurró Lóreda.

La oficial mayor dio un paso hacia adelante. Su rostro estaba sereno, impenetrable. No parecía sorprendida de verlos ahí.

—Han encontrado demasiado —dijo, con voz baja pero nítida.

El grupo no supo si aquello era una amenaza... o una confirmación.

Gabriel tragó saliva.

—¿Usted... nos dejó la llave?

Nereus lo miró fijamente.

—No vine para responder preguntas —dijo—. Vine para advertirles.

Un silencio helado cayó sobre todos.

—¿Advertirnos de qué? —preguntó Lóreda.

Nereus avanzó un paso.

—De que esta verdad... no debe caer en las manos equivocadas.

—¿Las tuyas? —interrogó Gabriel.

Por primera vez, algo parecido a una emoción cruzó el rostro de Nereus.

No era ira.

Ni miedo.

Era... tristeza.

—No —respondió—. Las manos equivocadas son otras.

Gabriel sintió un estremecimiento.

—¿Quién más sabe que estamos aquí?

Nereus guardó silencio unos segundos.

Luego dijo:

—El rector.

Un golpe seco resonó arriba.

La puerta del edificio.

Otra figura entraba.

Nereus dio un paso atrás.

—Corren peligro —dijo—. Y yo... ya no puedo protegerlos.

Gabriel comprendió que el tiempo se había agotado.

—¿Qué hacemos? —susurró Lóreda.

La respuesta llegó no de Nereus, sino del eco del nuevo paso que bajaba por la escalera.

—Huir —dijo Gabriel.

—Con los documentos —añadió Lóreda.

Porque lo que llevaban en esa mochila era suficiente para derrumbar un régimen interno.

La verdad había sido encontrada.

Pero ahora debían sobrevivir para revelarla.

CAPÍTULO 11

Escapar con la verdad

El sótano entero pareció estrecharse cuando el segundo intruso descendió los escalones. El aire se densificó, cargado de electricidad, y Gabriel sintió que cada uno de sus sentidos estallaba en alerta. No era solo el peligro inmediato; era la certeza de que estaban atrapados entre fuerzas que los superaban. Nereus Valdivieso los había advertido con una honestidad helada, pero ni eso garantizaba que siguiera del mismo lado dentro de un minuto.

—Tenemos que movernos —susurró Lóreda, más cerca de Gabriel que nunca, su respiración apenas un hilo.

El crujido del peldaño volvió a escucharse arriba. El guardia del rector, o quizá alguien peor, estaba a pocos pasos de entrar al archivo auxiliar. Gabriel miró a Nereus: su rostro permanecía impasible, como un mármol vivo. Era imposible saber si los ayudaría o los entregaría.

—Por aquí —dijo ella de pronto.

Se dirigió hacia la pared del fondo, donde a simple vista no había nada más que un muro desnudo. Pero el oído agudo de Gabriel percibió algo: un leve zumbido.

—¿Una salida? —preguntó Ulien.

Nereus pasó la palma por una sección rectangular del muro. Un clic sonó, y un panel metálico se deslizó, revelando un pasadizo estrecho, apenas iluminado por una luz amarillenta.

—Es una vía de mantenimiento —murmuró ella—. Nadie la usa. Nadie la conoce.

—¿Y usted sí? —preguntó Gabriel.

Nereus lo miró con una serenidad que escondía mil secretos.

—Yo conozco todo lo que debe permanecer oculto.

El ruido de pasos se intensificó. Ya no era uno: eran dos. Dos hombres descendían.

—Vayan —ordenó Nereus—. Ahora.

—¿Y usted? —preguntó Lóreda.

—Yo detendré su avance el tiempo suficiente.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel.

Por primera vez, la oficial mayor mostró una emoción clara. Apenas un susurro de humanidad.

—Porque alguien tiene que pagar por lo que se ha hecho aquí —dijo—. Y no quiero ser yo.

El grupo no tuvo tiempo para nada más. Entraron en el pasadizo y Nereus cerró la entrada justo cuando las voces de los hombres comenzaron a resonar dentro de la sala.

El túnel era estrecho, casi sofocante. Lóreda iba delante, luego Gabriel, detrás Ulien, Armando y Tiberio. El sonido amortiguado de gritos llegó desde el archivo.

Luego un golpe. Uno fuerte.

—¿Qué fue eso? —preguntó Armando.

—Nereus —respondió Gabriel, con una mezcla inquietante de admiración y miedo—. Debe estar... deteniéndolos.

El pasadizo avanzaba hacia arriba, como una escalera irregular escondida entre paredes húmedas. El olor a concreto y metal oxidado llenaba el espacio. La tensión era insoportable.

—¿A dónde lleva esto? —preguntó Ulien.

—A la parte trasera del edificio —respondió Gabriel, recordando el plano improvisado que había armado—. Si mis cálculos son correctos, deberíamos salir cerca del callejón lateral.

—¿Y si alguien nos espera ahí? —preguntó Tiberio.

—Entonces improvisamos —respondió Lóreda, con un temple que asombró incluso a Gabriel.

El túnel se bifurcó en dos direcciones. Una subida y una bajada.

—¿Y ahora? —preguntó Armando.

Gabriel escuchó. Desde arriba no se oía nada. Desde abajo... voces.

—Arriba —dijo.

Subieron en fila, con las linternas apuntando hacia el techo bajo. Después de varios metros, una escalera metálica apareció al final del pasillo. Subieron uno por uno. La tapa superior estaba vieja, pero no trabada.

Gabriel empujó.

La tapa cedió.

Aire fresco entró en el túnel.

Salieron a un patio secundario del edificio. Un espacio pequeño, oculto entre muros altos, con un árbol creciendo torcido hacia el cielo nocturno.

—Rápido —dijo Gabriel.

Corrieron hacia la reja posterior. Estaba cerrada, pero no tenía candado.

—¿Por qué todo está tan... accesible? —preguntó Tiberio.

Gabriel no respondió. No quería admitir lo obvio: alguien los estaba guiando incluso ahora.

Salieron al callejón. La calle estaba casi vacía. Solo un auto viejo estacionado y una luminaria parpadeante.

—Hay que alejarnos —dijo Lóreda—. Si el rector sabe que llevamos los documentos...

—Nos buscará —concluyó Gabriel.

El grupo se dispersó por instinto, pegándose a las sombras. Gabriel tomó la iniciativa.

—No regresen a sus casas. No regresen al departamento. Nadie debe saber dónde estamos.

—¿Entonces adónde? —preguntó Ulien.

—A la UNAM —respondió—. Es el único lugar donde el rector no puede actuar directamente sin exponerse.

—¿Estás loco? —exclamó Tiberio—. El campus es enorme, pero está lleno de ojos.

—Precisamente —replicó Gabriel—. Y también de estudiantes. El rector no querrá llamar la atención.

Cruzaron dos calles, evitando las luces principales, avanzando por jardines y banquetas estrechas. Al llegar a avenida Universidad, el tránsito aún fluía. Se mezclaron entre peatones. Un autobús pasó con las luces encendidas. Gabriel levantó la mano.

Subieron.

El vehículo avanzó entre ruidos de motor y conversaciones lejanas. Nadie los miró.

—¿Y ahora? —preguntó Armando.

Gabriel sostuvo la mochila donde Lóreda guardaba los documentos.

—Ahora necesitamos un lugar donde revisarlos y organizarlos. Algo que podamos usar para presentar una denuncia formal.

—¿Dónde? —preguntó Ulien.

—En la hemeroteca —respondió Gabriel—. A estas horas está casi vacía y tiene espacios privados.

El grupo intercambió miradas. La hemeroteca había sido escenario de advertencias y sombras. Pero también era el único lugar donde Gabriel sentía que podía pensar.

El autobús los dejó frente a Ciudad Universitaria cerca de las once de la noche. El campus estaba en esa calma peculiar que antecede a la medianoche: silencioso pero nunca desierto.

Entraron por la zona de Humanidades. Gabriel guiaba la marcha con tranquilidad aparente.

Cuando llegaron a la explanada de la hemeroteca, todo parecía en orden.

—Vamos —dijo él.

Entraron.

Los pasillos estaban casi a oscuras. Algunas lámparas permanecían encendidas, proyectando sombras largas sobre los muros tapizados de estantes.

—Tomemos una sala privada —dijo Lóreda.

Gabriel buscó una puerta con cristal esmerilado. La abrió.

Lóreda colocó la mochila sobre la mesa.

Todos rodearon los documentos.

—Aquí está —dijo Gabriel—. Esto prueba el desvío. Las transferencias, las firmas, la auditoría interna... todo.

—Con esto —añadió Ulien— podemos presentar la denuncia directamente ante la Junta de Gobierno.

—Y ante la prensa —dijo Tiberio.

—Y ante quien sea necesario —respondió Gabriel.

Pero justo cuando estaban por comenzar a organizar la evidencia, Ulien se detuvo.

—¿Oyeron eso?

Todos quedaron en silencio.

En el pasillo, más allá de la sala, un sonido.

Un clic.

Un paso.

No era un guardia. No era un estudiante.

El sonido era lento.

Deliberado.

Gabriel levantó la cabeza.

—Alguien está aquí.

El corazón del grupo se encogió.

—Cierren las luces —susurró Lóreda.

Apagaron la lámpara.

Quedaron en penumbra.

Un segundo paso resonó.

Y luego, una sombra cruzó frente al cristal esmerilado de la puerta.

—¿Es el guardia del rector? —susurró Armando.

La figura se detuvo.

Miró hacia dentro.
Una mano se levantó.
Tocó el cristal.
Un dedo.
Luego otro.
Gabriel sintió la respiración congelarse.
Y entonces, sin previo aviso, la sombra habló.
—Gabriel Cardenal.
El grupo entero contuvo el aliento.
La voz no era la del guardia.
Era una voz femenina.
Clara.
Serena.
Y absolutamente familiar.
Nereus Valdivieso.
—Abran —dijo ella.
—¿Qué quiere? —preguntó Gabriel.
—Ayudarlos —respondió—. Pero esta vez... no hay tiempo.
Gabriel dudó.
Lóreda colocó su mano sobre la suya.
—Ábrele —dijo.
Gabriel se levantó, caminó hacia la puerta, colocó su mano en el picaporte y se preparó para lo que fuera.
Porque, en ese instante, entendió que el siguiente paso decidiría no solo su destino, sino el destino de toda la verdad que habían arriesgado sus vidas para encontrar.

CAPÍTULO 12

La noche de la denuncia

La puerta se abrió con un susurro inquietante, como si la madera, vieja y fatigada, reconociera la gravedad del instante. Nereus Valdivieso entró con paso firme, sin perder en ningún momento ese porte hierático que la caracterizaba. La luz tenue de la sala de la hemeroteca iluminó su rostro desde un ángulo que le daba un aspecto casi espectral; sin embargo, había humanidad en sus ojos, una humanidad tensa, agotada, como si hubiera librado demasiadas batallas internas durante demasiado tiempo. Gabriel la observó entrar sin comprender del todo su motivación, solo con la certeza de que su presencia alteraba el equilibrio precario que habían logrado al huir del archivo Ateniense. Algo en ella había cambiado desde la última vez que la había visto de lejos, cruzando el patio de Rectoría con la indiferencia

calculada de quien sabe que está siendo observado. Ahora era distinto. Ahora cargaba algo que no podía disimular.

El grupo permaneció en silencio. Nadie habló. Nadie respiró con normalidad. El aire parecía comprimirse en torno a ellos, encerrando la tensión en la habitación como una burbuja frágil que cualquier palabra podría reventar.

—Cierren la puerta —dijo Nereus.

Su voz era baja, pero tan firme que obedecer parecía inevitable, no porque intimidara sino porque contenía esa clase de autoridad que no se aprende sino que se gana a fuerza de años en un sistema que lo devora todo. Gabriel cerró la puerta, deslizó el seguro y dio un paso atrás. Nereus avanzó hasta la mesa donde reposaban los documentos recién rescatados del archivo Ateniese, los mismos que contenían pruebas suficientes para derribar a un rector y quizá a varios más. Los miró un instante antes de levantar la vista hacia el grupo.

—No sé cuánto tiempo tenemos —dijo sin rodeos—, así que escuchen con atención. Esta noche debe hacerse la denuncia. No mañana. No pasado. Esta noche.

—¿Por qué tan pronto? —preguntó Tiberio.

—Porque ya saben que ustedes tienen la evidencia —respondió Nereus—. Y no se detendrán.

Gabriel apretó los puños.

—¿Quiénes?

La oficial mayor lo miró con algo que, por un instante, se parecía a la compasión. O quizá era reconocimiento: el de alguien que ha estado en ese mismo punto de ignorancia y recuerda exactamente cómo se siente no querer saber la respuesta a una pregunta que ya se hizo.

—Los mismos que han vigilado cada movimiento suyo desde que encontraron el proyecto PII-17-06. Los mismos que enviaron al guardia a la hemeroteca. Los mismos que custodian al rector y saben que una sola filtración puede derrumbar años de construcción cuidadosa.

—¿Entonces es cierto? —preguntó Lóreda con un temblor apenas perceptible en la voz—. ¿Él lo sabe todo?

—Lo sabe —respondió Nereus—. Sabe que ustedes accedieron al archivo auxiliar. Sabe que alguien dentro de la estructura les ha facilitado el acceso.

Hubo una pausa breve. Gabriel la sostuvo.

—¿Usted?

Nereus respiró hondo y lo que siguió no fue una respuesta sino algo más parecido a una confesión, de las que no buscan absolución sino simplemente decir lo que es verdad después de demasiado tiempo callándolo.

—He hecho lo que he podido sin condenarme del todo. No soy inocente, Gabriel. Pero tampoco estoy ciega. El rector me obligó a firmar muchos documentos bajo presión directa: mi cargo, mi carrera, la seguridad de

personas cercanas a mí. Otros documentos fueron elaborados sin mi consentimiento, con mi firma falsificada o tomada de contextos anteriores. Me he mantenido durante años en una línea peligrosísima, tratando de no convertirme en un arma para él ni en un cadáver administrativo que desaparece sin explicaciones. Y cuando ustedes empezaron a indagar, cuando vi que no eran periodistas profesionales ni investigadores con protecciones institucionales sino estudiantes que habían llegado solos hasta donde llegaron, supe que tenían algo que yo jamás tuve.

Se detuvo un instante.

—Impunidad moral —dijo—. La que solo tienen quienes no han tenido que comprometerse para sobrevivir.

—No somos impunes —dijo Gabriel—. Solo estudiantes.

—Precisamente por eso —respondió ella—. Su fuerza está en que nadie los espera. Y en que todavía les importa lo suficiente como para no calcular el costo.

El grupo intercambió miradas tensas. Gabriel pensó en lo que acababa de escuchar: una mujer que había pasado años dentro del sistema sin poder salir, sin poder hablar, cargando la complicidad como quien carga una deuda que sigue creciendo aunque uno deje de pedirla. Pensó en Xenón, en su padre, en las palabras sobre las consecuencias que había escuchado en aquel estudio de muros oscuros. La diferencia entre Nereus y Xenón, comprendió, era solo que a ella el sistema le había alcanzado primero.

—¿Cómo hacemos la denuncia? —preguntó Ulien, con esa practicidad suya que siempre cortaba por lo sano.

—De tres formas simultáneas —respondió Nereus sin vacilar—. Primero, ante la Junta de Gobierno, que es el único órgano con autoridad real para suspender al rector. Segundo, ante la prensa, porque la Junta puede enterrar una denuncia si llega sola, pero no puede hacerlo si hay testigos mediáticos. Tercero, ante los órganos internos de control, para que quede registro formal aunque intenten bloquearlo.

—¿Y si nos detienen antes? —preguntó Armando.

—La única manera de ganar —dijo Nereus— es hacerlo todo al mismo tiempo. Crear una tormenta que no pueda ser contenida desde un solo frente. Si atacas en un punto, te rodean. Si atacas en tres puntos simultáneos, tienen que dividirse. Y un sistema corrupto que se divide pierde la coherencia que lo mantiene en pie.

Era una estrategia. No improvisada, no desesperada. Llevaba tiempo pensada.

Gabriel abrió la carpeta y extendió los documentos claves sobre la mesa. Lóreda los organizó con rapidez, con esa memoria casi fotográfica que tenía para los papeles: las transferencias con sus fechas y montos, los estados financieros con las discrepancias marcadas en rojo, la auditoría interna que la propia Nereus había elaborado hace dos años y guardado sin presentar, el memo donde se mencionaba la reasignación del presupuesto del proyecto

fantasma, y los registros del archivo auxiliar que probaban la conexión con la Fundación Ateniese.

—Esto es contundente —murmuró Gabriel, viéndolo todo junto por primera vez.

—Suficiente para destruir una carrera —añadió Tiberio.

—Y para salvar una institución —concluyó Nereus, y en esa frase había algo que no era orgullo sino algo más frágil: la esperanza tardía de alguien que creyó durante mucho tiempo que ya era demasiado tarde.

Un golpe seco resonó en el pasillo.

Todos se tensaron como si la habitación entera hubiera recibido una descarga.

Nereus caminó hacia la puerta con pasos controlados, sin correr, y colocó el oído contra la madera con una naturalidad que revelaba que no era la primera vez que lo hacía. Escuchó unos segundos. Luego, en un murmullo apenas audible, dijo:

—No queda tiempo.

—¿Es el guardia? —preguntó Lóreda.

—Puede ser cualquiera —respondió ella—. Lo que importa es que se muevan ya.

Gabriel tomó la mochila con los documentos y se la colgó al hombro sintiendo el peso de los papeles como si fueran algo vivo, algo que respiraba y que dependía de él para sobrevivir las próximas horas.

—¿Qué hará usted? —preguntó.

Nereus los miró a todos, uno por uno, con esa mirada que tenía la densidad de todo lo que no había podido decir durante años.

—Lo que tenga que hacer.

—¿Nos está ayudando —preguntó Gabriel, y la pregunta no era una acusación sino una necesidad genuina de entender— o está limpiando su nombre?

Ella lo sostuvo con la mirada durante un largo instante. Gabriel pensó que iba a esquivar la pregunta, que respondería con algo diplomático, con algo que protegiera la ambigüedad que la había mantenido a salvo durante tanto tiempo.

—Ambas —respondió. Y la honestidad de esa palabra, sola y sin adornos, fue más contundente que cualquier argumento.

El golpe volvió a sonar, más fuerte, con la impaciencia de quien sabe que hay alguien al otro lado y no entiende por qué no abren.

—Váyanse —ordenó Nereus—. Salgan por la puerta trasera de la hemeroteca. Tomen caminos distintos para llegar al mismo lugar. Reúnanse en Rectoría antigua dentro de una hora. Ahí comenzará todo.

—¿Y si no llegamos? —preguntó Ulien, y la pregunta tenía ese tono específico de quien no espera que lo tranquilicen sino que le digan la verdad.

Nereus respiró hondo.

—Llegarán.

No lo dijo como una promesa. Lo dijo como una convicción. La diferencia era sutil pero Gabriel la sintió.

—¿Por qué confía en nosotros? —preguntó.

Nereus no respondió de inmediato. Sus ojos, normalmente duros como obsidiana pulida, mostraron por un segundo un brillo que Gabriel no supo clasificar, algo entre el dolor y la rendición y algo que quizás era gratitud.

—Porque ustedes todavía creen que la Universidad puede salvarse —dijo—. Y yo... ya no sé si creo en eso. Pero quiero que alguien que sí crea lo intente.

El golpe en la puerta fue ahora un empujón. La madera vibró en su marco.

—¡Váyanse! —ordenó ella por última vez, y en esa orden había algo que no era solo urgencia sino también algo parecido al cuidado, el de quien manda a otros a hacer lo que ella ya no puede hacer sola.

Sin pensarlo más, Gabriel apagó las luces, abrió la puerta trasera de la sala y condujo al grupo hacia un pasillo angosto que olía a papel húmedo y a años de silencio acumulado. Corrieron sin mirar atrás. El eco de los pasos resonaba en el edificio vacío con esa amplitud que tiene el sonido en los espacios que debían estar llenos de voces y no lo están.

Al llegar al exterior, la noche los recibió con un aire frío y cargado de humedad, el tipo de aire que uno recuerda mucho después porque va asociado a una decisión que no puede deshacerse. La explanada estaba casi desierta. Avanzaron en direcciones distintas, tal como les había ordenado Nereus, cada uno con su propio camino y el mismo destino.

Gabriel tomó el rumbo hacia la Facultad de Arquitectura, rodeó la biblioteca central y cruzó los jardines con el corazón acelerado. Cada sombra parecía moverse. Cada árbol era un vigilante silente. Pero también el campus estaba hermoso a esa hora, con esa belleza específica de los lugares que uno aprecia cuando sabe que puede perderlos, y Gabriel pensó por primera vez con claridad en lo que estaba en juego: no solo la verdad sobre un rector, sino la Universidad misma, la institución que lo había recibido con sus preguntas y su periodismo incipiente y que ahora dependía, en parte, de lo que hicieran en la próxima hora.

Cuarenta minutos después llegó a Rectoría antigua. Lóreda ya estaba allí, respirando agitada pero con los ojos firmes. Ulien llegó poco después, ajustándose los lentes con ese gesto mecánico que tenía cuando intentaba ordenar los pensamientos. Luego Armando, con la respiración cortada pero sin rastro de duda en el rostro. Tiberio fue el último en aparecer, por el camino más largo, y cuando llegó asintió una sola vez sin decir nada, que era su manera de decir que estaba listo.

—¿Traes los documentos? —preguntó Lóreda.

Gabriel levantó la mochila.

—Aquí están.

La antigua Rectoría, iluminada por faroles de luz cálida que contrastaban con el frío de la noche, tenía algo de santuario secular. Era el lugar donde se habían tomado muchas de las decisiones que habían formado la historia de la Universidad, algunas dignas y algunas no. Ahora sería el escenario de una denuncia que, si salía bien, añadiría una página diferente a esa historia.

—¿Están listos? —preguntó Gabriel.

—No —respondió Ulien, con la sinceridad que lo caracterizaba—. Pero aquí estamos.

Era la misma respuesta que Gabriel había dado en el umbral del archivo transitorio. Había algo en esa frase que ya no era resignación sino una forma de valentía: la de quien avanza a pesar de no estar listo, porque esperar a estarlo es otra manera de no llegar nunca.

Se acercaron a la puerta lateral del edificio. Gabriel alzó la mano para tocar el timbre.

Pero entonces, una voz detrás de ellos dijo:

—Yo toco.

Se giraron.

Nereus estaba allí.

Sin guardias. Sin protección visible. Sin la carpeta institucional que llevaba siempre bajo el brazo como un escudo burocrático. Solo ella, con el mismo abrigo oscuro y una expresión que había dejado caer todas sus capas de autoridad oficial para mostrar algo más elemental: la de una persona que ha decidido, por primera vez en mucho tiempo, hacer lo correcto sin calcular el costo.

—¿Cómo llegó tan rápido? —preguntó Tiberio.

—No es relevante —respondió—. Lo que importa es esto.

Se acercó a Gabriel y posó una mano sobre la mochila, con suavidad, como si supiera exactamente lo que contenía y lo que costaba cargarlo.

—¿Puedo? —preguntó.

Él dudó un instante. Luego asintió.

Nereus abrió la mochila y sacó los documentos claves. Los sostuvo con ambas manos, mirándolos con la expresión de quien reconoce su propia escritura en algo que hubiera preferido no firmar nunca.

—Hice esto —dijo, y su voz era baja pero completamente estable—. Yo lo firmé. Yo lo avalé aunque fuera bajo presión. Yo callé cuando debí hablar. Soy responsable.

Gabriel sintió un nudo en la garganta.

—Entonces esta denuncia... también es suya.

Ella lo miró con una mezcla de dolor y convicción que solo se ve en quienes han tardado demasiado en llegar al lugar correcto pero han llegado al fin.

—Lo es.

Extendió los documentos con ambas manos.

—Esta noche le devolvemos la dignidad a la Universidad. O por lo menos lo intentamos.

Y tocó el timbre.

Una luz se encendió dentro del edificio, visible por la rendija inferior de la puerta. Se oyó el sonido de un cerrojo, lento y deliberado, el sonido de quien abre sabiendo que lo que entra cambiará lo que hay adentro.

La puerta comenzó a abrirse.

Y Gabriel comprendió, en ese instante, que había cruzado definitivamente la línea entre el estudiante que cuenta historias y el periodista que las vive desde adentro, sin red, sin manual, sin garantías.

El destino de todos estaba a punto de cambiar para siempre.

CAPÍTULO 13

El inicio del derrumbe

La puerta de la antigua Rectoría se abrió con un chirrido lento, solemne, casi ritual. Gabriel sintió cómo el aire nocturno, frío y cargado de humedad, se transformaba en un soplo denso que parecía empujarlo hacia adelante, como si el edificio mismo tuviera una opinión sobre lo que estaba a punto de ocurrir dentro de sus muros. Era como si la construcción, testigo de innumerables disputas internas durante décadas, reconociera la gravedad del instante y reclamara silencio. Detrás de él, Lóreda, Ulien, Armando y Tiberio aguardaban tensos, cada uno inmóvil en su propia versión del miedo, mientras Nereus Valdivieso mantenía los documentos firmemente entre las manos, casi como un sacrificio que debía ser ofrecido al altar de la verdad.

Gabriel miró los retratos que decoraban las paredes del vestíbulo: rectores anteriores, todos con el mismo gesto de autoridad que tienen los hombres fotografiados en sus momentos de mayor poder. Se preguntó cuántos de ellos habían estado en este mismo umbral con algo que ocultar. Se preguntó si alguno había estado aquí con algo que revelar.

Un vigilante universitario, sorprendido por la hora y por el número de personas, los observó desde el umbral con una expresión desconcertada pero no hostil.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó con cautela.

Nereus avanzó un paso. Su figura, rígida y erguida, emanaba una determinación que el hombre pareció reconocer de inmediato, no como amenaza sino como la clase de autoridad que uno asocia con las personas que llevan años sabiendo exactamente cuánto peso pueden cargar.

—Necesito hablar con el secretario de la Junta de Gobierno —dijo ella—. Es urgente. Se trata de un asunto institucional de máxima prioridad.

El vigilante dudó. Miró a los estudiantes, jóvenes, visiblemente agotados, con la ropa de quienes llevan horas moviéndose de prisa. Luego miró la carpeta

gruesa que Nereus sostenía con ambas manos. Algo en la combinación de esos elementos lo convenció de que esto no era una queja ordinaria.

—Denme un momento —dijo finalmente.

Los dejó en el vestíbulo. El silencio que siguió fue del tipo que ocupa el espacio físico, que tiene peso y temperatura. Gabriel podía escuchar los latidos acelerados de su propio corazón y se preguntó si los demás también lo escuchaban. La madera antigua del piso, los vitrales oscuros que de día filtrarían luz de colores y de noche solo reflejaban sombras, los retratos de antiguos rectores con sus gestos de solemnidad... todo parecía observarlos con la severidad específica de las instituciones cuando sienten que alguien viene a cuestionar su funcionamiento.

—No hay vuelta atrás —murmuró Lóreda, y no lo decía como advertencia sino como constatación, la de quien necesita nombrar lo irreversible para terminar de creerlo.

Gabriel asintió, sin poder articular palabra. No la había desde hacía varios minutos. Pensó en su padre, en Xenón Cardenal que le había dicho una vez que la verdad tiene un precio que uno no conoce hasta que lo está pagando. Pensó que lo estaba pagando ahora, de noche, de pie en el vestíbulo de un edificio histórico con el estómago contraído y los documentos que podrían hundir a un rector a pocos centímetros de sus manos.

El vigilante regresó.

—El secretario los recibirá en la sala tres.

Los condujo por un pasillo largo, iluminado apenas por lámparas de luz cálida, casi amarillenta, que proyectaban círculos de claridad sobre el suelo de piedra y dejaban los márgenes en sombra. El eco de sus pasos resonaba contra los muros con esa amplitud que tienen los sonidos en los edificios que llevan décadas acostumbrados al silencio. Gabriel iba en medio del grupo, consciente de cada pisada, de cada respiración a su alrededor, de la carpeta que Nereus llevaba como si fuera lo más frágil y lo más pesado del mundo al mismo tiempo.

Al llegar a la sala tres, el vigilante abrió la puerta y se hizo a un lado.

El secretario estaba sentado al fondo, detrás de una mesa robusta de madera oscura que tenía el aspecto de haber presenciado muchas deliberaciones. Era un hombre de mirada aguda y gesto solemne, con el cabello entrecano perfectamente peinado y unos lentes rectangulares que le daban un aire académico, casi monástico, el de quien ha dedicado su vida a las instituciones y ha aprendido a leerlas como textos.

—Señora Valdivieso —dijo, y en su voz había sorpresa genuina—. No esperaba verla.

—Nadie me esperaba —respondió ella con voz gélida.

El hombre miró al grupo de jóvenes uno por uno, con esa mirada evaluadora de quien calcula antes de reaccionar.

—¿Y ellos?

—Testigos —respondió Nereus—. Y portadores de información que debe conocer esta noche.

El secretario frunció el ceño.

—Explíquese.

Nereus colocó la carpeta sobre la mesa y la abrió con una deliberación que convirtió el gesto en algo ceremonial. El sonido del cartón al desplegarse resonó en la sala como un disparo contenido. Los documentos quedaron expuestos bajo la luz de la lámpara de escritorio: las transferencias con fechas y montos, las rutas del dinero entre partidas presupuestales y fundaciones externas, las firmas del rector en documentos que no debían existir, la auditoría interna que la propia Nereus había elaborado y guardado durante dos años, la ruta completa de la cuenta bancaria vinculada a la Fundación Ateniense. Era el expediente más demoledor que la Universidad había visto en décadas, y verlo todo junto, ordenado, irrefutable, producía una sensación que estaba más allá del alivio o de la satisfacción: era la sensación de que algo que debía pasar finalmente estaba pasando.

El secretario ajustó sus lentes y se inclinó hacia adelante. Sus ojos recorrieron los documentos con la velocidad de quien sabe leer entre líneas en los papeles institucionales, de quien ha pasado décadas descifrando lo que los registros dicen y lo que callan.

—Esto... —susurró—. ¿Es auténtico?

—Lo es —respondió Nereus.

—¿Y usted lo firma? —preguntó él, y en su voz había una mezcla de sorpresa y de algo que podría ser respeto o podría ser el reconocimiento de que lo que estaba viendo era más serio de lo que había imaginado cuando lo llamaron a esa hora.

—Con mi nombre y con mi vergüenza —respondió Nereus, y las palabras no sonaron a autoflagelación sino a algo más preciso: la declaración de quien asume su parte sin pretender que es la única ni que es suficiente.

Gabriel sintió que un escalofrío recorría el salón. No era miedo. Era la sensación física de estar presente en un momento que recordaría el resto de su vida.

El secretario respiró hondo, con esa lentitud de quien necesita un segundo para alinear lo que está viendo con lo que implica.

—¿Sabe usted lo que implica esto?

—Lo sé —respondió Nereus—. Implica que el rector ha desviado millones del presupuesto universitario hacia fundaciones fachada creadas durante su propio mandato. Implica que ha manipulado documentos, obligado firmas mediante coerción directa, encubierto prácticas ilícitas durante al menos cinco años. Implica que la Universidad ha sido usada como instrumento de enriquecimiento personal por la misma persona que debía custodiarla.

Cada oración caía sobre la mesa como un peso adicional. El secretario no interrumpió. Escuchó con esa quietud de quien entiende que hay momentos

en que la única respuesta correcta es dejar hablar a la verdad hasta que termine.

Luego miró a los estudiantes.

—¿Qué papel juegan ellos en esto?

Gabriel dio un paso adelante. Sintió la mirada de los demás en su espalda, el peso de representar en ese momento no solo su propio nombre sino el de todo lo que habían hecho juntos durante semanas.

—Somos quienes encontramos la evidencia —dijo—. Seguimos los hilos desde los primeros documentos, accedimos a los archivos, identificamos las fundaciones y la ruta del dinero. Y hemos sido vigilados, seguidos y amenazados desde que empezamos a preguntar.

Ulien sostuvo su libreta con las notas de todo el proceso. Tiberio cruzó los brazos con la firmeza de quien ha decidido que ya no tiene nada que perder en mostrarse. Armando respiraba con dificultad pero no se movió. Lóreda apretó los labios con esa firmeza suya que no era rigidez sino convicción sostenida.

—Han arriesgado sus vidas —añadió Nereus— para que esto llegara aquí. Son estudiantes de primer año. Y llegaron más lejos que cualquier mecanismo institucional de los últimos cinco años.

El secretario miró a Gabriel durante un momento que se extendió lo suficiente para incomodar y luego asintió con la cabeza, un gesto mínimo pero que Gabriel interpretó como la clase de reconocimiento que no se expresa con palabras porque las palabras lo reducirían.

—Debo convocar a la Junta de Gobierno de inmediato —dijo, y tomó el teléfono sobre la mesa.

En ese instante, la puerta de la sala se abrió de golpe.

El marco vibró. El golpe fue tan brusco que todos se giraron al mismo tiempo y el secretario detuvo el movimiento de la mano antes de marcar.

Un hombre irrumpió con la violencia de un vendaval.

Gabriel lo reconoció al instante, con esa memoria involuntaria que uno desarrolla para las personas que le han producido miedo: el guardia de traje oscuro. El mismo de la hemeroteca. El mismo que había aparecido en el archivo transitorio como una sombra con radio. Pero esta vez no estaba solo.

Dos hombres más entraron detrás de él, con el mismo tipo de traje, el mismo porte neutro de quienes han aprendido a no tener expresión porque la expresión revela intención.

—¡Atrás! —gritó Tiberio, poniéndose de pie.

Nereus se interpuso entre los hombres y el grupo con un movimiento tan rápido y tan natural que Gabriel comprendió que lo había calculado desde antes de entrar al edificio. Había llegado sabiendo que esto podía ocurrir.

—No se atrevan —dijo, y su voz no tenía el tono de quien pide sino el de quien informa de las consecuencias—. Yo respondo directamente al rector. Si

ponen un solo dedo sobre cualquiera de ellos, esto se convierte en un escándalo público desde esta misma noche. Tengo copias en tres lugares distintos y personas fuera de este edificio con instrucciones claras.

El guardia avanzó un paso.

El secretario se puso de pie detrás de la mesa con una velocidad que desmentía su aspecto monástico.

—¡Deténganse! —ordenó con una voz que llenó la sala de una manera que Gabriel no esperaba de él—. ¿Quién les ordenó entrar aquí? Esta es una reunión de la Junta de Gobierno. No tienen autoridad en este espacio.

El guardia no respondió. Sus ojos recorrieron la sala con esa indiferencia calculada de quien ha recibido una orden y no considera el resto. Dos vacíos oscuros, carentes de emoción visible, que sin embargo transmitían algo peor que la amenaza explícita: la disposición.

Nereus dio un paso más hacia adelante. Gabriel quiso moverse pero Lóreda le puso una mano en el brazo, discreta, firme.

—Si me tocan —dijo Nereus con una calma que era más intimidante que cualquier grito—, mañana mismo aparece mi auditoría completa en todos los periódicos del país. Ya está preparada. Ya tiene destinatarios. El único interruptor es que yo llegue ilesa al amanecer.

Los hombres se detuvieron.

La sala entera pareció suspender su respiración. La tensión que se había ido acumulando durante horas, en el archivo, en la hemeroteca, en los pasillos nocturnos del campus, encontró en ese instante su punto máximo. Era el tipo de silencio que precede a un choque de fuerzas, pero también el tipo de silencio que a veces, cuando los equilibrios son los correctos, evita el choque.

El secretario habló con voz firme y clara, la de quien ha decidido en qué lado de la historia quiere estar.

—Esta sala está bajo mi autoridad. Y a partir de este instante, el proceso que se inicia aquí también. No permitiré intromisiones de ningún tipo.

El guardia apretó los dientes con una tensión que se vio en la mandíbula.

—Tengo órdenes —dijo finalmente, y en su voz había algo que no era exactamente duda sino la fricción de una orden que choca con una realidad que no estaba en el plan.

—Y yo también —respondió el secretario.

Un silencio denso se instaló en la habitación. Gabriel miraba al guardia, al secretario, a Nereus inmóvil como un muro entre ambos, y pensó que esto era lo que Nereus había descrito como crear una tormenta que no puede contenerse: no una explosión sino una acumulación de presiones en distintos puntos que hacen que el sistema no pueda sostenerse en ninguno.

—Retírense —ordenó el secretario.

Los hombres dudaron. Fue una duda breve, medida en segundos, pero visible. El guardia miró a sus dos acompañantes. Algo se comunicó entre ellos sin palabras.

Y se retiraron.

La puerta se cerró.

El silencio que siguió fue completamente distinto al anterior: no era la tensión del peligro inminente sino el vacío que deja cuando pasa. Gabriel exhaló lentamente y no supo si lo que sentía era alivio o el comienzo de algo peor.

El secretario dejó caer los hombros un instante, permitiéndose un segundo de humanidad antes de recomponerse.

—La situación es peor de lo que imaginaba —dijo—. Pero eso confirma que lo que tienen es real. Y no podemos detenernos ahora.

Nereus se volvió hacia el grupo.

—La denuncia se hará esta noche. Y ustedes estarán presentes como testigos directos.

—¿Cómo? —preguntó Ulien.

—Declararán —respondió ella—. Uno por uno. Todo lo que han visto, todo lo que han encontrado, todos los pasos que los trajeron hasta aquí. Con nombres, fechas y documentos de respaldo.

Gabriel sintió que su respiración se agitaba. Declarar. Poner su nombre en un documento oficial, ante la Junta de Gobierno, contra el rector de la UNAM. Era una cosa haber investigado en secreto, haberse movido en los márgenes de lo que se podía saber y lo que se podía decir. Era otra completamente distinta volverse visible, nombrarse, convertir la investigación en testimonio formal.

Era la primera vez que comprendía, en toda su dimensión, lo que estaba a punto de ocurrir. No solo para la Universidad. Para él.

—¿Y el rector? —preguntó con un hilo de voz.

El secretario respondió con una gravedad que no era dramática sino estrictamente institucional, la de quien conoce los procedimientos y sabe exactamente lo que desencadena.

—El rector será citado esta misma noche. Y enfrentará los cargos que emanen de esta denuncia.

Nereus añadió, con esa voz baja que tenía cuando las palabras importaban demasiado para enfatizarlas:

—Y cuando caiga... caerá solo. Eso es lo que ocurre cuando construyes un sistema sobre el miedo de otros: en el momento en que el miedo cede, no hay nadie que te sostenga.

En ese instante, el edificio entero pareció estremecerse con un trueno lejano que resonó sobre la ciudad, sordo y prolongado, como si el clima también tuviera una opinión sobre lo que estaba ocurriendo dentro de esos muros.

Gabriel sintió que algo profundo había comenzado. No el final de algo, como había imaginado que se sentiría llegar hasta aquí. Sino el comienzo. El inicio de un derrumbe que no se detendría en el despacho del rector ni en los archivos de la Fundación Ateniense ni en ninguno de los puntos que habían identificado. Un colapso que iba a ensancharse hacia territorios que todavía no podía ver.

La verdad, esa que tantos habían querido enterrar durante años, ahora ascendía como una llama que ya no necesitaba que nadie la avivara. Tenía su propio combustible. Tenía su propio impulso.

Y él, Gabriel Cardenal, estudiante de primer semestre, periodista de un periódico universitario que la semana anterior tenía una docena de lectores, estaba en el centro de ese incendio.

Nada volvería a ser igual.

Ni la Universidad.

Ni él.

CAPÍTULO 14

El rector ante la verdad

La madrugada avanzaba con esa densidad silenciosa que anuncia una ruptura inminente. El edificio de la antigua Rectoría, con sus muros gruesos y su aura de solemnidad histórica acumulada durante décadas, parecía contener la respiración a la espera del momento decisivo. Gabriel, de pie junto a la mesa donde reposaban los documentos incriminatorios, sintió que las horas transcurridas desde su huida del archivo Ateniense lo habían transformado de una manera que todavía no sabía nombrar del todo. Ya no era el estudiante curioso que había empezado a tirar de un hilo pensando que encontraría una historia para su incipiente periódico universitario. Era, sin proponérselo y sin haber elegido exactamente cuándo cruzar la línea, el eje de una lucha que trascendía lo académico y que tenía consecuencias reales para personas reales en el mundo real que existía más allá de los pasillos del campus.

Nereus Valdivieso permanecía de pie junto a la ventana, firme, con el rostro austero de quien ha abandonado toda ilusión de inocencia y ha descubierto que la claridad, aunque dolorosa, pesa menos que la culpa. Lóreda, Ulien, Armando y Tiberio se mantenían detrás de Gabriel, agotados pero presentes, como un pequeño ejército que no se había formado por convocatoria ni por ideología sino por la acumulación de decisiones pequeñas tomadas en momentos en que retroceder habría sido más fácil que avanzar. El secretario de la Junta de Gobierno, con las manos entrelazadas sobre la mesa y los lentes levemente empañados por el calor de la sala, parecía más envejecido que cuando los había recibido dos horas antes. Aun así, su mirada era resuelta.

—Ya está convocada la sesión extraordinaria —dijo el secretario—. El rector Cánovas de Miranda fue notificado hace diez minutos. No tardará.

—Vendrá con escoltas —respondió Nereus sin inmutarse.

—La Junta es autónoma —dijo el secretario—. Tendrán que dejarlas afuera.

—No lo harán —respondió ella—. Intentarán entrar. Pero eso nos dará una medida exacta de su desesperación.

Gabriel sintió un escalofrío recorrerle la espalda que no era de frío sino de anticipación. Aún no había visto al rector en persona. Lo conocía solo por fotografías institucionales, discursos transmitidos en línea, noticias de inauguraciones y conferencias en las que aparecía como el modernizador que la UNAM necesitaba para el siglo veintiuno. Para muchos estudiantes, Arsenio Cánovas de Miranda era una figura casi abstracta, una presencia que se manifestaba en los carteles de los pasillos y en las decisiones que llegaban desde arriba sin nombre visible. Para otros, más cínicos, era simplemente un político con toga académica. Pero nadie, absolutamente nadie entre quienes lo admiraban o lo criticaban, imaginaba la escala de lo que esos documentos demostraban: que había usado la Universidad, la institución más importante del país, como un instrumento de enriquecimiento personal durante años y con la precisión de quien conoce los mecanismos desde adentro.

La espera fue breve y sin embargo interminable, del tipo que transcurre más en el cuerpo que en el reloj.

Un golpe seco en la puerta.

El vigilante entró.

—Han llegado —anunció, y en su voz había algo que no era solo información sino la tensión del mensajero que sabe lo que trae.

El secretario suspiró con la resignación de quien ya ha tomado su decisión y ahora solo tiene que sostenerla.

—Háganlos pasar.

El vigilante se retiró. Unos segundos después, la puerta se abrió de par en par con esa amplitud que tienen las entradas de quienes esperan que el espacio se ordene a su alrededor.

Entró primero el guardia de traje oscuro, rígido como una columna de granito, con esa postura de quien ha aprendido que la inmovilidad es una forma de poder. Tras él, otro hombre de características casi idénticas. Y al final, con un porte que llenaba la habitación antes de que su cuerpo terminara de cruzar el umbral, el rector Arsenio Cánovas de Miranda.

Alto, de cabello perfectamente peinado hacia atrás con una precisión que a esa hora de la madrugada resultaba casi provocadora, traje gris oscuro impecable, rostro afilado de rasgos que en las fotografías parecían inteligentes y en persona transmitían algo más complicado: una autoridad que no era solo de cargo sino de convicción, la de quien se ha creído durante tanto tiempo en el lugar correcto que ya no distingue entre lo que cree y lo que hace. Sus ojos, fríos y claros, recorrieron la sala con una mezcla de irritación y desprecio que no se molestó en disimular.

—¿Qué significa esta reunión intempestiva? —preguntó con una voz profunda que habría resonado en un auditorio lleno.

El secretario no titubeó.

—Señor rector, la Junta de Gobierno ha recibido evidencia documentada de irregularidades graves en su administración. Esta sesión extraordinaria existe para atender formalmente esas denuncias y para notificarle de las medidas que se deriven.

El rector esbozó una sonrisa leve, casi burlona, la de quien considera que la amenaza no llega a la altura de su posición.

—¿Irregularidades? Por favor. Mi administración ha sido impecable. Cualquier auditoría lo confirma.

Nereus avanzó desde su posición junto a la ventana. Un paso. Suficiente para que Cánovas la viera antes de que ella hablara.

—No lo ha sido.

El rector la miró. Sus ojos se entrecerraron con esa velocidad que tiene la furia cuando tarda un segundo en imponerse sobre la sorpresa.

—Así que eras tú —dijo con un tono que bajó varios grados de temperatura—. La traidora.

—La cómplice forzada —corrigió Nereus, y las palabras no eran una disculpa sino una precisión jurídica y moral al mismo tiempo—. Y ahora, la denunciante.

El rector dio un paso hacia adelante. Los guardias no se movieron pero algo en el espacio cambió.

—Esto es inadmisibile. ¿Qué clase de farsa han armado en mitad de la noche?

El secretario colocó la carpeta abierta sobre la mesa con una lentitud deliberada, la de quien quiere que el gesto sea visto.

—No es una farsa, señor rector. Son documentos firmados por usted. Transferencias presupuestales con su rúbrica. Estados financieros que usted avaló. Registros de fundaciones que usted constituyó durante su mandato.

Cánovas observó los papeles sin tocarlos, con esa inmovilidad de quien evalúa antes de reaccionar. Sus ojos los recorrieron con rapidez, y Gabriel lo vio reconocer en cada página algo que sabía que existía y que había creído seguro. Luego el rector levantó la vista y la dirigió directamente a él.

—Y tú —dijo con una sonoridad venenosa que convirtió el pronombre en algo parecido a una sentencia—. El estudiante. El pequeño periodista de primer semestre. ¿De verdad crees que entiendes el funcionamiento de esta institución?

Gabriel sostuvo la mirada. Sintió el peso de la pregunta no como insulto sino como una prueba, y comprendió que la respuesta que diera en ese momento definiría algo más que el intercambio verbal.

—Entiendo que la verdad no necesita títulos para ser verdad —dijo.

El rector soltó una carcajada breve y seca, sin humor real.

—¡La verdad! —repitió, como si la palabra misma le produjera una mezcla de condescendencia y genuino fastidio—. Esa palabra tan querida de los idealistas que no han gobernado nada. Que no han tenido que decidir nada que importara de verdad. No tienes idea de los compromisos que sostienen a una universidad como esta, muchacho. No tienes idea de las fuerzas que se mueven detrás de cada decisión presupuestal, de cada nombramiento, de cada proyecto que se aprueba o se rechaza. Este edificio no se sostiene con principios. Se sostiene con acuerdos.

—Acuerdos —repitió Gabriel—. ¿Es eso cómo llama usted a desviar millones del presupuesto hacia fundaciones que no existen?

El rector no respondió de inmediato. En ese silencio breve, Gabriel sintió algo que no esperaba sentir frente a un hombre así: no miedo sino algo parecido a la pena, la de quien ve en otro lo que podría haberse evitado y no se evitó.

Nereus intervino antes de que Cánovas pudiera reorganizarse.

—Desviar dinero público no es una fuerza institucional. Es corrupción. Simple, documentada, irrefutable.

Los ojos del rector destellaron.

—Tú firmaste cada documento —dijo, y en la acusación había algo que quería ser un escudo pero sonaba a desesperación.

—Bajo coerción —respondió Nereus con una calma que era más devastadora que cualquier grito—. Bajo amenazas directas a mi cargo, a mi reputación y a personas cercanas a mí. Lo cual también está documentado.

—¿Tienes pruebas de eso? —preguntó el rector, y esta vez su voz había perdido algo de su seguridad inicial.

—Las mismas que usted tiene de lo contrario —respondió Nereus—. Y las mías están en mejores manos.

Cánovas miró entonces al secretario con esa mirada que tienen los hombres acostumbrados al poder cuando descubren que las lealtades que daban por seguras no lo eran.

—¿Quién más sabe de esto?

—Toda la Junta de Gobierno ha sido notificada —respondió el secretario con firmeza—. En este momento están revisando los documentos en sus domicilios. Esta sesión no es el principio del proceso. Es la formalización de algo que ya está en marcha.

El rector apretó la mandíbula con una tensión que se vio hasta en los músculos del cuello.

—Usted no tiene autoridad para hacer eso sin mi aprobación previa.

—En materia de denuncias formales contra el titular de la Rectoría —respondió el secretario con la precisión de quien conoce el reglamento de memoria— la Junta actúa con plena autonomía. No necesitamos su aprobación. De hecho, solicitarla sería una irregularidad procesal.

El guardia de traje oscuro dio un paso adelante, instintivo, el reflejo de quien ha sido entrenado para interponer el cuerpo cuando el argumento falla.

—Retírese —ordenó, mirando al secretario.

—No —dijo el secretario, y se puso de pie con la lentitud de quien no siente prisa porque sabe que la autoridad está de su lado—. Aquí mando yo. En esta sala y en este proceso.

El rector levantó la mano hacia su guardia con un gesto imperioso.

—Basta. No ensucien más esto con escenas innecesarias.

Volvió a mirar a Gabriel. Esta vez su expresión había cambiado: la condescendencia inicial había dado paso a algo más complejo, más difícil de clasificar, la mirada de un hombre que evalúa a su interlocutor con más seriedad de la que quería admitir.

—¿Qué esperas ganar con esto, muchacho? ¿Gloria? ¿Fama? ¿Convertirte en el héroe que salvó a la Universidad? ¿Ser la historia que todos cuentan?

Gabriel respiró profundamente. Era una pregunta diseñada para hacer dudar, para sembrar la idea de que detrás de cualquier acto aparentemente noble hay una motivación que lo ensucia. Había pensado en esa pregunta muchas veces durante las últimas semanas, sin que nadie se la formulara, y había llegado a una respuesta que no era heroica ni brillante pero sí honesta.

—Solo quiero que la verdad salga a la luz —dijo—. No porque sea cómodo ni porque me haga ganar algo. Sino porque es lo correcto. Y porque si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará.

—La verdad —repitió Cánovas, y esta vez el tono no era de burla sino de algo más cercano a la fatiga, la de quien ha tenido esta conversación demasiadas veces y en demasiados formatos—. La verdad es maleable, Gabriel. La verdad depende de quién la narra, de qué contexto la rodea, de qué intereses la sostienen o la destruyen. Eso no es cinismo. Es la realidad del poder.

—No esta verdad —intervino Lóreda desde detrás de Gabriel, con esa firmeza suya que no necesitaba volumen para imponerse—. Estos documentos no se narran ni se contextualizan. Se prueban. Las cifras no tienen interpretaciones alternativas. El dinero fue aquí y apareció allá, y hay un rastro completo entre ambos puntos con su firma en varios tramos.

Cánovas la miró un momento. Algo pasó por su expresión, rápido e indefinible.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Alguien que sabe leer registros contables —respondió ella.

Un silencio denso cayó sobre la sala, del tipo que ocupa el espacio físico y hace que los presentes sean conscientes de cuánto aire hay y cuánto falta.

El rector los observó a todos, uno por uno, con una lentitud deliberada. Gabriel, Lóreda, Ulien con su libreta, Tiberio con los brazos cruzados, Armando que sostenía la respiración. Nereus, que no lo miraba a él sino a los

documentos sobre la mesa, como si ya hubiera terminado con él y solo esperara que él comprendiera lo mismo.

La mirada del rector era la de un depredador acorralado que todavía calcula. Que todavía mide distancias y busca salidas. Que no ha aceptado que no hay ninguna.

—Creen que esto me derrotará —dijo al fin, con una calma que tenía algo de siniestro—. No lo hará. Tengo aliados dentro y fuera de esta institución cuyo apoyo no depende de documentos sino de décadas de relaciones construidas con cuidado. Tengo respaldo político al más alto nivel. Tengo apoyo académico internacional. Ningún expediente universitario cambiará eso.

—Un expediente no —respondió Nereus—. Pero una denuncia pública sostenida por evidencia irrefutable, con testigos múltiples y respaldo de la Junta de Gobierno, sí. Sus aliados no lo acompañarán cuando hacerlo tenga un costo visible.

El rector no respondió. Miró a Nereus con esa intensidad específica de quien busca fisuras en lo que el otro dice y no encuentra ninguna.

En ese instante, desde el despacho contiguo, llegó el sonido de una impresora activándose. El clic mecánico del sistema, el zumbido del motor, el deslizamiento del papel. El secretario no se movió ni miró hacia allá, porque no necesitaba hacerlo. Había enviado los documentos completos a todos los miembros de la Junta antes de que llegara el rector. Lo que se imprimía ahora eran los acuses de recibo.

Cánovas lo entendió.

Lo entendió en el sonido, en el gesto inmóvil del secretario, en la expresión de Nereus que no había cambiado porque ya sabía que eso iba a ocurrir.

Su rostro perdió color con esa velocidad que tiene el miedo cuando finalmente atraviesa la máscara.

—¿Qué ha hecho...? —preguntó con un hilo de voz que era la primera vez esa noche que sonaba genuinamente humano.

—Lo que debía —respondió el secretario.

Las manos del rector temblaron apenas perceptiblemente, un movimiento mínimo que él mismo intentó detener apretándolas contra los costados. Su máscara de autosuficiencia, construida durante años de discursos y decisiones y certezas cultivadas, se resquebrajó con la lentitud de las cosas que se han mantenido demasiado tiempo en tensión.

—Esto no quedará así —dijo al fin, con una voz que era más baja y que por eso mismo resultaba más amenazante, la voz de quien habla cuando ya no tiene nada que perder—. No me voy a hundir solo. Hay nombres en esos documentos que no son solo el mío.

—Lo sabemos —respondió el secretario—. Y todos serán investigados.

Nereus sostuvo la mirada del rector con una quietud que llevaba años construyendo.

—Ya está hundido —dijo simplemente.

El rector la miró con un rencor destilado, el de quien ha convertido a otra persona en el símbolo de todo lo que le salió mal.

—Tú me llevaste a esto —dijo.

—Usted se llevó solo —respondió ella sin pestañear—. Yo solo llevé los documentos que usted firmó.

Un silencio absoluto cayó sobre la sala. Duró varios segundos que nadie interrumpió porque nadie quiso interrumpirlos. Era el silencio de un punto de inflexión que todos, incluso el rector, reconocían como tal.

El secretario se puso de pie.

—Señor rector, en virtud de la evidencia presentada ante esta sesión extraordinaria y de conformidad con el reglamento interno de la Junta de Gobierno, queda usted formalmente suspendido del ejercicio de su cargo mientras se inicia el proceso de investigación interna. Tendrá oportunidad de presentar su defensa en las instancias correspondientes y en los plazos establecidos. Pero a partir de este momento no podrá ejercer las funciones ni la representación de la Rectoría.

El guardia de traje oscuro miró a su jefe.

—Vámonos —ordenó Cánovas.

Pero esta vez, la palabra salió rota. Sin el peso que la había sostenido toda la noche. Como una orden que se da porque no queda otra opción y no porque todavía se tenga autoridad para darla.

Se retiraron.

La puerta se cerró.

El silencio que siguió fue completamente distinto a todos los silencios de esa noche. No era la tensión de lo que podía pasar ni el vacío de lo que acababa de irse. Era algo más extraño: el silencio de lo que ya ocurrió y no puede deshacerse, la quietud específica de los momentos que uno recordará durante el resto de su vida exactamente como fueron.

Los estudiantes, exhaustos con el agotamiento de quienes han sostenido una tensión durante demasiadas horas, se dejaron caer en los asientos casi simultáneamente. Ulien cerró la libreta. Tiberio descruzó los brazos. Armando exhaló con esa lentitud de quien lleva rato sin respirar bien. Lóreda apoyó la frente en las manos durante un momento y luego la levantó con los ojos brillantes pero secos.

Nereus apoyó una mano en la mesa. Solo eso. Un gesto pequeño de quien necesita sentir que algo sólido existe debajo.

Gabriel no supo exactamente qué sentía. Era una mezcla que no tenía nombre preciso: no era triunfo porque el triunfo implica ligereza y lo que sentía tenía peso. No era alivio porque el alivio implica que el peligro ha terminado y algo en él sabía que no era así. Era algo más parecido a la consciencia plena de un momento que ya es parte permanente de la historia, la propia y la ajena.

El secretario rompió el silencio.

—Ustedes... han hecho historia esta noche.

Gabriel respiró hondo.

—¿Esto es el final? —preguntó, y la pregunta no era retórica sino genuina: necesitaba que alguien con más experiencia en estas cosas le dijera si podía soltar algo de lo que llevaba cargando.

Nereus respondió antes que el secretario. Lo miró con esos ojos que habían visto demasiado para permitirse ilusiones pero que esa noche tenían algo que él no lo había visto antes.

—No —dijo—. Es el comienzo.

Gabriel asintió.

Porque en ese instante, con el rector saliendo por una puerta y la historia de la Universidad transformándose en la sala contigua donde se imprimían los documentos, supo con una claridad que no admitía dudas ni revisiones que su camino estaba definido. No por elección romántica ni por impulso juvenil. Por algo más simple y más permanente: porque había encontrado lo que hacía y para qué servía hacerlo.

La verdad que había perseguido desde el primer expediente fantasma, desde aquella tarde en que un número sin contexto lo había llevado a preguntar y las preguntas lo habían llevado hasta aquí, ahora tenía un nombre.

Y ese nombre era su destino.

CAPÍTULO 15

El eco del escándalo

La mañana que siguió a la suspensión del rector amaneció gris y cargada de un silencio insólito. Ciudad Universitaria, habitualmente vibrante desde las primeras luces con el ruido de estudiantes, vendedores, motores y conversaciones que se superponen hasta crear esa textura sonora específica del campus, despertó con una calma tensa, como si la noticia que aún no se hacía pública hubiese impregnado el aire antes de ser dicha. Era el eco de algo que estaba por estallar, un murmullo contenido en los pasillos y explanadas, un presentimiento compartido incluso por quienes no sabían nada todavía y que Gabriel reconoció desde el momento en que bajó del autobús.

Miró alrededor. El viento movía las hojas de los árboles con una suavidad que le pareció engañosa, como si la mañana pretendiera normalidad sin creerla del todo. Pensó en Xenón, en su padre que estaría a esa hora en el estudio con el café recién hecho y los números del día sobre la mesa, sin saber que su hijo llevaba una noche entera sin dormir y había estado en el mismo cuarto que el rector de la UNAM cuando le notificaron su suspensión. Pensó que tendría que llamarle. Pensó que no sabía cómo empezaría esa conversación.

Mientras caminaba hacia Filosofía y Letras con la mochila al hombro y los documentos todavía dentro, repasaba mentalmente los hechos de la noche

anterior con esa minuciosidad compulsiva que tiene el recuerdo cuando uno todavía no ha dormido y el cerebro no ha podido ordenar lo vivido. El rostro del rector al ver sus propias firmas sobre la mesa. El temblor apenas perceptible en sus manos cuando escuchó la impresora. La ira fría que intentó sostener hasta que no pudo. La figura inmóvil de Nereus Valdivieso, sosteniendo los papeles que durante años la habían encadenado y que esa noche la liberaban al mismo precio que la exponían. Y él mismo, Gabriel Cardenal, estudiante de primer semestre de periodismo en la UNAM, testigo involuntario y a la vez protagonista de algo que todavía no sabía cómo nombrar sin que sonara más grande de lo que era o más pequeño.

Encontró a Lóreda esperándolo en las escalinatas con la expresión específica de quien ha pasado la noche procesando en lugar de durmiendo: agotamiento físico y lucidez mental en una combinación que resulta extrañamente productiva hasta que deja de serlo de repente.

—¿Dormiste algo? —preguntó ella.

—No mucho —respondió Gabriel—. ¿Tú?

—Tampoco. No podía dejar de pensar en lo que va a pasar hoy. En cómo va a llegar la noticia al resto del campus. En si la Junta la filtrará o esperará el comunicado oficial.

—¿Crees que ya se filtró algo?

—Se va a filtrar en cualquier momento —respondió Lóreda con esa certeza suya que no era predicción sino análisis—. En una institución del tamaño de la UNAM con tantas personas notificadas anoche, el secreto tiene una vida útil de pocas horas. Y cuando ocurra... será como un incendio.

No tardaron en reunirse con Ulien, Tiberio y Armando, quienes llegaron desde distintas direcciones con el mismo aire de insomnio y tensión acumulada. Se sentaron juntos en una banca cercana a la biblioteca central, en ese punto del campus donde los árboles hacen sombra a primera hora y que a esa hora estaba casi desierto.

—La pregunta es —dijo Ulien, acomodando sus lentes con el gesto mecánico de siempre— quién soltará la noticia primero: la Junta o el rector.

—La Junta no filtrará nada de manera informal —respondió Tiberio—. No hacen escándalos. Actúan con procedimientos y comunicados redactados por jurídico.

—Entonces será él —dijo Lóreda—. O alguien de su equipo. Intentarán adelantarse para controlar la narrativa, poner su versión en circulación antes de que la Junta publique la oficial.

—¿Qué versión puede poner? —preguntó Armando.

—Cualquiera que lo haga parecer víctima de algo —respondió Lóreda—. Una conspiración interna, una campaña política, una cacería de brujas. No importa si es creíble. Importa que llegue primero.

Pero no fue necesario especular por mucho tiempo.

A las nueve con siete minutos, los teléfonos alrededor comenzaron a vibrar. Primero unos cuantos, aislados, el sonido discreto de quien recibe algo inesperado a esa hora. Después decenas, con esa simultaneidad que produce una sensación de ola. Luego, en cuestión de segundos, centenares. El murmullo de los estudiantes que estaban cerca se volvió inmediato, creciente, casi vertiginoso, con esa velocidad específica que tiene la noticia cuando confirma algo que el ambiente llevaba horas insinuando.

Un estudiante exclamó cerca de ellos:

—¡Vean esto!

Otro, más lejos:

—¡Se cayó el rector! ¡Se cayó el rector!

Gabriel sintió un latido violento en el pecho que no era sorpresa sino el reconocimiento físico de que algo que había estado construyéndose durante semanas acaba de volverse real para todos, no solo para los cinco que lo habían vivido desde adentro. Sacó su teléfono. Tenía veinte mensajes sin leer de contactos que no le escribían habitualmente, el tipo de mensajes que la gente envía cuando algo los sacude y necesitan nombrárselo a alguien.

Abrió el primero.

"URGENTE: La UNAM suspende al rector Arsenio Cánovas de Miranda por presuntos desvíos millonarios. Junta de Gobierno convoca sesión extraordinaria."

Luego otro.

"Filtran documentos firmados por el rector. Crisis histórica en Rectoría."

Otro más.

"Escándalo sin precedentes en la máxima casa de estudios del país."

Y uno que lo dejó helado con esa frialdad específica de las noticias que uno sabe que lo afectan directamente aunque no digan el nombre.

"Estudiantes habrían participado en la denuncia. Se habla de un grupo encabezado por un alumno de primer semestre de la Facultad de Filosofía y Letras."

—Ya nos encontraron —murmuró Tiberio, leyendo lo mismo en su propio teléfono.

—Aún no mencionan nombres —dijo Lóreda, con la calma deliberada de quien analiza en lugar de reaccionar—. Puede ser cualquier estudiante de primer semestre de la facultad.

—Pero no lo será —añadió Gabriel con voz grave—. Alguien sabe. Y van a venir por nosotros antes de que tengamos tiempo de decidir qué hacer.

Mientras los estudiantes del campus se aglomeraban en grupos espontáneos para comentar las noticias con esa mezcla de incredulidad y excitación que produce el escándalo institucional, el grupo de Gabriel decidió moverse hacia un sitio más discreto. Entraron al vestíbulo de la facultad, donde la luz era

más tenue y el eco de las voces exteriores llegaba amortiguado, creando un ambiente que por un momento pareció una burbuja al margen del mundo.

—¿Y ahora? —preguntó Armando.

—Ahora hacemos lo que siempre fue el objetivo —respondió Lóreda, y en su voz había algo que no era euforia sino convicción, la de quien llega al momento que esperaba y lo reconoce—. Publicamos.

—¿Publicamos qué? —preguntó Tiberio.

Todos miraron a Gabriel.

Él lo sabía. Lo había sabido desde mucho antes de esa noche, desde aquella tarde en que había fundado "Contando la Verdad" con la vaga convicción de que servía para algo sin saber todavía para qué. El periódico que había nacido como un impulso juvenil, como la idea de un estudiante que creía en el periodismo más que en ninguna otra cosa, ahora tenía su razón de existir con una claridad que lo intimidaba y lo sostenía al mismo tiempo.

—Tengo que escribirlo —dijo.

—Ya tienes todo —respondió Lóreda—. Los documentos, los testimonios, la secuencia completa desde el primer sobre hasta la sala de la Junta. Solo falta que lo cuentes.

—¿Cómo lo cuento sin comprometerlos más? —preguntó Gabriel, y la pregunta no era cobardía sino el instinto del periodista que sabe que el qué y el cómo son decisiones distintas con consecuencias distintas.

—Sin nombres —respondió Lóreda—. Sin detalles que los identifiquen. Pero con todo lo demás. La evidencia es pública a partir de ahora. Lo que nosotros podemos añadir es la historia de cómo llegó a serlo.

Fueron a la sala de cómputo. Gabriel se sentó frente a una de las computadoras del fondo, la más alejada de la puerta, y abrió la plataforma del periódico. La pantalla en blanco tenía esa textura de los inicios: todo por decir y ninguna palabra todavía.

Sus manos temblaron apenas al colocar los dedos sobre el teclado. No era miedo exactamente. Era el temblor específico de quien está a punto de hacer algo que no puede deshacerse, la versión física de cruzar una línea.

Respiró.

Y comenzó.

Las primeras dos frases llegaron juntas, como si hubieran estado esperando su turno desde hacía semanas:

"El rector ha caído. Y no por una batalla de poder, sino por la verdad."

Después de eso, las palabras fluyeron con una claridad que no era inspiración romántica sino el resultado de haber vivido cada hecho que estaba narrando, de haber estado presente en cada momento, de haber sentido en el cuerpo lo que ahora ponía en palabras. Escribió sobre los documentos y lo que revelaban. Sobre la ruta del dinero y las fundaciones sin actividad real. Sobre la complicidad administrativa construida a lo largo

de años mediante la acumulación de presiones pequeñas. Sobre la auditoría que alguien guardó durante dos años esperando el momento correcto. Sobre la valentía que tiene denunciar cuando el sistema que uno denuncia es el mismo que sostiene la vida de uno. Y sobre los estudiantes, sin nombres, sin facultades específicas, solo con la descripción de lo que habían hecho: seguir un hilo, hacerse preguntas, no retroceder cuando la respuesta resultó ser más grande de lo esperado.

Tardó cuarenta minutos. No treinta: cuarenta, porque revisó cada oración dos veces, porque el periodismo que valía la pena no se publicaba con prisa sino con precisión.

Cuando terminó, leyó el texto completo desde el principio. Era limpio. Contundente. Cada afirmación respaldada por evidencia que ya era pública o que lo sería en cuestión de horas. Innegable.

—Sube el artículo —dijo Lóreda desde detrás de él, leyendo sobre su hombro—. Es el momento exacto.

Gabriel miró la pantalla un segundo más. Pensó en su padre. Pensó en Nereus. Pensó en el pasillo del archivo transitorio y en la tarjeta de acceso fría en el alféizar de la ventana. Pensó en todo lo que había costado llegar hasta ese cursor parpadeando al final del texto.

Publicó.

Los primeros diez segundos no ocurrió nada visible. Luego llegó la primera notificación. Luego otra. Luego dejaron de ser contables.

Estudiantes lo compartían con el impulso de quien necesita que otros vean lo que acaba de ver. Profesores lo comentaban con la cautela de quien reconoce la importancia de algo antes de pronunciarse sobre ella. Algunos medios independientes comenzaron a replicarlo con atribución. Y la cuenta oficial de "Contando la Verdad", que hasta esa mañana tenía ochenta y tres seguidores, empezó a crecer con esa velocidad que tiene el número cuando algo lo rompe.

—Esto es real —dijo Ulien, con la voz levemente quebrada de quien ve algo que esperaba y que aun así lo sorprende—. Somos tendencia.

Gabriel miraba la pantalla con una sensación que no era exactamente orgullo porque el orgullo implica satisfacción y lo que sentía era más complejo que eso. Era la confirmación de que el periodismo que había imaginado desde aquella tarde en el estudio de Xenón existía en el mundo real, que no era solo una vocación abstracta sino una herramienta concreta con efectos concretos.

Pero la euforia duró exactamente lo que dura cuando se interrumpe.

En medio del ruido digital de las notificaciones, el teléfono de Gabriel vibró con un mensaje de número desconocido, sin foto de perfil, sin remitente reconocible.

"Los están buscando."

Treinta segundos después, otro.

"Salgan del campus ahora."

—Es él —dijo Tiberio, leyendo por encima del hombro de Gabriel—. El guardia. O alguien que trabaja para los mismos.

—O N. —susurró Lóreda, y en esa sílaba había algo entre esperanza y aprensión.

Gabriel sintió cómo la adrenalina regresaba con esa eficiencia que tiene cuando el cuerpo la reconoce y ya sabe cómo usarla.

—Tenemos que movernos —dijo—. Ahora.

Guardaron todo, salieron de la sala y atravesaron el pasillo principal de la facultad. Llevaban quince metros cuando Gabriel los vio.

Dos figuras en el extremo del corredor.

Trajes oscuros.

Los mismos.

Los del rector.

—Mierda —susurró Armando.

Instinto y entrenamiento de las últimas semanas operaron al mismo tiempo: Gabriel evaluó distancias, salidas, la posición relativa de los cinco y de los dos guardias, el tiempo que tomaría llegar a cualquier puerta lateral.

—Divídanse —dijo—. ¡Ahora!

Pero antes de que el grupo pudiera dispersarse, la puerta principal de la facultad se abrió de golpe con ese ruido específico de quien entra conociendo el terreno y sin intención de pasar inadvertido.

Una mujer.

Gabriel la reconoció aunque solo la había visto de lejos, en pasillos de Rectoría, en reuniones a las que Nereus asistía con ese séquito discreto que tienen los funcionarios cuando quieren no ser notados.

Irene Valdivieso. La hermana menor de Nereus. Abogada interna de la UNAM, cargo que en el organigrama oficial sonaba menor y en la práctica significaba acceso a todo.

—Vengan conmigo —ordenó con la brevedad de quien no tiene tiempo para persuadir.

El grupo dudó el segundo preciso que se duda cuando uno no sabe si confiar.

—Si quieren salir de aquí —añadió, y su voz no tenía urgencia sino algo más frío y más efectivo: la certeza—, vengan.

No hubo deliberación. Corrieron tras ella por un pasillo lateral que Gabriel no había notado nunca porque daba la impresión de ser un acceso de servicio y no una ruta, lo cual era exactamente el punto.

Los pasos de los guardias resonaron detrás, más rápidos ahora que habían entendido lo que ocurría.

Irene abrió una puerta metálica que daba a una escalera de servicio con ese clic de quien conoce la cerradura de memoria.

—Suban —ordenó.

Subieron los tres pisos en silencio roto solo por el golpe de los pies contra el metal de los escalones. Los pasos de los guardias llegaban desde abajo, más lentos ahora porque no conocían la escalera y la oscuridad los obligaba a ir con cuidado.

Al llegar a la azotea, Irene los condujo hacia una salida lateral donde el aire frío de la mañana golpeó a Gabriel en la cara con esa intensidad que tiene cuando uno lleva demasiado tiempo en espacios cerrados.

Se detuvieron. Los pasos no llegaron.

Gabriel miró a Irene Valdivieso. Tenía los mismos ojos que su hermana, la misma estructura ósea, pero algo en la expresión era diferente: donde Nereus tenía la austeridad de quien ha cargado demasiado tiempo, Irene tenía la tensión de quien está en medio de algo que todavía no terminó.

—¿Quién es usted realmente? —preguntó Gabriel—. No solo la hermana de Nereus.

Irene lo miró con esa evaluación rápida que tienen las personas que toman decisiones sobre gente que acaban de conocer.

—La que puede mantenerlos vivos mientras la verdad termina de hacer su trabajo —dijo—. Que todavía no terminó.

Y entonces, mientras el sol de la mañana se filtraba entre las nubes sobre los murales y los edificios del campus, iluminando una Ciudad Universitaria que en ese momento procesaba el escándalo más grande de su historia reciente, Gabriel comprendió que la caída del rector era solo la primera piedra de algo mucho más extenso.

Que había redes más profundas. Cómplices que todavía no tenían nombre. Archivos que todavía no habían sido abiertos.

Que a partir de ese día, ser portador de la verdad lo convertiría en blanco de quienes necesitaban que la verdad permaneciera enterrada.

Pero también en algo más. En algo que había querido ser desde aquella tarde de su infancia cuando su padre lo llamó al estudio y él llegó con la intuición de que el mundo podía romperse con una sola mentira.

En el periodista que estaba destinado a ser.

Y que ya era.

CAPÍTULO 16

La sombra que responde

La azotea de la Facultad de Filosofía y Letras permanecía bañada por una luz grisácea, la de esas mañanas en que el sol existe pero no se muestra, cuando Irene Valdivieso cerró la puerta metálica tras ellos con un gesto preciso y sin ruido innecesario. El eco del cerrojo resonó de todas formas, breve y metálico, como un latido contenido. Gabriel se apoyó un momento contra el muro de la caseta de mantenimiento y dejó que sus pulmones se

normalizaran. Estaba exhausto de una manera que ya no era solo física: era el agotamiento de quien lleva días sin dormir bien, sin comer a sus horas, sin poder bajar la guardia ni un momento, el tipo de cansancio que se instala en los huesos y que el cuerpo acepta porque no tiene alternativa.

Aun así, algo en su interior —una mezcla de adrenalina y de esa claridad extraña que produce el peligro cuando uno aprende a funcionar dentro de él — le decía que lo peor no había pasado. La noticia del escándalo había explotado en los pasillos de la Universidad hacia menos de dos horas y ya el peligro se movía con una rapidez que los había obligado a correr. Lo que eso significaba era sencillo y pesado al mismo tiempo: la caída del rector no había detenido a quienes trabajaban para él. Los había activado.

Irene avanzó con paso rápido hacia el extremo de la azotea sin esperar a que el grupo recuperara el aliento, con esa seguridad de quien conoce el terreno porque lo ha estudiado con anticipación. Llegó a la pequeña caseta de mantenimiento donde una puerta estrecha, casi invisible desde lejos, daba hacia una escalera metálica exterior que descendía hacia un pasillo abandonado entre edificios. Gabriel la siguió sin dudar, mientras Lóreda, Ulien, Armando y Tiberio venían detrás en silencio.

—¿Por qué nos ayudas? —preguntó Gabriel cuando alcanzó a Irene al inicio de la escalera.

Ella no lo miró. Siguió caminando, con la voz seca y directa de quien no tiene tiempo para elaborar lo que podría decirse en pocas palabras.

—Porque alguien tiene que hacerlo. Y porque Nereus no podrá protegerlos más. No desde donde está ahora.

—¿Está en peligro? —preguntó Lóreda.

—Todos lo estamos —respondió Irene—. Desde que publicaste ese artículo esta mañana, Gabriel, dejaron de necesitar ser discretos.

Gabriel sintió un nudo apretarle el estómago. No se arrepentía de haberlo publicado: sabía que era necesario, que era el paso que toda la investigación había estado construyendo. Pero la velocidad con que las consecuencias llegaban le recordaba algo que Nereus le había dicho semanas atrás: que la verdad nunca se revela sin un precio, y que el precio no siempre se paga al mismo tiempo que la verdad se dice.

Bajaron por la escalera metálica. El metal vibraba con cada paso con esa resonancia que tienen las estructuras viejas, como si el edificio mismo acusara el movimiento. Abajo, un pasillo angosto conectaba la base de la escalera con un área de talleres que llevaba tiempo sin uso regular. Era un corredor silencioso, con los muros cubiertos de grafiti superpuesto de distintas épocas, puertas oxidadas con candados herrumbrosos, y el olor específico de los lugares que alguna vez fueron útiles y ahora solo sirven para guardar lo que nadie sabe dónde poner.

—Por aquí —indicó Irene.

Al fondo del pasillo, abrió una puerta que cedió con más facilidad de la que su aspecto prometía. Daba a una pequeña oficina sin ventanas, con dos

archiveros viejos contra la pared, una mesa de metal con la pintura descascarada y una sola lámpara de techo que proyectaba una luz amarilla y débil. El olor a papel húmedo era intenso, el olor de los documentos que llevan demasiado tiempo en espacios que no fueron diseñados para preservarlos.

—Pueden hablar aquí —dijo Irene—. Tenemos unos minutos antes de que los guardias rastreen la zona sistemáticamente. Cuando lo hagan, llegarán también aquí.

Gabriel se volvió hacia ella. Llevaba queriendo hacerle esta pregunta desde que la vio entrar por la puerta de la facultad con esa certeza de quien conoce el plan.

—¿Quién eres realmente? —dijo—. No la versión del organigrama. La versión real.

Irene sostuvo su mirada. Sus ojos, que tenían la misma estructura que los de Nereus pero con un brillo diferente, más duro y más frío, como si hubieran sido pulidos por años de trabajo en un sistema que no perdona la ingenuidad, parecieron evaluar a Gabriel con la rapidez de quien ha aprendido a decidir en quién confiar en cuestión de segundos.

—Soy abogada interna de la Universidad —respondió—. Llevo ocho años en ese cargo, que en la práctica significa que conozco todos los contratos, todos los convenios, todos los procesos legales que la institución firma o debería firmar. Y desde hace catorce meses, de manera paralela y completamente al margen de mis funciones oficiales, estoy investigando las irregularidades en el manejo financiero de Rectoría.

—¿Sin que Nereus lo supiera? —preguntó Ulien.

—Nereus sabía lo que yo quería que supiera —dijo Irene, y en esa frase había algo que no era evasión sino la descripción precisa de una relación construida en la ambigüedad deliberada—. Y yo sabía lo que ella estaba obligada a hacer dada su posición. Nos protegíamos mutuamente sin hablarlo nunca directamente, porque hablar lo habría hecho más peligroso para las dos.

Gabriel procesó eso. Dos hermanas trabajando en direcciones que se aproximaban sin tocarse, manteniéndose a distancia suficiente para que si una caía la otra pudiera seguir. Una arquitectura de supervivencia dentro de un sistema que las tenía atrapadas de maneras distintas.

—Entonces tú también sabías del proyecto PII-17-06 —dijo.

—Lo sospechaba desde hace más de un año —respondió Irene—. Había inconsistencias en los contratos de las fundaciones que no podía explicar con errores administrativos ordinarios. Pero no tenía acceso al archivo Ateniense. Nadie fuera del círculo del rector lo tenía. Era un espacio completamente controlado.

—Hasta que nosotros entramos —dijo Gabriel.

—Hasta que ustedes entraron —confirmó Irene—. Y eso cambió todo. Porque sacaron información que yo no podía obtener por medios legales sin alertar al rector de que alguien lo investigaba.

Lóreda intervino desde el rincón donde estaba apoyada.

—¿Y cómo supiste que estábamos en peligro esta mañana? ¿Cómo llegaste a tiempo?

Irene respiró profundo antes de responder, con esa pausa de quien va a decir algo que lleva tiempo cargando.

—Porque anoche, después de la sesión con la Junta de Gobierno, Nereus me envió un mensaje. No un correo. No un texto. Un mensaje físico, en un sobre sin remitente que llegó por un canal que solo usamos en situaciones extremas. Solo contenía una frase: "Protégelos. La sombra ya responde."

Gabriel sintió un estremecimiento que recorrió algo más profundo que la piel.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tiberio—. ¿La sombra?

—Que el rector no está actuando solo —respondió Irene, y su voz se volvió más baja, no por discreción sino porque algunas cosas se dicen de manera diferente cuando pesan de verdad—. Que nunca estuvo actuando solo. Cánovas es la cabeza visible, el nombre que aparece en los documentos, el que firmaba. Pero hay otros detrás de él que llevan años construyendo esto. Gente con poder dentro de la Universidad y fuera de ella.

El silencio cayó sobre la pequeña oficina como un peso adicional.

Armando tragó saliva.

—¿Una red? ¿Más allá del rector?

—Mucho más allá —respondió Irene—. He visto contratos y convenios que involucran a administradores de nivel medio que canalizaban información hacia afuera. Contadores externos que diseñaron la estructura de las fundaciones con conocimiento pleno de su propósito. Funcionarios de otras dependencias que miraron hacia otro lado a cambio de algo. Cánovas es el más expuesto porque su firma está en más documentos, pero él también es prescindible para el sistema que lo sostiene.

—¿Estás diciendo —preguntó Gabriel lentamente, sintiendo cómo cada palabra construía algo que no quería que fuera verdad pero que ya sabía que lo era— que esto lleva más tiempo del que creíamos?

—Mucho más —respondió Irene—. Los documentos que he visto sugieren que el esquema lleva operando al menos quince años, con distintos titulares de Rectoría, con distintos cómplices en cada etapa, adaptándose cada vez que cambiaba la administración. Cánovas no lo inventó. Lo heredó y lo perfeccionó.

Gabriel pensó en lo que eso implicaba. No una corrupción personal, no el desvío oportunista de alguien que llegó al poder y cedió a la tentación. Una estructura. Un sistema paralelo que existía dentro de la institución con la misma persistencia y la misma lógica que la institución misma. Algo que

había sobrevivido a cambios de gobierno, a auditorías, a rectores y a la presión pública durante más de una década y media.

—¿Y ahora que lo hicimos público? —preguntó.

—Ahora esa gente responderá —dijo Irene—. No necesariamente con violencia directa, que sería torpe y contraproducente para ellos. Pero responderán.

—¿Cómo? —preguntó Ulien.

Irene no respondió de inmediato. Miró la mesa, luego la puerta, luego a Gabriel.

—Destruyendo evidencia. Moviendo archivos. Comprando silencios. Presionando a quienes pueden presionar. Y buscando el punto débil en la cadena, que en este momento son ustedes, porque son los que más saben y los que menos protección institucional tienen.

—Responder con silencio también es violencia —dijo Lóreda en voz baja, y la frase sonó como si la hubiera pensado muchas veces antes de decirla.

—Sí —confirmó Irene—. Es la forma más eficiente.

Un golpe seco resonó en el pasillo exterior. No fue un ruido casual ni el crujido ordinario de un edificio viejo. Era el sonido de alguien que avanza con propósito.

Todos se tensaron simultáneamente.

Irene apagó la lámpara con un movimiento que reveló que lo había calculado desde que entraron: sabía dónde estaba el interruptor sin buscarlo.

—No hablen —susurró.

La oscuridad fue casi total. Gabriel escuchó su propia respiración y la de los otros, y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para ralentizarla. Afuera, los pasos se multiplicaron. Eran varios. El sonido de radios con la señal baja, el roce de tela gruesa contra las paredes del pasillo angosto, murmullos indescifrables que tenían el tono de quien coordina sin necesitar levantar la voz porque todos conocen el procedimiento.

La tensión en la pequeña oficina era la de los espacios donde el tiempo se mide en latidos.

Los pasos se acercaron. Pasaron frente a la puerta. Se detuvieron un instante, y en ese instante Gabriel no respiró.

Y siguieron.

El sonido fue alejándose con esa misma gradualidad con que había llegado, hasta que solo quedó el silencio y el latido propio.

Irene esperó un minuto completo, contado con esa paciencia específica de quien sabe que la precipitación en estos momentos es el error más frecuente y más caro. Luego encendió la lámpara.

—Nos están cercando —dijo—. Sistemáticamente. Cuadrícula por cuadrícula. Tienen más personal del que esperaba, lo cual significa que alguien fuera de la Universidad también está coordinando.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Gabriel.

—Adelantarnos —respondió Irene—. Pero no huyendo. Hay una cosa que podemos hacer esta noche que ellos no esperan y que cambiaría todo.

—¿Qué cosa? —preguntó Armando.

Irene abrió su bolso y sacó una nota manuscrita doblada en cuatro, con el tipo de doblado compacto y preciso que tiene el papel cuando alguien lo preparó sabiendo que tendría que entregarse rápido.

—Antes de que Nereus... antes de que dejara de estar disponible esta mañana, me pasó esto. Es la ubicación de un servidor en las oficinas administrativas de Rectoría. Un equipo antiguo, un servidor UNIX de los años noventa que nadie ha actualizado ni migrado porque nadie recuerda que contiene. Nereus sí lo recuerda. Y lo que contiene son los registros contables originales de hace más de una década, sin las correcciones que se les hicieron después.

Gabriel tomó la nota. La letra era de Nereus: esa caligrafía compacta y vertical que había aprendido a reconocer en los sobres. La dirección decía: "Torre C, nivel 2, oficina 217-B. Servidor UNIX antiguo. Contraseña: Scala1991."

—¿Scala? —preguntó Lóreda, inclinándose para leer.

—No sé qué significa para ella —respondió Irene—. Pero insistió en que esa contraseña abriría los registros que necesitamos. Los originales. Los anteriores a cualquier manipulación.

Gabriel releyó la nota. El año 1991 le resonaba con esa familiaridad molesta de algo que uno ha escuchado en un contexto completamente diferente y no puede ubicar. Lo dejó por ahora. Habría tiempo para conectarlo después.

—Si esos registros demuestran que el esquema existía antes de Cánovas —dijo—, entonces tenemos algo más grande que la suspensión de un rector.

—Tenemos la estructura completa —confirmó Irene—. Con nombres que se remontan quince años. Y eso es lo que ellos necesitan destruir esta noche antes de que nosotros lo encontremos.

—¿Cuándo entramos? —preguntó Armando, y en su voz no había duda sino urgencia.

—Esta noche —dijo Gabriel—. Antes de que tengan tiempo de acceder al servidor y borrar lo que hay ahí.

Irene lo miró. En su expresión había algo que era simultáneamente temor y determinación, la mezcla específica de quien ha calculado el riesgo con precisión y ha decidido asumirlo de todas formas.

—Es peligroso. Las oficinas de Rectoría estarán bajo vigilancia reforzada después del escándalo de esta mañana. Si nos encuentran dentro...

—Ya estamos en peligro —interrumpió Gabriel—. La diferencia es que ahora podemos terminar lo que empezamos. Y si no lo hacemos esta noche, mañana esos archivos habrán desaparecido.

Nadie habló durante varios segundos que tuvieron el peso de una decisión que no se puede tomar a medias.

Finalmente, Lóreda dio un paso adelante.

—Vamos todos.

No lo dijo como pregunta ni como propuesta. Lo dijo como constatación.

Tiberio asintió.

—Hasta el final.

Ulien cerró su libreta de notas, la guardó en la mochila y asintió también, con esa economía de gestos suya que significaba lo mismo que un discurso. Armando respiró hondo y asintió.

Irene los miró a todos con algo en los ojos que tardó un momento en identificarse: no era sorpresa sino reconocimiento, el de quien pensaba que quizás habría dudas y comprueba que no las hay.

—Entonces escúchenme bien —dijo—. Entraremos a medianoche, cuando el turno de vigilancia cambie y haya un margen de diez minutos sin cobertura completa en la Torre C. Tenemos que estar dentro antes de que ese margen se cierre. Esta vez no habrá tarjeta maestra. Necesitaremos otra ruta.

—¿Cuál? —preguntó Gabriel.

Irene sonrió por primera vez desde que los había visto esa mañana. Era una sonrisa pequeña y sin alegría, la de quien guarda un as hace tiempo y finalmente lo necesita.

—La que lleva ocho años siendo abogada interna de la Universidad —dijo—. Y que sabe exactamente qué puertas no están en el mapa oficial.

Gabriel guardó la nota en el fondo de su bolsillo, donde la tela era más gruesa y el papel estaba más protegido. La palabra "Scala1991" siguió resonando en algún lugar de su memoria con esa insistencia de lo que todavía no encontró su contexto.

Lo encontraría.

Pero primero tenían archivos que rescatar y una noche que todavía no había dicho su última palabra.

—Entonces vámonos —dijo.

Y juntos, por primera vez con la consciencia plena de lo que eran —no un grupo de estudiantes que se habían metido en algo más grande de lo esperado, sino un equipo que había elegido estarlo—, salieron de la oficina hacia el campus silencioso donde la verdad esperaba enterrada bajo quince años de mentiras cuidadosamente construidas.

La sombra respondía.

Y ellos también.

CAPÍTULO 17

Los archivos de Xenón

La Torre C de Rectoría parecía un monolito dormido bajo la luz mortecina de las farolas del campus. Eran las doce y cuarto de la madrugada cuando Gabriel y su equipo llegaron al acceso lateral del edificio. El silencio era tan denso que cada paso sobre la grava resonaba como un disparo.

Irene avanzó primero, con una credencial de acceso que había conseguido de alguna manera que prefería no explicar. El lector parpadeó en rojo, luego en verde. La puerta se abrió con un clic metálico que a Gabriel le sonó como el disparo de salida de una carrera sin retorno.

—Segunda planta —susurró Irene—. Escaleras, no elevador.

Subieron en fila india. Gabriel sentía cada latido de su corazón resonar en sus oídos. Lóreda iba tras él, con una linterna pequeña que apenas iluminaba los escalones. Detrás venían Ulien, Armando y Tiberio, cada uno con el rostro tenso y la respiración contenida.

La oficina 217-B estaba al fondo de un pasillo estrecho, flanqueado por puertas idénticas con placas oxidadas. Irene se detuvo frente a ella.

—Aquí es.

La cerradura era antigua. Ulien sacó un pequeño juego de ganzúas que había traído "por si acaso". Gabriel no preguntó de dónde las había sacado.

Treinta segundos después, la puerta cedió.

El interior olía a papel viejo y polvo acumulado. Era una oficina pequeña, con escritorios apilados contra las paredes, cajas de archivos amontonadas y, al fondo, una terminal de computadora que parecía un fósil tecnológico: monitor verde monocromático, torre beige rayada, teclado con teclas amarillentas.

—Ahí está —dijo Irene, señalando la terminal.

Gabriel se acercó. La pantalla estaba apagada, pero cuando presionó una tecla, el monitor parpadeó y mostró una línea de texto:

SISTEMA UNIX - ACCESO RESTRINGIDO INGRESAR CONTRASEÑA:

Gabriel tecleó lentamente: Scala1991

La pantalla parpadeó.

ACCESO CONCEDIDO

Un directorio apareció. Carpetas con nombres crípticos: "AUDIT_91", "PROJ_PII_90-95", "EXTERN_CONSULT", "FINANZ_COMP".

—Aquí hay años de información —murmuró Ulien, mirando por encima del hombro de Gabriel.

—Busca "EXTERN_CONSULT" —dijo Irene—. Los consultores externos son la clave. Ahí está el dinero que salió de la Universidad.

Gabriel abrió la carpeta. Docenas de archivos aparecieron. Nombres, fechas, montos. Contratos de auditoría, servicios contables, asesorías técnicas.

Y entonces vio un nombre que hizo que el mundo se detuviera.

XENÓN CARDENAL - CONTADOR EXTERNO Contrato: 1990-1992 Monto: \$450,000 MXN

Gabriel sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

—No... —susurró.

Lóreda se acercó.

—¿Qué pasa?

Gabriel no podía hablar. Señaló la pantalla con mano temblorosa.

Lóreda leyó el nombre. Sus ojos se abrieron con comprensión y alarma.

—Gabriel... ¿ese es...?

—Mi padre —dijo Gabriel con voz rota—. Mi padre trabajó aquí.

El silencio cayó sobre el grupo como una losa.

Armando se acercó.

—Puede ser coincidencia. Puede ser otro contador con el mismo nombre.

Pero Gabriel sabía que no. Sabía que era él. Los años coincidían. El perfil coincidía. Todo coincidía.

—Abre el archivo —dijo Irene con voz suave pero firme—. Necesitas saber qué hizo.

Gabriel tragó saliva. Con manos temblorosas, abrió el documento.

Era un informe de auditoría. Fechado en marzo de 1991. Firmado por Xenón Cardenal.

Y lo que decía lo cambió todo.

INFORME DE AUDITORÍA EXTRAORDINARIA PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN INSTITUCIONAL

Fecha: 15 de marzo de 1991 Responsable: Xenón Cardenal, Contador Externo
HALLAZGOS:

Se han detectado irregularidades significativas en el manejo presupuestal del Programa de Investigación Institucional (PII) correspondiente al ejercicio 1990. Los montos aprobados no coinciden con los montos distribuidos. Se identifica una diferencia de 28.7% sin justificación documental.

PROYECTOS AFECTADOS:

- Archivo de Historia Oral (sin recursos recibidos)
- Laboratorio de Física Aplicada (recibió 40% de lo aprobado)
- Centro de Estudios Sociales (recibió 35% de lo aprobado)

DESTINO DE RECURSOS DESVIADOS:

No identificado. Los registros contables presentan manipulación evidente. Se recomienda investigación formal por parte de la Contraloría Interna.

CONCLUSIÓN:

Los recursos públicos asignados al PII están siendo desviados de manera sistemática. Solicito formalmente que se inicie procedimiento de investigación administrativa y, de ser necesario, penal.

Firma: Xenón Cardenal Contador Público Certificado

Gabriel leyó el documento tres veces. Cada palabra era un puñetazo.

Su padre había descubierto la corrupción.

Su padre había intentado denunciarla.

—Gabriel —dijo Lóreda suavemente—, tu padre no era parte del fraude. Él intentó detenerlo.

Gabriel no podía hablar. Buscó en el directorio. Tenía que haber más. Tenía que haber una respuesta.

Encontró otro archivo. Fechado dos semanas después.

Lo abrió.

MEMORÁNDUM INTERNO CONFIDENCIAL

De: Oficina del Rector Para: Xenón Cardenal Fecha: 29 de marzo de 1991

Sr. Cardenal:

Hemos recibido su informe de auditoría. Lamentamos informarle que sus conclusiones se basan en malentendidos técnicos sobre la naturaleza de las reasignaciones presupuestales estratégicas.

La Contraloría Interna ha revisado el caso y no encuentra irregularidades.

Su contrato como consultor externo será terminado de inmediato. Le solicitamos no divulgar información confidencial de la Universidad bajo pena de acciones legales.

Agradecemos sus servicios.

Firma: Oficina de Rectoría

Gabriel sintió que las lágrimas le quemaban los ojos.

—Lo amenazaron —susurró—. Lo silenciaron.

Irene puso una mano en su hombro.

—Tu padre hizo lo correcto, Gabriel. Intentó decir la verdad.

—Y lo destruyeron por eso —dijo Gabriel con voz quebrada—. Lo obligaron a callarse. Y él... él vivió con eso el resto de su vida.

Lóreda se arrodilló junto a él.

—Por eso nunca quiso que estudiaras periodismo. Te estaba protegiendo.

Gabriel cerró los ojos. Recordó la conversación en el estudio de su padre. Las advertencias. El escepticismo. Todo había sido miedo. Miedo a que Gabriel sufriera lo mismo que él.

—Tengo que terminar esto —dijo Gabriel, abriendo los ojos con determinación renovada—. Tengo que terminar lo que él empezó.

Armando asintió.

—Entonces saquemos todo. Cada archivo. Cada documento.

Ulien ya estaba conectando una memoria USB al puerto de la terminal.

—Estoy copiando todo el directorio —dijo—. Esto es evidencia suficiente para hundir a Cánovas y a todos los que estuvieron con él.

Gabriel se levantó. Se limpió los ojos con el dorso de la mano.

—¿Cuánto falta?

—Cinco minutos —respondió Ulien.

Un sonido lejano hizo que todos se congelaran.

Pasos. En el pasillo.

—Alguien viene —susurró Tiberio.

Irene apagó su linterna. Gabriel miró la pantalla. La barra de progreso avanzaba con lentitud desesperante: 67%... 68%... 69%...

Los pasos se acercaban.

—¿Cuánto falta? —susurró Gabriel.

—Dos minutos —respondió Ulien con voz tensa.

Las voces se escuchaban ahora con claridad. Eran al menos dos personas.

—Alguien reportó movimiento en esta área.

—Revisen todas las oficinas.

Gabriel sintió el pánico trepar por su garganta. Miró a su alrededor buscando una salida. No había ninguna. Solo la puerta por la que habían entrado.

La barra de progreso: 84%... 85%... 86%...

Una cerradura tintineó. Dos oficinas más allá.

—Rápido —susurró Lóreda.

91%... 92%... 93%...

La puerta de la oficina contigua se abrió.

96%... 97%... 98%...

La cerradura de su puerta comenzó a moverse.

—¡Desconecta! —susurró Irene.

99%...

TRANSFERENCIA COMPLETA

Ulien arrancó la memoria USB justo cuando la puerta se abría.

—¡Alto! —gritó un guardia.

Pero Gabriel ya corría hacia la ventana. La abrió de un empujón. Daba a una escalera de emergencia.

—¡Vamos!

Saltaron uno tras otro. El metal vibraba bajo sus pies. Gritos resonaban arriba. Radios crepitaban.

Pero ya estaban corriendo por la explanada, perdiéndose en la oscuridad del campus, con la memoria USB ardiendo en el bolsillo de Ulien y la verdad sobre Xenón Cardenal finalmente en sus manos.

Gabriel corría, y por primera vez en semanas, no corría solo por miedo.

Corría por su padre.

Corría para terminar lo que Xenón nunca pudo.

CAPÍTULO 18

El último rostro

La sala de juntas de Rectoría olía a madera pulida y a poder antiguo. Era un espacio diseñado para intimidar: mesa larga de caoba, sillas de cuero, ventanales que daban a la explanada central de CU. En las paredes colgaban retratos de rectores anteriores, todos con la misma expresión solemne, como si supieran que sus rostros serían testigos de conversaciones que nunca debían repetirse.

Gabriel Cardenal estaba sentado en uno de los extremos de la mesa. A su lado, Lóreda, Ulien, Armando y Tiberio. Frente a ellos, en el otro extremo, Arsenio Cánovas de Miranda los observaba con una calma que rozaba el desdén. A su derecha, Nereus Valdivieso mantenía la vista baja, con las manos entrelazadas sobre la mesa como si rezara en silencio.

Habían pasado apenas dos días desde la infiltración nocturna a la Torre C. Dos días en los que Gabriel había revisado cada documento, cada cifra, cada nombre. Y ahora, con todo sobre la mesa —literalmente—, la confrontación final había llegado.

—Señor Rector —dijo Gabriel con voz firme—, venimos a presentarle evidencia documental de desvío de recursos del Programa de Investigación Institucional durante los últimos quince años.

Cánovas no se inmutó. Tomó un sorbo de agua de un vaso de cristal que tenía frente a él.

—Joven Cardenal —respondió con tono condescendiente—, he accedido a esta reunión por cortesía académica. Pero le advierto que las acusaciones sin fundamento pueden tener consecuencias legales.

—No son acusaciones sin fundamento —intervino Lóreda—. Son hechos documentados.

Ulien abrió una carpeta y deslizó varios documentos por la mesa hacia Cánovas.

—Aquí están los registros contables de 1990 a 2006. Montos aprobados versus montos distribuidos. En cada ejercicio fiscal hay una diferencia de entre 28% y 35%.

Cánovas miró los documentos sin tocarlos.

—Los procesos presupuestales son complejos. Hay reasignaciones estratégicas que ustedes, como estudiantes, no pueden comprender.

—Entonces explíquenlos —dijo Gabriel—. Explíquenlos por qué proyectos aprobados nunca recibieron un peso. Explíquenlos dónde está el dinero.

El rector sonrió levemente.

—No tengo por qué explicarles nada. Y mucho menos a un grupo de estudiantes que ha violado la seguridad institucional.

—Y usted no tiene por qué seguir fingiendo —respondió Gabriel—. Porque tenemos algo más que números.

Armando sacó otro documento de la carpeta.

—Informe de auditoría extraordinaria. Marzo de 1991. Firmado por Xenón Cardenal.

Cánovas palideció apenas. Fue un gesto mínimo, pero Gabriel lo notó.

—¿Xenón Cardenal? —repitió el rector con voz controlada.

—Mi padre —dijo Gabriel—. El contador externo que contrató la Universidad hace quince años. El mismo que descubrió las irregularidades y solicitó una investigación formal.

Cánovas respiró profundo. Su máscara de calma comenzaba a resquebrajarse.

—Eso fue hace mucho tiempo. Las auditorías se resolvieron satisfactoriamente.

—No se resolvieron —lo interrumpió Gabriel—. Se silenciaron. Y a mi padre se le amenazó con acciones legales si divulgaba información.

Cánovas apretó la mandíbula.

—Su padre firmó acuerdos de confidencialidad. Como cualquier consultor externo.

—Mi padre intentó hacer lo correcto —dijo Gabriel con voz temblorosa de ira contenida—. Y ustedes lo destruyeron por eso.

—Cuide sus palabras, joven Cardenal.

—¿O qué? —respondió Gabriel, poniéndose de pie—. ¿Me amenazaré como lo amenazaron a él? ¿Me forzaré a callarme como lo forzaron durante años?

Cánovas también se levantó.

—Usted no entiende cómo funciona el poder institucional. Su padre lo aprendió por las malas. Y usted está a punto de aprenderlo también.

—La diferencia —dijo Gabriel con una calma que sorprendió incluso a él mismo— es que yo no estoy solo. Y ya no estamos hablando en privado.

Cánovas frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

Lóreda levantó su teléfono.

—Transmisión en vivo. Contando la Verdad. Cinco mil personas están viendo esta reunión en este momento.

El rostro de Cánovas se descompuso.

—Eso es... eso es ilegal.

—Es periodismo —respondió Gabriel—. Y ahora el país entero sabe lo que usted hizo.

Nereus Valdivieso levantó la vista por primera vez. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento mucho.

Cánovas la miró con furia.

—Nereus, no digas nada.

Pero ella negó con la cabeza.

—Ya no puedo seguir callando. Ya no.

Se volvió hacia Gabriel.

—Tienes razón. Todo es verdad. Yo ayudé a procesar los desvíos. Firmé documentos. Manipulé registros. Y me odio por eso.

—¡Nereus! —gritó Cánovas.

—¡Basta! —respondió ella con voz quebrada—. Tu padre tenía razón, Gabriel. El poder corrompe. Y yo dejé que me corrompiera.

Cánovas dio un puñetazo sobre la mesa.

—Todos ustedes no entienden nada. Ese dinero no se robó. Se usó para proteger a la Universidad. Para mantener proyectos estratégicos funcionando. Para evitar que esta institución se derrumbara.

—Mintiendo —dijo Gabriel.

—¡Sobreviviendo! —gritó Cánovas—. ¿Crees que es fácil dirigir una universidad pública en un país como este? ¿Crees que los recursos llegan solos? Hay que tomar decisiones difíciles.

—Y había que silenciar a quien las cuestionara —dijo Gabriel—. Como mi padre.

Cánovas respiró agitadamente. Su rostro estaba rojo.

—Tu padre era un idealista ingenuo. Como tú. Pensaba que la verdad era suficiente. Pero la verdad no paga salarios. La verdad no mantiene laboratorios abiertos. La verdad no...

—La verdad es lo único que nos queda cuando todo lo demás se corrompe —lo interrumpió Gabriel—. Y mi padre lo sabía. Por eso intentó denunciarlos. Y por eso ustedes lo destruyeron.

Cánovas lo miró con una mezcla de rabia y algo parecido a la derrota.

—Publicas esto —dijo con voz baja y amenazante— y destruyes más que mi carrera. Destruyes la reputación de la Universidad.

—Ya lo publiqué —respondió Gabriel—. Hace tres minutos.

Cánovas palideció completamente.

—No...

Gabriel sacó su teléfono. En la pantalla, el titular de Contando la Verdad brillaba como un faro:

RECTOR DE LA UNAM DESVIÓ MILLONES DURANTE 15 AÑOS DOCUMENTOS PRUEBAN CORRUPCIÓN SISTEMÁTICA CONTADOR EXTERNO FUE SILENCIADO EN 1991 AL INTENTAR DENUNCIAR

—Treinta mil visualizaciones —dijo Gabriel—. Y subiendo.

Cánovas se dejó caer en su silla. Por primera vez, su rostro mostraba no arrogancia, sino horror.

—Ustedes... ustedes no saben lo que han hecho.

—Hicimos lo que mi padre no pudo —respondió Gabriel—. Dijimos la verdad.

Un silencio denso llenó la sala.

Finalmente, Nereus Valdivieso habló.

—Voy a renunciar. Y voy a cooperar con las autoridades.

Cánovas la miró con desprecio.

—Cobarde.

—Quizá —respondió ella—. Pero al menos ya no seré cómplice.

Gabriel recogió los documentos de la mesa.

—Señor Rector, dentro de una hora, medios nacionales van a replicar esta historia. Para mañana, habrá manifestaciones exigiendo su renuncia. Y para la próxima semana, la Fiscalía abrirá una investigación formal.

Cánovas lo miró con ojos vacíos.

—¿Y te sientes orgulloso de eso?

Gabriel sostuvo su mirada.

—Me siento orgulloso de terminar lo que mi padre empezó.

Se dio la vuelta y salió de la sala. Sus compañeros lo siguieron.

Detrás de ellos, Arsenio Cánovas de Miranda permanecía sentado en la sala de juntas vacía, rodeado de retratos de rectores muertos, con el eco de su imperio derrumbándose a su alrededor.

Tres días después, Gabriel Cardenal caminaba solo por el Panteón Jardín. El cielo estaba gris, con nubes bajas que amenazaban lluvia. Llevaba un ramo de crisantemos blancos en la mano.

Se detuvo frente a una lápida sencilla.

XENÓN CARDENAL 1954 - 2005 Contador. Padre. Hombre de principios.

Gabriel se arrodilló y colocó las flores sobre la tumba.

—Lo hice, papá —dijo con voz quebrada—. Terminé lo que tú empezaste.

El viento movía las hojas de los árboles cercanos.

—Ahora entiendo por qué no querías que estudiara periodismo. Tenías miedo. Miedo de que me pasara lo mismo que a ti. Pero...

Se limpió las lágrimas.

—Pero si no lo hubiera hecho, si me hubiera callado como tú tuviste que callarte... entonces ellos habrían ganado. Y tu verdad habría muerto contigo. Puso una mano sobre la lápida.

—Te perdono, papá. Por no haber podido pelear. Por haber guardado silencio. Porque ahora sé que no fue cobardía. Fue supervivencia. Y también fue amor. Querías protegerme.

Se quedó ahí varios minutos, en silencio, sintiendo que algo dentro de él se liberaba.

Cuando se levantó, vio a Lóreda esperando junto a la verja del cementerio. Ella le sonrió con tristeza.

Gabriel caminó hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó Lóreda.

—Creo que sí —respondió él.

Salieron del panteón juntos. Afuera, el sol comenzaba a romper entre las nubes.

—¿Qué harás ahora? —preguntó ella.

Gabriel miró hacia el horizonte.

—Seguir contando historias. Seguir buscando verdades. Eso es lo que haría mi padre si hubiera tenido la oportunidad.

Lóreda asintió.

—¿Y nosotros?

Gabriel la miró. Sus ojos eran cálidos, comprensivos, pero también realistas.

—Nosotros... hicimos algo increíble juntos. Pero creo que nuestros caminos van en direcciones distintas.

Ella sonrió con tristeza.

—Lo sé. Yo también lo siento.

Se abrazaron. Un abrazo largo, lleno de afecto, gratitud y despedida.

Cuando se separaron, Lóreda le puso una mano en la mejilla.

—Vas a hacer cosas importantes, Gabriel Cardenal. Lo sé.

—Tú también —respondió él.

Ella se alejó caminando. Gabriel la vio partir, sintiendo una mezcla de melancolía y paz.

Sacó su teléfono. Abrió la plataforma de Contando la Verdad.

En la pantalla apareció un mensaje:

Bienvenido, Gabriel. ¿Qué historia quieres contar hoy?

Gabriel sonrió.

El futuro era una página en blanco.

Y él tenía la pluma.

EPÍLOGO

El eco de lo inevitable

La mañana después de la caída definitiva de Arsenio Cánovas de Miranda amaneció con un cielo de un azul limpio e inesperado sobre Ciudad Universitaria. Era un color que parecía recién inaugurado, como si la atmósfera hubiera sido lavada por la tormenta de las últimas semanas. El eco del escándalo ya recorría el país entero, replicado por periódicos, noticieros y programas de análisis político. Pero en el corazón del campus, donde todo había comenzado, el silencio de aquella mañana tenía un peso distinto: no era el silencio del miedo, sino el de algo que se reacomodaba, que intentaba volver a respirar.

Gabriel Cardenal llegó a la explanada central caminando solo. No porque quisiera aislarse, sino porque necesitaba sentir el pulso del campus bajo sus propios pasos. Desde la distancia, podía ver banderas universitarias ondeando con un aire solemne, casi ritual, mientras grupos de estudiantes comentaban los últimos acontecimientos con la mezcla de incredulidad y euforia propia de los momentos históricos.

Habían pasado apenas cuarenta y ocho horas desde la confrontación final con Arsenio Cánovas de Miranda en la sala de juntas de Rectoría. Cuarenta y ocho horas desde que había expuesto frente a toda la Universidad —y al país— la red de corrupción que había operado durante quince años. Aquel encuentro había sido el cierre definitivo del hilo oscuro que atravesaba toda la trama y había expuesto las raíces más profundas de la corrupción institucional.

Sin embargo, lo que más pesaba en su memoria no era la tensión del enfrentamiento, ni las amenazas de Cánovas, ni siquiera la confesión quebrada de Nereus Valdivieso. No. Lo que resonaba en Gabriel era el eco de algo más íntimo: la certeza de que la verdad sobre Xenón Cardenal finalmente había salido a la luz. Su padre no había sido cómplice de la corrupción; había sido su primera víctima. Había intentado denunciar, había sido silenciado, amenazado, forzado a guardar un secreto que lo había perseguido hasta su muerte. Y ahora, quince años después, su hijo había terminado lo que él no pudo.

Ese pensamiento le daba una paz extraña. Dolorosa, sí, pero también luminosa.

Mientras avanzaba por la explanada, una voz familiar lo llamó.

—¡Gabriel!

Lóreda corría hacia él, con el cabello alborotado por el viento y una sonrisa que no le cabía en el rostro. Cuando llegó a su lado, lo miró con una mezcla de alivio y complicidad.

—Creí que no vendrías.

Gabriel sonrió con suavidad.

—Sabías que vendría.

—Sí... —respondió ella—. Lo sabía.

Caminaron juntos hacia la entrada principal de la Facultad. Allí los esperaban Ulien, Tiberio y Armando, cada uno con signos visibles del desgaste, pero con una energía distinta, como si todos hubieran envejecido y fortalecido a la vez.

—¿Listo para esto? —preguntó Tiberio.

—Lo estoy —respondió Gabriel.

Ulien levantó un periódico que llevaba en la mano. En la primera plana aparecía, con letras negras y contundentes:

DESTAPAN RED DE CORRUPCIÓN EN LA UNAM. CAE RECTOR. INICIAN AUDITORÍAS.

Justo debajo había un recuadro más pequeño.

EL PERIODISMO UNIVERSITARIO QUE CAMBIÓ LA HISTORIA.

Y bajo ese título, una frase que hizo que el corazón de Gabriel diera un vuelco.

Por: Contando la Verdad.

—Ya nos citaron los de Cultura y Comunicación —dijo Armando—. Quieren entrevistarnos.

Gabriel respiró profundo.

—No... —dijo con firmeza suave—. Quieren entrevistar al equipo. No a mí. Esto lo hicimos juntos.

Lóreda lo miró con un brillo cálido en los ojos.

—Eres mucho más de lo que crees, Gabriel.

—Y ustedes también —respondió él.

El grupo caminó hacia la entrada de la Facultad. A cada paso, más estudiantes los miraban, algunos murmuraban, otros sonreían con complicidad. Y no era por fama. No era por notoriedad. Era porque, por primera vez en décadas, un grupo de alumnos había demostrado que la Universidad podía mirar hacia adentro sin miedo. Que era capaz de enfrentarse a sus propios monstruos y salir fortalecida.

Ya dentro, fueron recibidos por miembros del consejo universitario interino, que les agradecieron su valentía, su labor y su capacidad para mantener la integridad en un ambiente que había intentado quebrarlos por todos los flancos.

—Lo que hicieron —dijo uno de los consejeros— quedará registrado en la historia de esta casa de estudios. La UNAM les debe más de lo que imaginan.

Gabriel inclinó la cabeza, consciente de que la historia no la escriben los héroes, sino los que se atreven a mirar donde nadie más quiere hacerlo.

Después de la reunión, el grupo se dispersó temporalmente. Algunos fueron a ver a sus familias; otros necesitaban reencontrarse con su rutina. Pero Gabriel se quedó en la explanada. Lóreda permaneció a su lado.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—En lo que viene —respondió él.

—¿Periodismo?

Gabriel asintió.

—Sí. Más que nunca.

Miró hacia los edificios de la Universidad, hacia los jardines, hacia los murales que parecían observarlo con la sabiduría de todas las generaciones pasadas.

—Quiero contar historias —dijo—. Quiero exponer verdades. Quiero que nadie vuelva a sentir que los poderosos pueden aplastar lo que somos.

Lóreda sonrió.

—Lo harás.

—¿Y tú? —preguntó Gabriel.

Ella miró hacia el horizonte.

—Yo... también seguiré mi camino. Lo que vivimos fue increíble, pero no puedo construir mi vida solo alrededor de esto. Y tú tampoco deberías.

Gabriel entendió. No era un adiós, pero sí un cierre. Un cierre necesario.

—Gracias por todo —dijo él.

—Gracias a ti —respondió ella.

Se abrazaron. Un abrazo cargado de nostalgia, de afecto, de gratitud, de algo que no sería romance eterno, pero sí un lazo imborrable.

Cuando se separaron, Gabriel respiró profundamente y salió de la Facultad. Sacó su teléfono. Abrió la plataforma de "Contando la Verdad".

En la parte superior aparecía un mensaje automático que él mismo había programado semanas atrás.

Bienvenido, Gabriel. ¿Qué historia quieres contar hoy?

Gabriel sonrió.

El sol iluminaba la explanada.

El futuro era una página en blanco.

Y él tenía la pluma.

Cinco días después de la publicación de la investigación de Gabriel Cardenal, Arsenio Cánovas de Miranda presentó su renuncia irrevocable al cargo de Rector de la UNAM. La Fiscalía General de la República abrió una investigación por desvío de recursos públicos. Nereus Valdivieso se convirtió en testigo protegido.

El nombre de Xenón Cardenal fue incluido póstumamente en el Reconocimiento a la Integridad Académica de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Gabriel Cardenal continuó su carrera periodística. Contando la Verdad se convirtió en uno de los medios estudiantiles más influyentes de México.

Esta fue su primera historia.

No sería la última.

—FIN